

Jim Crow

El terrorismo de casta en Estados Unidos

Loïc Wacquant



Colabora con la cultura libre

Desde sus inicios **Traficantes de Sueños** ha apostado por licencias de publicación que permiten compartir, como las Creative Commons, por eso sus libros se pueden copiar, distribuir, comunicar públicamente y descargar desde su web. Entendemos que el conocimiento y las expresiones artísticas se producen a partir de elementos previos y contemporáneos, gracias a las redes difusas en las que participamos. Están hechas de retazos, de mezclas, de experiencias colectivas; cada persona las recompone de una forma original, pero no se puede atribuir su propiedad total y excluir a otros de su uso o replicación.

Sin embargo, «cultura libre» no es sinónimo de «cultura gratis». Producir un libro conlleva costes de derechos de autor, traducción, edición, corrección, maquetación, diseño e impresión. Tú puedes colaborar haciendo una donación al proyecto editorial; con ello estarás contribuyendo a la liberación de contenidos.

Puedes hacer una **donación**

(si estás fuera de España a través de **PayPal**),

suscribirte a la editorial

o escribirnos un **mail**

Jim Crow

El terrorismo de casta en
Estados Unidos

Loïc Wacquant

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y solo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

historia

Omnia sunt communia! o «Todo es común» fue el grito colectivista de los campesinos anabaptistas, alzados de igual modo contra los príncipes protestantes y el emperador católico. Barridos de la faz de la tierra por sus enemigos, su historia fue la de un posible truncado, la de una alternativa a su tiempo que quedó encallada en la guerra y la derrota, pero que sin embargo en el principio de su exigencias permanece profundamente actual.

En esta colección, que recoge tanto novelas históricas como rigurosos estudios científicos, se pretende reconstruir un mapa mínimo de estas alternativas imposibles: los rastros de viejas batallas que sin llegar a definir completamente nuestro tiempo, nos han dejado la vitalidad de un anhelo tan actual como el del grito anabaptista.

Omnia sunt communia!

© 2024, Éditions Raisons d'agir.
© 2026, de la edición, Traficantes de Sueños






creative commons

Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 España
(CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de:

 * Compartir - copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

-  * Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).
-  * No Comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
-  * Sin Obras Derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que:

- * Renuncia — Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- * Dominio Público — Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia.
- * Otros derechos — Los derechos siguientes no quedan afectados por la licencia de ninguna manera:
 - Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.
 - Los derechos morales del autor
 - Derechos que pueden ostentar otras personas sobre la propia obra o su uso, como por ejemplo derechos de imagen o de privacidad.
- * Aviso — Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar muy en claro los términos de la licencia de esta obra.

Edición original: *Jim Crow. Le terrorisme de caste en Amérique*,
París, Éditions Raisons d'agir, 2024.

Primera edición: abril de 2026

Título: *Jim Crow. El terrorismo de casta en Estados Unidos*

Autoría: Loïc Wacquant

Traducción: Jana Tostado de Loizaga

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños

Traficantes de Sueños
C/ Duque de Alba, 13
28012 Madrid
Tlf: 915320928
editorial@traficantes.net

ISBN: 978-84-19833-58-7

Depósito legal: M-9555-2026

Jim Crow

El terrorismo de casta en
Estados Unidos

Loïc Wacquant

Traducción
Jana Tostado de Loizaga

historia
traficantes de sueños

ÍNDICE

Prefacio. La lógica de la dominación racial	17
Introducción. De la noción folclórica al concepto analítico	37
1. El ascenso y reinado de la «regla de la gota de sangre»	59
2. La infraestructura económica: de la aparcería al peonaje	73
3. El corazón social: separación y deferencia	85
4. El cierre del sistema: exclusión política y judicial	99
5. El fantasma de la «muerte blanca»	113
6. Terrorismo de casta	133
Epílogo. La historicidad de la dominación racial	157
Agradecimientos	169
Bibliografía	173

A mis estudiantes afroamericanos

El negrito [...] empezó a ahogarse con la sangre que le llenaba la boca. El rugido de sus voces y el sonido de sus pasos a la luz de la luna se difuminaban en mil notas, como una sonata de Beethoven. Y cuando los blancos dejaron su cuerpo moreno y desnudo colgado de un árbol a las afueras de la ciudad, permaneció allí toda la noche, como un violín tocado por el viento.

Langston Hughes, *The Ways of White Folks*
[Las costumbres de los blancos], 1934



Foto 1. Una multitud entusiasta de unas quince mil personas se agolpa alrededor de la pira del suplicio de Jesse Washington frente al ayuntamiento de Waco, Texas, el 15 de mayo de 1916.

Prefacio

La lógica de la dominación racial

Jesse Washington era un jornalero negro de 17 años, iletrado y simple de espíritu, que se dedicaba a su trabajo en una plantación de algodón un buen día de mayo de 1916 en Robinson, una pequeña localidad rural cercana a Waco, la próspera ciudad emblemática del «Nuevo Sur» enclavada en el centro de Texas. Esa noche, sin embargo, fue detenido por las autoridades, él y toda su familia, acusado de matar a martillazos a la esposa de su patrón blanco tras violarla (si bien el forense no encontró pruebas de agresión sexual). Detenido el adolescente, el sheriff del condado, Samuel Fleming, lo trasladó rápidamente a la cárcel de Dallas, unos cientos de kilómetros al norte, para evitar lo inevitable: un linchamiento antes de que empezara el juicio. El *Waco Morning News*, uno de los tres diarios de la ciudad, advirtió que «la enormidad del crimen inflamará la sangre caliente de los compatriotas de Robinson, estos exigirán que sus esposas y hogares sean protegidos de la lujuria de la bestia».

Una semana después, el juicio se celebró apresuradamente en el Tribunal del Distrito 45 de Waco. El ambiente era electrizante, varios miles de ciudadanos indignados se agolparon alrededor del tribunal. Cuando Washington fue conducido a la sala del tribunal a las diez de la mañana, un hombre blanco anónimo se levantó y le apuntó con su revólver, gritando: «Es mejor acabar con él ahora», pero otro le contuvo rápidamente, insistiendo: «Déjales hacer su juicio, le pillaremos antes de la puesta de sol, además puedes herir a un hombre inocente». Aún no era mediodía cuando Washington fue condenado a muerte después de un procedimiento expeditivo: la defensa no presentó ningún testigo, el jurado de doce blancos, entre los que se encontraba un conocido

asesino, deliberó durante cuatro minutos basándose en una confesión presumiblemente obtenida bajo tortura. En cuanto se dictó sentencia, el sheriff se escabulló por una puerta trasera y la bulliciosa multitud de blancos en busca de venganza agarró al joven Washington, sacándolo a rastras de la sala. Luchó «como un animal furioso», según un periodista, pero fue en vano.¹

Con una pesada cadena ajustada al cuello, el condenado fue arrastrado a lo largo de la calle principal, donde rápidamente fue desnudado, golpeado y apedreado. Le cortaron los dedos para que no se resistiera tirando de su cadena y luego lo acuchillaron. La primera intención de la turba era colgarlo del puente colgante sobre el río Brazos, que conducía al barrio segregado de East Riverside, hogar de los 7.000 residentes negros de la localidad, estratégicamente situado por tanto para enviarles un rotundo mensaje. Otro afroamericano de 20 años llamado Sank Majors había sido linchado allí once años antes, castigo que se consideraba apropiado para disuadir a una «raza criminal» de sobrepasar su lugar subalterno en el orden de castas de la

¹ Esta historia, su contexto y su significado han sido reconstruidos a partir de las siguientes fuentes: NAACP, «The Waco Horror», suplemento de *The Crisis*, núm. 12/3, julio de 1916; James M. SoRelle, «The “Waco Horror”: The Lynching of Jesse Washington» (1983); William Fitzhugh Brundage, *Lynching in the New South: Georgia and Virginia, 1880-1930* (1993) e ídem (ed.), *Under Sentence of Death: Lynching in the South* (1997); Leon Litwack, *Trouble in Mind: Black Southerners in the Age of Jim Crow* (1998); James Allen, *Without Sanctuary: Lynching Photography in America* (2000); William D. Carrigan, *The Making of a Lynching Culture: Violence and Vigilantism in Central Texas 1836-1916* (2004); Patricia Bernstein, *The First Waco Horror: The Lynching of Jesse Washington and the Rise of the NAACP* (2005); David Garland, *Penal Excess and Surplus Meaning: Public Torture Lynchings in Twentieth-Century America* (2005); Philip Dray, *At the Hands of Persons Unknown: The Lynching of Black America* (2007); Edwin T. Arnold, *What Virtue There is in Fire: Cultural Memory and the Lynching of Sam Hose* (2008); Amy Louise Wood, *Lynching and Spectacle: Witnessing Racial Violence in America, 1890-1940* (2009); Christopher Waldrep, *African Americans Confront Lynching: Strategies of Resistance from the Civil War to the Civil Rights Era* (2009); Rasul A. Mowatt, «Lynching as Leisure: Broadening Notions of a Field» (2012); Texas State Historical Association, «Jesse Washington Lynching» y «Sank Majors Lynching» en *The Handbook of Texas* (2015); Geoff Hunt y John S. Wilson (eds.), *Gildersleeve: Waco's Photographer* (2018); Jarell Baker, «Waco Historical Marker Placed to Acknowledge Jesse Washington, Lynching Culture», K25-TV, 22 de febrero de 2023; Will Bostwick, «Inside the Decades-Long Effort to Commemorate the Notorious Waco Lynching» (2023). Trato la cuestión de la violencia de casta bajo Jim Crow, sus motivos, formas y efectos, en los capítulos 5 y 6 de este libro.

sociedad sureña. Major, acusado también de violar brutalmente a una mujer blanca, había sido capturado tras una persecución de diez días, y luego apresado en su celda por la horda que lo lincharía a pesar de la resistencia del entonces sheriff.

La horca sería, no obstante, un castigo demasiado suave para Washington, dado el horror de los crímenes que se le atribuían. Los cabecillas cambiaron de opinión cuando supieron que se había montado una pira en la plaza del ayuntamiento. La procesión dio entonces media vuelta hacia allí. El *Waco Times Herald* del 16 de mayo de 1916 informó: «De camino a la hoguera, la gente se empeñó en mostrar su sentir sobre el suceso golpeando al negro con todo lo que tenían a mano, palas, ladrillos, garrotes, mientras otros lo apuñalaban y acuchillaban hasta tal punto que, cuando fue ahorcado, su cuerpo era de un color rojo uniforme, la sangre de las numerosas heridas infligidas lo cubría de pies a cabeza».

Empapado en queroseno, Washington fue colgado sobre el brasero. A continuación, se acercaron varios hombres blancos, unos para cortar la oreja, otros la nariz, otros un dedo del pie y otro para castrarlo: el torturador le quitó el pene para llevárselo en un pañuelo como trofeo. A continuación, el condenado fue bajado intermitentemente sobre las llamas para ser asado durante dos largas horas frente al ayuntamiento, rodeado de una multitud exaltada formada por unas quince mil personas, casi la mitad de la población de la ciudad condal, sede de la Universidad Baptista de Baylor, apodada «La Ciudad Maravillosa» y famosa por sus 39 iglesias blancas y 24 iglesias negras. Ciertamente, durante tres días los espectadores acudieron en masa desde ciudades situadas a cuarenta kilómetros a la redonda, en coche, en tren, en carruaje, a pie y a caballo, alertados por teléfono y atraídos por los reportajes incendiarios sobre el caso publicados por los tres periódicos de Waco, incluida la revelación completa de la «confesión» de Washington, así como por la tentadora perspectiva del linchamiento público de un asesino negro, que además se había atrevido a socavar la «pureza sagrada» de la «feminidad blanca», corazón del honor del Sur.

El alcalde, John Dollins, y el jefe de la policía local, Guy McNamara, contemplaron la macabra escena desde la primera planta del ayuntamiento. A ambos les convenía permitir la ceremonia, incluso

orquestrarla, al igual que al juez y al sheriff, que se estaba preparando para la reelección. Demostraban así su inquebrantable determinación de defender el régimen de dominación racial del Sur estadounidense conocido comúnmente con el nombre de «Jim Crow». ¿Acaso el alfabeto rival del sheriff no hacía campaña aduciendo que había matado a tres negros con sus propias manos? Cuando un observador externo preguntó al juez Richard Irby Munroe por qué no había llamado a los cincuenta ayudantes del sheriff armados que habían sido designados específicamente para oponerse a la «jauría» humana de unos 1.500 hombres que invadieron la sala con su consentimiento, el juez respondió impasible: «¿Quiere que derramemos la sangre de inocentes por un negro?».

Entre la multitud que se agolpaba alrededor de la pira en un ambiente festivo había obreros en mono de trabajo, empleados de los comercios de los alrededores, elegantes secretarías venidas de sus oficinas, familias con sus mejores galas de domingo haciendo picnic, escolares a los que el colegio había dejado salir antes para que pudieran asistir al acontecimiento, padres con doseles que llevaban a sus hijos a hombros, grupos de personas encaramadas a los árboles, aferradas a las ventanas y subidas a los tejados de los edificios vecinos para tener una mejor visión. Después de que el joven torturado se rindiera a su amo, provocando el clamor de aprobación de los espectadores, los que estaban en las primeras filas se apartaron para permitir que las mujeres y niños que lo desearan pudieran acercarse a los restos humeantes de Washington. A continuación, se desató una furiosa lucha por arrancar un preciado recuerdo que conservar o regalar: un dedo, un hueso, un trozo de camisa, un trozo de corteza calcinada o un eslabón de la cadena de la que habían colgado a la víctima (estos se revenderían a 25 céntimos cada uno).

Los restos carbonizados del joven negro, de los que prácticamente solo quedaban la cabeza, el torso y los muñones de las piernas, fueron arrastrados por las calles de Waco con un lazo llevado por un jinete que hacía girar su sombrero con entusiasmo, no sin que algunos niños se apresuraran para recoger los dientes de la víctima y venderlos a cinco dólares cada uno. Después, un coche tomó el relevo y arrastró lo que quedaba del cráneo carbonizado hasta Robinson, a diez kilómetros de distancia, donde fue colgado de un poste telefónico para que todos lo vieran. Aterrorizada, la familia de Washington huyó de la ciudad y nunca

se atrevió a reclamar los restos del cuerpo del adolescente. Por iniciativa del alcalde, un fotógrafo local llamado Fred Gildersleeve (que más tarde se convertiría en pionero de la fotografía aérea) pudo instalar sus cámaras con antelación y producir un registro visual completo de este episodio de tortura racial pública mientras se desarrollaba. Sus fotos se imprimieron inmediatamente como postales, vendidas *in situ* a los espectadores por 10 céntimos cada una (incluido el porcentaje que se llevó el alcalde) y luego se comercializaron como tarjetas de coleccionista.

Como era norma en la época, ninguno de los participantes en este linchamiento ceremonial, rápidamente bautizado por la prensa nacional como el «Horror de Waco», fue llevado ante la justicia, a pesar de que los principales protagonistas eran bien conocidos y perfectamente identificables en las fotografías —entre ellos un dependiente de comercio, un tabernero, un albañil, un conductor de policía, el gerente de una taberna y los empleados de un vendedor de hielo en bloques—. Los notables locales que deploraron este brote de violencia racial, por la sulfurosa reputación que otorgaba a la ciudad fuera del Sur, y que resultaba mala para los negocios, no pudieron hacer nada. Aunque aprobaban el linchamiento, que consideraban necesario para mantener «en su sitio» a los negros, congénitamente violentos y lascivos, las mutilaciones que lo acompañaron y el hecho de arrastrar el cadáver por la ciudad les parecieron excesivos, les incomodaron. Insistieron en que lo mejor era olvidarse del asunto. Así que el *Waco Times Herald* concluyó su cobertura del linchamiento con un conciso: «El emocionante suceso de ayer es un incidente cerrado», resuelto como se debía según los principios de Jim Crow. Pero se equivocaba.

Dos meses después, el gran sociólogo y activista negro W. E. B. Du Bois publicó un informe de ocho páginas titulado «The Waco Horror» como suplemento especial de la revista *The Crisis. A Record of the Darker Races*, acompañado de fotografías explícitas tomadas por Gildersleeve. La National Association for the Advancement of Colored People [Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color] (NAACP, la principal organización del país que militaba por los derechos civiles de los negros, fundada una década antes) había encargado una investigación sobre el terreno a la sufragista inglesa Elisabeth Freeman. La Asociación utilizó las espantosas imágenes de este sacrificio de casta para lanzar su cruzada contra los linchamientos, que calificaba de «industria

nacional»: 80 negros habían sido martirizados de esta forma, con o sin bombo, en el altar de la supremacía blanca durante el año anterior; más de 3.200 víctimas entre 1889 y 1918, el 80 % de ellas afroamericanas, una media de una cada tres días.

La NAACP distribuyó el suplemento ilustrado a 700 diarios de todo el país, así como a miembros de la Cámara de Representantes y del Senado en Washington. Al mismo tiempo, Freeman dio una serie de conferencias en las principales ciudades de costa a costa. A pesar de ello, los políticos sureños trabajaron duro para bloquear cualquier legislación nacional que tipificara el linchamiento como delito federal, y *lo consiguieron durante más de cien años*. Fue el presidente Joe Biden quien promulgó simbólicamente la Ley contra el linchamiento de Emmett Till el 28 de marzo de 2022.² Los residentes blancos de Waco, por su parte, se negaron a instalar una placa conmemorativa de la inmolación racial de Jesse hasta 2023, alegando que era honrar la memoria de un criminal y que el linchamiento era «historia antigua». Para los negros de Waco, esta historia nunca será antigua. En 1953, cuando el centro de la ciudad fue arrasado por un aterrador tornado, dejando tras de sí un campo de ruinas y no menos de 114 muertos, lo vieron como un castigo divino.

La dominación racial consiste en *obtener la obediencia de una población racializada*, es decir, una categoría alterizada y subordinada, cuyos límites y propiedades se esencializan, atribuyéndolos ficticiamente a las necesidades de la naturaleza y la biología y no a la arbitrariedad de la cultura y la historia.³ Escapando a la alternativa convencional entre la coerción pura y el consentimiento libre, da lugar al acatamiento como conformidad

² El linchamiento era, en efecto, un delito estatal, incluso varios delitos combinados: *a minima*, interferencia en el buen funcionamiento de la justicia, rapto, secuestro, homicidio voluntario, delito conjunto y omisión del deber de denunciar un delito. Pero la policía, los fiscales y los jueces del Sur los dejaban impunes la mayoría de las veces, en consonancia con el sentir local. El remedio legal fue, por tanto, tipificar el linchamiento como delito federal, para que los familiares de las víctimas pudieran recurrir a la ley y a los tribunales federales controlados por Washington.

³ Para una elaboración de la teoría agonística de la *formación de la raza (race-making)* que sostienen los análisis desarrollados en este libro, véase Loïc Wacquant, *Racial Domination* (2024) [ed. cast.: *Dominación racial*, próxima publicación en Traficantes de Sueños].

forzada, pudiendo extraerse por medios materiales (poder físico, presión económica) o simbólicos (persuasión, ascendencia moral). A su vez, la dominación entrelaza tres procesos: la explotación, la subordinación y la exclusión. La *explotación* se define como la apropiación de valor económico en forma de trabajo, tierras, bienes, servicios y dinero. La *subordinación* significa colocar y mantener a un grupo en una posición inferior dentro de las jerarquías materiales y simbólicas que conforman el orden social. La *exclusión* implica negar a este grupo el acceso a las instituciones centrales que producen, reproducen y gestionan este orden. Esto es lo que yo llamo las «tres caras» de la dominación.⁴

Como cualquier sistema de dominación, ya sea de clase, de género, nacional, religioso, sexual, etc., la dominación racial puede descomponerse en un sistema de *clasificación* (la categorización de las personas en grupos jerarquizados) y su correspondiente sistema de *estratificación* (la distribución por rangos del capital económico, cultural, social y simbólico en las categorías definidas).⁵ Cuando un grupo monopoliza tanto los instrumentos simbólicos de construcción del mundo como los recursos materiales clave que anclan sus estructuras, podemos decir que su dominación es *total*. Su influencia se extiende a todos los sectores del espacio social, modela todas las interacciones, impregna todos los actos de conocimiento y distorsiona todas las emociones. Mueve los engranajes de la cultura, la política y del Estado. Se infiltra en lo más profundo de la subjetividad tanto de los dominantes como de los dominados.⁶

El régimen de dominación racial comúnmente conocido como «Jim Crow», que mantuvo a los afroamericanos, descendientes de esclavos, bajo su feroz influencia en el Sur de Estados Unidos entre las décadas de 1890 y 1960, era precisamente un régimen de este tipo. Pero ¿en

⁴ Esta concepción es más compacta y coherente que la tipología de Young de las «cinco caras de la opresión»: explotación, marginación, impotencia, imperialismo cultural y violencia. Véase Iris Marion Young, *Justice and the Politics of Difference* (1990), capítulo 2. También es más completa que la pareja formada por la explotación y el acaparamiento de oportunidades de Charles Tilly, *Durable Inequality* (1998), capítulo 1.

⁵ Sobre las formas fundamentales del capital, véase Pierre Bourdieu, *Microcosmes. Théorie des champs* (2022), pp. 613-633.

⁶ Para un estudio de caso revelador de la subjetividad ordinaria de los dominantes en el orden racial, véase Vincent Crapanzano, *Waiting: The Whites of South Africa* (1985).

qué consistía y cómo funcionaba? ¿Era solo una «segregación de la cuna a la tumba», en lo que se refiere a las fuentes de agua y los asientos de autobús solo para blancos, de presos negros que trabajaban con grilletes y de linchamientos episódicos, como generalmente se cree? En este libro, elaboro un minucioso balance histórico de este régimen para construir un modelo sociológico amplio y robusto del mismo, que a la vez apoye y se distancie de la visión historiográfica establecida. Para ello me baso en tres pensadores: el filósofo de la ciencia Gaston Bachelard, el jurista y economista político Max Weber y el sociólogo y antropólogo Pierre Bourdieu.

Siguiendo la estela de Bachelard, atiendo a los preceptos del *racionalismo histórico*, según el cual el conocimiento científico procede de una ruptura con el sentido común, tanto ordinario como erudito, y no implica el descubrimiento de «hechos» ya existentes a la espera de ser «recogidos» de la realidad como si fueran setas en un bosque, sino su construcción mediante el despliegue de instrumentos teóricos y técnicos.⁷ De Max Weber tomo prestada la caracterización de los *grupos étnicos y de estatus* como colectividades ancladas en «estimaciones de honor positivas o negativas», y el dispositivo metodológico del *tipo ideal* como «edificio mental» que permite la «comunicación unívoca» en las ciencias sociales.⁸ Por último, me inspiro en la teoría bourdieusiana del *espacio social y del poder simbólico* como capacidad institucionalizada de inculcar categorías cognitivas para construir el mundo social, y en su sociología genética de las *luchas por la clasificación* por las que los agentes se esfuerzan por imponer estas categorías y dar forma al mundo en consecuencia.⁹

⁷ Gaston Bachelard, *La formation de l'esprit scientifique* (1938) [ed. cast.: *La formación del espíritu científico*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1974].

⁸ Max Weber, *Économie et Société*, volúmenes 1 y 2, 1995 [1920]; también *Essais sur la théorie de la science*, 1992 [1965] [ed. cast.: *Economía y sociedad*, Ciudad de México, FCE, 1993].

⁹ Pierre Bourdieu, «Sur le pouvoir symbolique» (1977) [ed. cast.: «Sobre el poder simbólico», *Poder, derecho y clases sociales*, Bilbao, Desclée De Brouwer, 2000]; *Choses dites* (1987), pp. 147-166 [ed. cast.: *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 2009]; *Langage et pouvoir symbolique* (2000), pp. 155-199, 281-326 [ed. cast.: «Lenguaje y poder simbólico», *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Akal, 2001]; y *Sociologie générale, vol. I, Cours au Collège de France 1981-1983* (2015), pp. 11-30, 51-198, 707-77 [ed. cast.: *Curso de sociología general*, Madrid, Siglo XXI, 2020].

Además, sigo tres imperativos epistemológicos fundamentales que anclan la teoría agonística de la formación de la raza (*race-making*). El primer imperativo es *historizar*: sacar a la luz no solo las raíces y la génesis de los diversos componentes de Jim Crow (su sistema de clasificación, basado en una estricta hipo-descendencia,¹⁰ y su orden de estratificación, que negaba a los afroamericanos cualquier avance económico o social), sino también la labor de ensamblarlos en un régimen que se autopropetua. Esto también nos exige estar atentos a las discontinuidades y captar las posibles líneas laterales que la propia historia ha abierto, y posteriormente ha cerrado o incluso borrado. En otras palabras, la construcción de un modelo estructural, y por tanto sincrónico, no debe ocultar las cesuras diacrónicas que marcan el desarrollo del mundo social.

El segundo imperativo es *descomponerlo*: la dominación racial es un fenómeno complejo, estratificado y estructurado que requiere un cuidadoso desmantelamiento, dificultado por conceptos vagos y farragosos como «racismo estructural» y «capitalismo racial», conceptos que bloquean la investigación donde debería empezar, al tiempo que confunden los mecanismos, tanto raciales como no raciales, que producen las diferencias y disparidades etnoraciales.¹¹

El tercer imperativo es *renunciar a la lógica del juicio*, es decir, al deseo de separar a los «culpables» de los «inocentes», de suscitar la indignación y apelar a las emociones colectivas, que con demasiada frecuencia empañan la sociología de la raza cuando no ha lugar.¹² Los

¹⁰ La hipo-descendencia se refiere a la asignación de un niño mestizo al grupo considerado estatutariamente inferior.

¹¹ Loïc Wacquant, «The Trap of Racial Capitalism» (2023).

¹² Un ejemplo paradigmático es la diatriba de Howard Winant: «Los contornos y complejidades de la raza y el racismo siguen desconcertando a las ciencias sociales. Este problema tiene sus raíces en la *complicidad* histórica de las disciplinas de las ciencias sociales con el establecimiento y el mantenimiento de los sistemas de depredación racial, injusticia e incluso genocidio sobre los que se ha construido el mundo moderno. Toda ciencia social tiene sus orígenes en la raciología y la gestión de la raza, un hecho que rara vez se reconoce» (Howard Winant, «Race, Ethnicity and Social Science», 2015, p. 2176). El término «complicidad» aparece en cursiva en el original. Compárese esta burda afirmación con la historia bien detallada del surgimiento de las ciencias sociales que ofrece Johan Heilbron en *The Rise of Social Theory* (1995 [1990]), un siglo antes del desarrollo de la «raciología». Winant continúa deduciendo de este pecado original la necesidad epistémica de la raza como categoría analítica: «Debido a esta complicidad,

sociólogos no son moralistas; su misión no es juzgar la realidad social, y menos aún denunciarla, sino describirla, interpretarla y explicarla sin «pasión ni sufrimiento», en palabras de W. E. B. Du Bois, y sin preocuparse por la popularidad política y las implicaciones para las políticas públicas de sus análisis.

Jim Crow, tal y como se desarrolló en los antiguos estados confederados de América, es en todos los aspectos un sistema distintivo de dominación étnico-racial que debe ser especificado analíticamente. El historiador George Fredrickson lo clasifica entre los que denomina «regímenes abiertamente racistas», al mismo nivel que la Alemania nazi y el apartheid sudafricano.¹³ Yo prefiero evitar las etiquetas mojigatas y hablar en su lugar de un régimen etnorracial extremo: extremo en cuanto a la prominencia, la pregnancia y la consecuencialidad de la etnicidad naturalizada como principio social de visión y división del mundo. El Sur de Jim Crow casi siempre se incluye en los estudios históricos comparativos sobre desigualdad racial, a menudo junto a Sudáfrica y Brasil, y normalmente para destacar su brutalidad sin parangón. No es casualidad que los ideólogos del Estado y los expertos jurídicos del Tercer Reich estudiaran de cerca y se basaran en gran medida en sus normas sobre ciudadanía y mezcla racial a la hora de redactar la legislación antijudía de la Alemania nazi. Los nazis rechazaron incluso ciertas prácticas raciales estadounidenses, incluida la clasificación basada en la «regla de la gota de sangre», por considerarlas excesivamente duras.¹⁴

que *no es solo histórica sino actual*, no puede haber ciencia social de la REN [raza, etnia, nacionalidad], ni disolución de la raza en etnia o nación».

¹³ George Fredrickson, *Racism: A Short History* (2002), pp. 2-3.

¹⁴ Sobre el Sur de Estados Unidos como modelo legal para el dominio racial nazi léase el impresionante estudio de James Q. Whitman, *Hitler's American Model: The United States and the Making of Nazi Race Law* (2017). Sobre la comparación de Jim Crow con otros regímenes de dominación racial, véase Carl Degler, *Neither Black Nor White: Slavery and Race Relations in Brazil and the United States* (1971); Marvin Harris, *Patterns of Race in the Americas* (1980) [ed. cast.: *Raza y trabajo en América*, Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1973]; George M. Fredrickson, *White Supremacy: A Comparative Study of American and South African History* (1982); John Cell, *The Origins of Segregation in South Africa and the American South* (1982); y Antony W. Marx, *Making Race and Nation: A Comparison of the United States, South Africa, and Brazil* (1998).

Cuando Jim Crow inspiró las leyes raciales nazis

En tres ámbitos esenciales para la realización práctica de sus fantasías de prepotencia y pureza raciales,¹ la política migratoria, la legislación sobre ciudadanía y la regulación de las relaciones íntimas entre «razas», los intelectuales, juristas, investigadores, altos funcionarios, dirigentes del partido y portavoces nazis se inspiraron ampliamente en las leyes y costumbres estadounidenses y, en particular, en el régimen de Jim Crow. El propio Hitler elogió a Estados Unidos por haber allanado el camino hacia un Estado racial unificado en *Mein Kampf* y «los nazis más fanáticos fueron los que se mostraron más enérgicos a la hora de explotar el modelo estadounidense».² La conexión germano-estadounidense en este frente no se limitó, como se ha pensado durante mucho tiempo, a los intensos intercambios y a la fusión doctrinal entre los partidarios de la eugenesia en los dos países, ya que los estadounidenses habían tomado la delantera mundial en este campo, y a la fascinación alemana por la creación de un *Lebensraum* blanco al otro lado del Atlántico, ya que la conquista del Oeste por parte de Estados Unidos se utilizó para presagiar la conquista del Este por parte del Tercer Reich.³ Las leyes antijudías de Nuremberg promulgadas en 1935 sobre «La ciudadanía en el Reich» y «La protección de la sangre y el honor alemanes» se inspiraron directamente en los estatutos introducidos en América para restringir la ciudadanía y criminalizar la mezcla sexual sobre una base supuestamente racial.

Los ideólogos nazis trazaron un paralelismo directo entre la «cuestión negra» en Estados Unidos y la «cuestión judía» en Alemania. En ambos casos se suponía que un grupo inferior, contaminado y contaminante (peor aún, una «raza extranjera») amenazaba la integridad física y cívica de la nación y pretendía imponer

¹ Johann Chapoutot, *La loi du sang. Penser et agir en nazi* (2014).

² James Q. Whitman, *Hitler's American Model, op. cit.*, pp. 2 y 4.

³ Stephan Küll, *The Nazi Connection: Eugenics, American Racism, and German National Socialism* (1994); Carroll P. Kakel, *The American West and the Nazi East: A Comparative and Interpretative Perspective* (2011).

su malvado imperio. Por eso los intelectuales del nacionalsocialismo cantaban las alabanzas de la *Southern Way*.⁴ Aprobaban los linchamientos de negros considerados «impúdicos» y admiraban los mecanismos legales y administrativos puestos en marcha en la América sudista para privarles del derecho al voto. Pero en lo que respecta a la clasificación racial, consideraban que Jim Crow había ido demasiado lejos al determinar quién era un «mestizo» (*Mischlinge*): el principio de que cualquiera con «una gota de sangre negra» era negro, independientemente de su fenotipo, ascendencia o vínculos, les parecía excesivo. Registrar la identidad racial en todos los documentos oficiales, ya fueran certificados de nacimiento, matrimonio o defunción, les parecía excesivo. Les asombraba hasta qué punto la separación física entre blancos y negros se llevaba hasta el extremo de aplicarse de forma rígida y sistemática en todos los lugares y servicios públicos, así como en las instituciones privadas, lo que les parecía un ensañamiento.⁵

⁴ Johnpeter Horst Grill y Robert L. Jenkins, «The Nazis and the American South in the 1930s: A Mirror Image?» (1992).

⁵ J. Q. Whitman, *Hitler's American Model*, *op. cit.*, pp. 120-123.

Sin embargo, el extremismo no es una propiedad suficiente para caracterizar al régimen. Del mismo modo, afirmar que Jim Crow fue un caso de «racismo estructural», término que se ha vuelto a poner de moda tanto dentro como fuera de los círculos académicos,¹⁵ no nos dice casi nada. Es asumir perentoriamente que comprendemos ya la naturaleza de la constelación social en cuestión, lo que no ocurre salvo bajo la forma incipiente e incoherente de los lugares comunes. Esto no nos dice qué clasificación etnoracial despliega este régimen, qué modalidades de dominación activa y articula (estigmatización, discriminación, segregación, reclusión y violencia), y qué mecanismos sociales de producción, reproducción y transformación han regido su ascenso, su florecimiento y su eventual desaparición debido al peso de sus contradicciones internas, del trabajo

¹⁵ Para una crítica escrupulosa de la «mistificación del racismo estructural», véase Wacquant, *Racial Domination*, *op. cit.*, capítulo 2, pp. 174-197.

de socavamiento jurídico llevado a cabo durante medio siglo por la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color (NAACP) y por los golpes del Movimiento por los Derechos Civiles que culminaron en la legislación federal de 1964-1965, la cual concedía la plena ciudadanía a los afroamericanos un largo siglo después de la Guerra Civil.¹⁶

Pero, sobre todo, el «racismo estructural», que puede referirse a cualquier sistema de control étnico-racial arraigado, ya sea eufemístico o agresivo, paternalista o punitivo, directo o indirecto, no da cuenta de la *violencia ramificante* en la raíz de un régimen que nunca fue legítimo a los ojos de los negros. La violencia bajo Jim Crow no solo era weberiana, estatal, legal y dirigida de arriba a abajo, sino también foucaultiana, civil, ilegal y, sin embargo, tolerada y durante mucho tiempo incluso fomentada y organizada por las autoridades: se infundía a través del cuerpo social como por capilaridad e irrigaba las profundidades del habitus tanto dominado como dominante.¹⁷

Siguiendo a Bachelard, pues, la tarea de este libro es colmar estas lagunas *sustituyendo la deleznable noción de folclore por un sólido concepto analítico* de Jim Crow, que especifique sus elementos constitutivos, su articulación estructural, sus vínculos funcionales y las experiencias sociales que lo han modelado. Para ello, emprendo una cuidadosa lectura inductiva de las monografías sobre Jim Crow escritas por los principales historiadores de la América sudista, así como de los ricos estudios de campo realizados por los antropólogos de la Escuela de «casta y clase» liderada por W. Lloyd Warner en el periodo de entreguerras. Estos estudios demuestran que las costumbres, las leyes y la violencia de Jim Crow garantizaron la

¹⁶ Doug McAdam, *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970* (1982); Aldon D. Morris, *The Origins of the Civil Rights Movement: Black Communities Organizing for Change* (1984); Michael J. Klarman, *From Jim Crow to Civil Rights: The Supreme Court and the Struggle for Racial Equality* (2006). Cuatro conmociones externas aceleraron a trompicones la lucha de los negros estadounidenses por la ciudadanía: las dos guerras mundiales, la oleada de descolonización y la guerra de Vietnam.

¹⁷ Max Weber, *La Dominación* (2020) y Michel Foucault, *Surveiller et punir. Naissance de la prison* (1975) [ed. cast.: *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI, 2025]. Para una teorización creativa del funcionamiento de la dominación en los regímenes represivos basada en Weber y Foucault, pero también en Gramsci y de Certeau, véase Béatrice Hibou, *Anatomie politique de la domination* (2011).

dominación total de una categoría deshonrada basada en la ley de la sangre, al tiempo que (re)produjeron un orden abrupto y rígido de estratificación que prohibía cualquier promoción étnica aplicando el principio que denomino de «mínima elegibilidad racial»,¹⁸ según el cual el blanco más bajo está estatutaria e irrevocablemente por encima del negro más alto.

El argumento articulado en este libro es el siguiente. Apoyado en el mito de la «gota de sangre negra», el régimen de Jim Crow constaba de cuatro elementos estrechamente entrelazados: una *infraestructura económica* de aparcería que se convirtió en servidumbre por deudas; una *estructura social* basada en la duplicación organizativa (cada grupo es dirigido a una red de instituciones reservadas para él) y la exigencia permanente de deferencia de los negros hacia los blancos; y una *superestructura civil* de privación de derechos políticos y judiciales. Sin embargo, los afroamericanos nunca aceptaron espontáneamente los dictados de Jim Crow.¹⁹ Fue así necesario entrelazar y asegurar los tres mecanismos de explotación, subordinación y exclusión que lo constituían mediante el cuarto componente, la *violencia terrorista*, la violencia proteiforme (intimidación, agresión, flagelación, violación, «caza al hombre», pogromos, linchamientos y torturas públicas, por no hablar de detenciones arbitrarias, encarcelamientos abusivos y ejecuciones precipitadas al amparo de la ley) que planea sobre toda interacción social entre blancos y negros y que puede golpear a estos últimos en cualquier momento para comunicarles un mensaje político rotundo: el poder y la inevitabilidad de la supremacía blanca.

¹⁸ Construyo este concepto por analogía con el de «menor elegibilidad» social enunciado por Jeremy Bentham en 1796, para designar el hecho de que la asistencia a los pobres debe calibrarse de tal manera que su condición siga siendo inferior a la de los estratos más bajos del proletariado, so pena de disuadir a estos últimos de trabajar.

¹⁹ Sobre la larga tradición de rechazo del orden blanco en su epicentro en el delta del Misisipi, véase Nan Elizabeth Woodruff, *American Congo: The African American Freedom Struggle in the Delta* (2009); y, para un análisis más amplio, Steven Hahn, *A Nation Under Our Feet: Black Political Struggles in the Rural South from Slavery to the Great Migration* (2005).

La medida de Jim Crow

Para dar una idea de la magnitud del fenómeno, Estados Unidos tenía 31 millones de habitantes y 4 millones de esclavos cuando se abolió efectivamente la esclavitud en 1865. Más del 90 % de los 7,5 millones de estadounidenses negros vivían en los estados del Sur en 1900, frente al 55 % de los 19 millones de 1960, tras la Gran Migración Negra hacia el Norte.¹ Los once estados confederados que se separaron de la Unión en 1860-1861 para preservar la esclavitud suelen denominarse el Sur de Estados Unidos, en un sentido histórico más que geográfico, y constituyen una unidad cultural y política coherente marcada por el conservadurismo religioso, social y racial, además de por la experiencia de la derrota militar y sus destrucciones.²

La Confederación tenía una población total de 9 millones de habitantes, de los cuales 5 millones eran blancos, y abarcaba una superficie cuatro veces mayor que la de Francia, con 4.700 kilómetros de costa. El Sur Profundo (*Deep South*) incluye los estados de Georgia, Carolina del Sur, Alabama, Misisipi, Luisiana, Arkansas, el sur de Kentucky, el este de Texas y el norte de Florida. Eran los estados que formaban el corazón del «Cinturón del Algodón», donde reinaban la economía de plantaciones y los potentados blancos locales.³ En otras palabras, Jim Crow regiméntó a entre 7 y 10 millones de negros estadounidenses durante casi 70 años.

¹ James N. Gregory, *The Southern Diaspora: How the Great Migrations of Black and White Southerners Transformed America* (2006).

² Sobre el impacto a largo plazo de la Guerra Civil, una carnicería humana en la que perecieron 750.000 soldados y civiles, y sobre la política de ciudadanía en el Sur de Estados Unidos, véase Carole Emberton, *Beyond Redemption: Race, Violence, and the American South after the Civil War* (2013).

³ En el libro de James C. Cobb, *The Most Southern Place on Earth: The Mississippi Delta and the Roots of Regional Identity* (1994), se ofrece un retrato brillante del Sur profundo como «tierra de suelos ricos, opulentos plantadores y desesperada pobreza».

En su famoso libro de 1835, *La democracia en América*, Alexis de Tocqueville predijo fervientemente que la esclavitud sería abolida tarde o temprano en América, aunque ello significara «la más horrible de todas las guerras civiles», porque era fundamentalmente antitética a «la libertad democrática» y a «la ilustración de nuestra época». Predijo que «cesará por el acto del esclavo o por el del amo. En cualquiera de los dos casos, debemos esperar grandes desgracias».²⁰ Pero estaba lejos de imaginar que tras la abolición, la sociedad que él veía como la encarnación de la «pasión por la igualdad» característica de las naciones democráticas, una pasión que describía como «ardiente, insaciable, eterna e invencible», daría lugar a un régimen liberticida de dominación étnico-racial tan rígido y corrosivo como Jim Crow.

En este régimen, la noción de casta, asociada por lo general a la India brahmánica, se aplicaba rigurosamente a los negros estadounidenses, convirtiendo a los descendientes de esclavos en una *subcasta*, auténticos «intocables» con los que, precisamente, estaba violentamente prohibida cualquier relación de igualdad e intimidad, generación tras generación. Durante su primer viaje a la India, en el invierno de 1959, cuando el movimiento por los derechos civiles en el Sur estaba entrando en una fase crítica, en un principio Martin Luther King se sintió ofendido al ser presentado por sus anfitriones como «un intocable de Estados Unidos», pero, tras reflexionarlo, aceptó que «sí, soy un intocable y todos los negros de Estados Unidos de América son intocables». La percepción de este parentesco era recíproca: en una carta de 1947 a W. E. B. Du Bois, el jurista, activista y líder histórico de los dalits, B. R. Ambedkar, escribió: «Hay muchas similitudes entre la situación de los intocables en la India y la de los negros en EEUU».²¹ En otras palabras, este libro es una invitación a repensar de arriba a abajo las relaciones históricas y contemporáneas entre casta, justicia y democracia en América y en los países que, redescubriendo su pasado colonial, lidian hoy con la «cuestión racial».²²

²⁰ Alexis de Tocqueville, *De la démocratie en Amérique*, 1986 [1835], pp. 334-336 [ed. cast.: *La democracia en América*, Madrid, Trotta, 2020].

²¹ Isabel Wilkerson, *Caste: The Origins of our Discontents* (2020), pp. 22 y 26.

²² El exitoso libro de la periodista negra Isabel Wilkerson, antes citado, adolece de atajos históricos y vaguedad conceptual, pero tiene el gran mérito de cuestionar la naturaleza dóxica de la «raza» en el debate público estadounidense al sugerir un sacrilego paralelismo entre Estados Unidos, la India brahmánica y la Alemania nazi.

Nota sobre traducción y terminología

He traducido los términos «*Negro*» y «*colored*», utilizados para referirse a los afroamericanos desde la época de la esclavitud hasta la década de 1960, como negro, y el término peyorativo «*nigger*» como negrata. Hoy, en Estados Unidos, este término se considera tan ofensivo que resulta literalmente impronunciable, incluso para denunciarlo. Así, en el debate público, la prensa, la investigación y la enseñanza se sustituye por el término «la palabra con N» (*the N-word*) y por escrito por «N--». En boca de los blancos, es «la bomba nuclear de los insultos étnicos»;²³ pero los negros lo utilizan entre ellos como término de fraternidad y afecto, y la música rap lo emplea generosamente. He optado por mantenerlo en las citas de época para no diluir la inyección de desprecio racial y suavizar así la violencia verbal característica de la sociedad sureña bajo Jim Crow. Además, en mi opinión, convertir el término en tabú solo perpetúa e incluso amplifica su nocivo poder de denigración, lejos de disminuirlo.

También he mantenido entre comillas el término «caucásico», que en Estados Unidos se refiere a las personas blancas. De uso común hasta nuestros días, incluso en la investigación médica (donde su empleo ha suscitado debate cuando no escándalo), tiene la apariencia de ser neutro e incluso culto. En realidad, se basa en el pseudoconocimiento que se remonta al siglo XVIII, según el cual los europeos de piel pálida son originarios de las montañas del Cáucaso, supuesto lugar de desembarco del Arca de Noé.²⁴

He traducido el término «*mob*», que se refiere a un grupo o muchedumbre de individuos malintencionados, excitados, destructivos y violentos, por la palabra «manada», pero manteniendo las comillas para indicar que es un término autóctono, que desgraciadamente ha sido adoptado por los historiadores a su gusto. (En otros contextos, el término se refiere a la mafia y al submundo criminal repleto de «*mobsters*»).

²³ Según la instructiva historia del término hecha por el jurista negro Randall Kennedy, *Nigger: The Strange Career of a Troublesome Word* (2002). En Estados Unidos es impensable que un hombre blanco pueda escribir un libro así y el propio Kennedy sufrió la ira y el ostracismo de muchos de sus colegas afroamericanos por hacerlo.

²⁴ Bruce Baum ofrece una historia social y semántica del término en *The Rise and Fall of the Caucasian Race: A Political History of Racial Identity* (2008).

La palabra está impregnada de desprecio de clase y evoca la falsa «psicología colectiva» de Gabriel Tarde y Gustave Le Bon sobre la irracionalidad fundamental de las multitudes.²⁵ Se opone a una verdadera sociología de la composición social, de la emergencia y de la razón práctica que anima a esos colectivos más o menos evanescentes y organizados.

El término «*vigilante*», que puede traducirse como justiciero en singular y grupo de autodefensa o milicia en plural, hace referencia a una realidad propia de la América sudista en el periodo considerado, en referencia a los miembros del Ku Klux Klan y otras hermandades blancas dedicadas al mantenimiento violento del orden racial y, de forma más general, social.²⁶ He preferido la palabra «vigilancia» para sugerir esta función y no simplemente la imposición de la jerarquía racial por la fuerza (en el contexto estadounidense, el término milicia se refiere a una fuerza civil armada oficialmente por las autoridades). He traducido el término «*posse*», que en sentido estricto se refiere a un grupo informal de hombres encargados de apoyar al sheriff en caso de emergencia, por banda, porque la palabra «tropa» es demasiado formal y la palabra *gang*, más cercana, ha adquirido hoy en día una connotación completamente diferente, sobre todo en términos raciales. Por último, he reservado el término «posguerra» del inglés latinizado *postbellum*, para referirse a las décadas posteriores a la Guerra Civil estadounidense (1861-1865) y no a la Segunda Guerra Mundial.

Hay dos instituciones judiciales específicas del periodo que estudiamos. La primera es el «*convict leasing*», en el que los convictos (o simplemente los acusados) eran alquilados o arrendados a plantadores o empresas privadas que explotaban su mano de obra a cambio de un canon anual pagado al Estado. La segunda, que le sucedió en los años veinte, fue el trabajo forzado de los presos en forma de «*chain gangs*», escuadrones de condenados encadenados entre sí con grilletes por razones de seguridad, destinados a la construcción y el mantenimiento de

²⁵ Véase Yvon J. Thiec, «Gustave Le Bon, prophète de l'irrationalisme de masse» (1981).

²⁶ Los grupos de vigilantes no solo eran antinegros, sino también antisindicales, anti-comunistas y antiliberales, además de oponerse enérgicamente a las mujeres que desafiaban el orden patriarcal mediante el divorcio o la soltería. Sobre esta larga tradición nacional de violencia privada que se remonta a la época colonial, véase William C. Culberson, *Vigilantism: Political History of Private Power in America* (1990).

infraestructuras públicas (carreteras, puentes, diques, etc.).²⁷ Una tercera institución específica, común en América Latina, es el «peonaje». El término, derivado del español «*peón*», se refiere al hecho de que un agricultor alquila sus tierras y un aparcerero o un jornalero agrícola las trabaja, no para obtener ingresos, sino para pagar las deudas que tiene con su propietario, que aseguró su subsistencia en estaciones precedentes.²⁸

Para concluir este prólogo conviene recordar que la «raza» es una categoría social e histórica, no científica, basada en la creencia colectiva en la alteridad y la desigualdad congénitas de poblaciones con fronteras naturalizadas, una creencia perfectamente arbitraria nacida de una relación de dominio material y simbólico, así como de un largo trabajo de inculcación que le confiere su aparente necesidad. En otras palabras, entra en el capítulo de la sociología de la dominación como objeto más que como una herramienta. Con todo el rigor, habría que escribir siempre *etnoracial*, para recordar siempre que la «raza» no es más que una *forma negada de etnicidad* como principio de clasificación y estratificación basado en el honor o el deshonor, es decir, en última instancia (si fuera necesario), en el capital simbólico, positivo o negativo.²⁹ Dicho esto, prescindiremos de entrecomillar sistemáticamente la palabra «raza»: dejemos que el lector las considere consustanciales al término.

²⁷ Sobre estas dos instituciones, véase Alex Lichtenstein, *Twice the Work of Free Labor: The Political Economy of Convict Labor in the New South* (1996).

²⁸ Véase Pete R. Daniel, *Shadow of Slavery: Peonage in the South, 1901-1969* (1990 [1972]).

²⁹ Wacquant, *Racial Domination*, *op. cit.*, pp. 78-86; e ídem, «Notes sur la race comme ethnicité déniée» (2023).



M^R T. RICE
 28

THE ORIGINAL JIM CROW



Foto 2. Ilustración de época de Thomas D. Rice («Daddy Rice») en acción, con la cara pintada de negro, bailando con el traje remendado de su personaje «Jim Crow» (c. 1833-1845).

Introducción

De la noción folclórica al concepto analítico

La expresión Jim Crow procede del título de una canción y danza de 1832, *Jump Jim Crow*, interpretada por el artista *blackface* Thomas Dartmouth «Daddy» Rice (1808-1860), que durante dos décadas fue el artista más aclamado de su época, tanto en Estados Unidos como en Inglaterra.¹ Junto con Jim Dandy y Zip Coon, el grotesco Jim Crow se convirtió en un fijo de los espectáculos de juglares, inmensamente populares en el siglo XIX, que ridiculizaban los supuestos rasgos del carácter de los negros de las plantaciones. Ataviado con ropas remendadas, gesticulando con su sombrero, se contorsionaba de tal manera que provocaba la risa, cantando, supuestamente en «etíope», la leyenda de un esclavo contento con su condición.

De hecho, el término Jim Crow aparece por primera vez en el *Dictionary of American English* en 1904, como sinónimo peyorativo de las personas negras, similar a los epítetos «coon» y «darkie».² En aquella época, también se refería a los vagones separados (*Jim Crow cars*) y a las salas de espera reservadas a las personas de color que las compañías ferroviarias del Sur habían empezado a introducir en la década de 1880 y, por extensión, al entramado de dispositivos legales y sociales destinados a explotar, subordinar y excluir a los negros, que habían proliferado en los antiguos estados confederados en reacción a las reivindicaciones

¹ Véase W. T. Lahmon Jr, *Jump Jim Crow: Lost Plays, Lyrics, and Street Prose of the First Atlantic Popular Culture* (2003). Sobre el papel central de esta representación en directo, durante la cual un actor blanco, con la cara ennegrecida con betún, imitaba y se burlaba de un esclavo, en la formación de la identidad racial del país, véase Brian Roberts, *Blackface Nation: Race, Reform, and Identity in American Popular Music, 1812-1925* (2017).

² Catherine Lewis, J. Richard Lewis (ed.), *Jim Crow America: A Documentary History* (2009), p. xi.

de ciudadanía de los afroamericanos un cuarto de siglo después de la abolición de la esclavitud.

En 1955, el historiador C. Vann Woodward publica su clásico estudio, *The Strange Career of Jim Crow* [La extraña carrera de Jim Crow], que consolida el término como abreviatura académica que designa la virulenta estructura vertical de las relaciones entre blancos y negros en el Sur de Estados Unidos entre los años 1890 y 1950, una estructura basada en el «ostracismo racial» prescrito por la ley que se extiende a toda la gama de instalaciones públicas e instituciones privadas.³ Lo que en adelante se conocerá como la «tesis de Woodward» sostiene que este régimen no era una prolongación directa e ineludible de la esclavitud, sino que surgió a finales del siglo XIX, tras un interregno racial fluido, una «era de experimentación y variedad en las relaciones raciales» durante la cual los afroamericanos disfrutaron de un amplio abanico de oportunidades económicas, sociales e incluso políticas. Esta tesis ha sido debatida desde entonces por los historiadores.⁴

Hoy en día, la expresión «Jim Crow» se invoca habitualmente en el debate académico y público como elástico sinónimo de la segregación, la opresión y las injusticias raciales en general. Su uso se ha disparado en los últimos tiempos: la herramienta de visualización de corpus N-Gram de Google Books registra un aumento de unas veinte veces en la frecuencia del término desde el año 2000, después de haberse estancado en las dos décadas anteriores. Uno de los libros activistas más leídos de la última década en Estados Unidos utiliza el término en su título con el fin de dramatizar la cuestión y movilizarse contra el auge del Estado penal: *The New Jim Crow: Mass Incarceration in the Age of Colorblindness*.⁵ Los

³ Véase C. Vann Woodward, *The Strange Career of Jim Crow* (2001 [1955]).

⁴ Véase Howard N. Rabinowitz, «More than the Woodward Thesis: Assessing the Strange Career of Jim Crow» (1988). Sobre las oleadas de estudios que responden a Woodward, véase: James Beeby y Donald G. Nieman, «The Rise of Jim Crow, 1880-1920» (2002); Raymond Gavins, «Literature on Jim Crow» (2004). Para una visión más amplia, véase Blair Kelley y Claudrena Harold, «The Historiography of the Black South from Reconstruction to Jim Crow» (2020). El libro de James Cobb, *C. Vann Woodward: America's Historian* (2022), ofrece un fascinante relato del desarrollo y la repercusión de la obra de Woodward desde una perspectiva biográfica y social.

⁵ Véase Michelle Alexander, *The New Jim Crow: Mass Incarceration in the Age of Colorblindness* (2010) [ed. cast.: *El color de la justicia. La nueva segregación racial en Estados Unidos*, Madrid, Capitán Swing, 2014]. Para una crítica de este libro y las razones de su éxito, véase L. Wacquant, *Racial Domination, op. cit.*, pp. 281-283, y también de este libro cap. 6 «El terrorismo de casta».

activistas del movimiento Black Lives Matter lo invocan con frecuencia para denunciar la perennidad de la dominación blanca. El término también resuena con un temblor particular para la última generación de afroamericanos que experimentaron en sus carnes el Jim Crow que ahora fallece, sin que se desvanezca el recuerdo de su atroz reinado.

Jump Jim Crow, de Thomas Dartmouth Rice (circa 1830)*

Vengan y escuchen, niños y niñas, vengo de Tuckyhoe,
 les cantaré una pequeña canción, me llaman Jim Crow.
 Haz la voltereta y date la vuelta, y hazlo bien como yo,
 Cada vez que me doy la vuelta, salto como Jim Crow.

Oh, caliento mi violín y en la vieja Virginia,
 Dicen que toco al estilo de un científico como el maestro Paganini.
 Haz la voltereta y date la vuelta, y hazlo bien como yo,
 Cada vez que me doy la vuelta, salto como Jim Crow.

Me bajé al río, no pensaba quedarme,
 Pero entonces vi tantas bellezas que no pude irme.
 Haz la voltereta y date la vuelta, y hazlo bien como yo,
 Cada vez que me doy la vuelta, salto como Jim Crow.

Monto en una barcaza, bajo el ojo del Tío Sam,
 Pero me fui a ver el lugar donde mataron a Pakenham.
 Haz la voltereta y date la vuelta, y hazlo bien como yo,
 Cada vez que me doy la vuelta, salto como Jim Crow.

Y luego bajé a Orleans y me llené de envidia
 Me metieron en la cárcel y me tuvieron allí toda la noche
 Haz la voltereta y date la vuelta, y hazlo bien como yo,
 Cada vez que me doy la vuelta, salto como Jim Crow.

* Nikki Brown y Barry M. Stentiford, *The Jim Crow Encyclopedia* (2008), p. 418.

Jim Crow es un *concepto indígena derivado del propio fenómeno que se supone debe captar*. Los historiadores lo han utilizado ampliamente para designar una época (la «era de la segregación», marcada por dos decisiones del Tribunal Supremo de Estados Unidos que avalaron y luego invalidaron la separación legal de las razas, *Plessy versus Ferguson* en 1896 y *Brown versus Board of Education of Topeka* en 1954), una región política y su cultura distintiva, una mentalidad histórica que apoyaba un régimen racial rígido y un complejo de instituciones que daban fuerza y forma al supremacismo blanco. Este uso ha demostrado ser vago, poco preciso y cambiante, hasta rozar la incoherencia.

Así pues, en una larga introducción a su excelente selección de textos y documentos sobre «la era de Jim Crow», la historiadora Jane Dailey caracteriza el fenómeno de varias maneras: en primer lugar, en sentido estricto, como «un conjunto de leyes que imponían la desigualdad y la discriminación»; después, en un sentido más amplio, como «el entrelazamiento del sistema jurídico y económico, del régimen político y de mundos sociales y políticos diversos», que «hundían sus raíces en el periodo anterior a la guerra [de Secesión], pero que siguen estructurando la sociedad estadounidense»; y, por último, en su núcleo, como «una forma de vida, una cultura, un código de comportamiento cotidiano, un modo de experiencia, un estado de ánimo tanto para los blancos como para los negros».⁶

En una rica y exhaustiva panorámica de la reciente literatura histórica y gráfica sobre «La vida cotidiana en el Sur de Jim Crow, 1900-1945», Jennifer Lynn Ritterhouse subraya que «la separación, ya fuera por ley o por costumbre, era una de las muchas herramientas utilizadas por los blancos para subordinar y excluir a los negros, al igual que para mantener las nociones de pureza racial blanca» en un «mundo multirracial complejo». Ritterhouse pasa revista a la configuración racial de las relaciones cara a cara, del espacio, el trabajo, el consumo y la formación de instituciones características de la región a lo largo de este medio siglo, sin delinear analíticamente los elementos constitutivos fundamentales de Jim Crow, limitándose a señalar que era «un sistema incoherente e irregular de distinción y separación racial». Pero

⁶ Jane Dailey (ed.), *The Age of Jim Crow: A Norton Casebook in History* (2009), pp. xi-xiii.

⁷ Véase Jennifer Lynn Ritterhouse, «Daily Life in the Jim Crow South, 1900-1945» (2018).

distinción y separación son términos excesivamente vagos, e incluso los regímenes más rígidos de dominación etnoracial (me vienen a la mente la Alemania nazi y el apartheid sudafricano)⁸ son, en su aplicación, incoherentes e irregulares debido a la diferenciación interna de los Estados raciales, las múltiples estrategias de evasión y resistencia de las categorías-objetivo, y la complejidad dinámica de la constitución de grupos en el espacio social y físico.

Del mismo modo, ninguna de las historiadoras de la nueva generación que han contribuido con su obra a establecer el estado de la cuestión sobre «la locura de Jim Crow» se detiene en su ímpetu a la hora de explicitar lo que entiende por este término y qué instituciones fueron responsables de la formación racial (*race-making*) durante este periodo. La noción se glosa denotando la segregación legal, «las restricciones impuestas por el Estado en la vida privada y pública de sus ciudadanos, incluyendo asuntos íntimos como el matrimonio», y definiéndola como «la empresa de ingeniería social más intrusiva y penetrante jamás emprendida en suelo estadounidense» con el fin de mantener «la subordinación sistemática de los negros». A esto le sigue una lista que incluye «subterfugios políticos, coerción económica y violencia simple y llana», una lista que ninguno de los autores del libro sigue realmente, de modo que, por defecto, el significado más profundo del término se fija en la segregación *de jure* diseñada por los blancos para evitar la contaminación y el atraso mediante la mezcla social con una raza considerada inferior.⁹

Un rápido repaso a las monografías recientes confirma que persisten profundos desacuerdos sobre si la supremacía blanca de Jim Crow es una estructura arraigada en la costumbre o en la ley; si reside principalmente en las instituciones formales del poder burocrático o en los modelos informales de las relaciones cotidianas; si es específica del Sur o de

⁸ Véase Devin Owen Pendas *et al.* (eds.), *Beyond the Racial State: Rethinking Nazi Germany* (2017); Nigel Worden, *The Making of Modern South Africa: Conquest, Apartheid, Democracy* (2011).

⁹ Véase W. Fitzhugh Brundage, «Introduction», en Stefanie Cole y Natalie J. Ring (eds.), *The Folly of Jim Crow: Rethinking the Segregated South* (2012), p. 2. Una confusión conceptual similar marca el artículo de Anders Walkers, «New Takes on Jim Crow: A Review of Recent Scholarship» (2018) y el libro de Henry Louis Gates Jr, *Stony the Road: Reconstruction, White Supremacy, and the Rise of Jim Crow* (2020).

ámbito nacional; si se aplica solo a los negros estadounidenses o a otras categorías desprestigiadas (sobre todo mexicanos y nativos americanos); si coincide con el «racismo» posterior a la esclavitud o se refiere a una época más restringida; y si está muerto y enterrado desde la década de 1960 o sobrevive, o incluso florece, modificado hasta nuestros días.¹⁰

1896-1954, respaldo legal a la «segregación» en el Sur

En su sentencia de 1896, *Plessy versus Ferguson*, el Tribunal Supremo de Estados Unidos declaró *constitucional* la separación de blancos y negros en los ferrocarriles de Luisiana, siempre que se asignara a cada grupo sus propios vagones reservados según la fórmula «separados pero iguales» —huelga decir que esta igualdad era puramente formal y completamente ficticia—. Por extensión, la decisión se aplicó a todas las instalaciones públicas e instituciones comerciales del Sur, como escuelas, hospitales, parques públicos, hoteles, tiendas y cines, dando al régimen de Jim Crow una base jurídica inatacable. Este es el origen de la expresión popular «segregación» para designar este régimen de bipartición racial sistemática. Cincuenta y ocho años más tarde, desestabilizado por las repercusiones cívicas de la Segunda Guerra Mundial y urgido por la creciente movilización de los afroamericanos en favor de la igualdad, el mismo tribunal dictó la sentencia *Brown versus Board of Education of Topeka*, que declaró *inconstitucional* la separación de los escolares blancos y negros en Kansas, basándose en que la separación forzosa constituía en sí misma una desigualdad, sobre todo en que inducía un sentimiento de

¹⁰ La bibliografía y la documentación sobre Jim Crow son vasta e inmensamente variadas, y abarcan la historia, el derecho, los estudios étnicos, las memorias y los documentales cinematográficos, por no mencionar las colecciones fotográficas, al tiempo que se extiende más allá del registro académico para abarcar el registro popular y militante. En aras de la brevedad y la claridad, limito mis referencias a una selección de las monografías académicas más significativas. En particular, utilizo los estudios de campo clásicos llevados a cabo por antropólogos (Dollard, Powdermaker, Davis y los Gardner) en los años de entreguerras ya que captan el fenómeno *in vivo* en su momento álgido. La serie de televisión del Public Broadcasting System (PBS) producida por Richard Wormser, *The Rise and Fall of Jim Crow* (2003), disponible en YouTube, ofrece una visión general accesible a un público más amplio.

inferioridad entre los alumnos negros.¹ Esto marcó el principio del fin de la «segregación» legal, que daría lugar al movimiento por los derechos civiles y desencadenaría una resistencia masiva y violenta por parte de los sureños blancos que veían cómo su mundo se desmoronaba poco a poco.² Estos últimos denunciaron la «integración» forzosa como un complot comunista y antirreligioso contra el «americanismo» y una odiosa intrusión de los «*race mixers*» del Norte que conducía directamente a la «bastardización» de la sociedad. En 1963, George Wallace, gobernador de Alabama y líder de la rebelión blanca, acuñó una frase que se haría famosa, «*segregation now, segregation tomorrow, segregation forever*».³ Hará falta que intervengan las tropas federales para aplicar *Brown versus Board of Education* y una larga década de violentos enfrentamientos, tempestuosas manifestaciones y turbulentas maniobras políticas antes de que el Congreso aprobara finalmente la legislación federal que invalidaba las disposiciones que sustentaban Jim Crow y concediera a los negros la plena ciudadanía. Cincuenta años después del caso *Brown versus Board of Education*, lo cierto es que las escuelas de todo el país, tanto en el Norte como en el Sur, están *más* segregadas racialmente que en la época de Jim Crow, ya que los blancos han «votado con los pies» al emigrar fuera de las ciudades y refugiarse en la enseñanza privada en respuesta a la afluencia de negros.⁴

¹ Para un análisis detallado de estas decisiones y del largo camino jurídico y político que condujo a ellas, véase Michael J. Klarman, *From Jim Crow to Civil Rights: The Supreme Court and the Struggle for Racial Equality* (2006).

² Jason Sokol, *There Goes my Everything: White Southerners in the Age of Civil Rights, 1945-1975* (2008); Jason Morgan Ward, *Defending White Democracy: The Making of a Segregationist Movement and the Remaking of Racial Politics, 1936-1965* (2011); Yasuhiro Katagiri, *Black Freedom, White Resistance, and Red Menace: Civil Rights and Anticommunism in the Jim Crow South* (2014); Elizabeth Gillespie McRae, *Mothers of Massive Resistance: White Women and the Politics of White Supremacy* (2018).

³ Siempre se presenta a Wallace como una reliquia del pasado, pero en realidad su visión fue profética: anunció el cambio racial y social del país en respuesta al movimiento por los derechos civiles que llevaría a Ronald Reagan al poder treinta años después, como muestra Dan T. Carter en *The Politics of Rage: George Wallace, the Origins of the New Conservatism, and the Transformation of American Politics* (2000).

⁴ Peter Irons, *Jim Crow's Children: The Broken Promise of the Brown Decision* (2004).

Lo que es aún más preocupante es que la lista de instituciones o la concatenación de mecanismos sociales que constituyen la especificidad de este régimen de soberanía racial no suelen precisarse: la lista varía no solo de un autor a otro, sino muy a menudo dentro de un mismo texto.

A pesar de haber escrito bibliotecas enteras de libros notables sobre «Jim Crow», los historiadores estadounidenses no han producido un *concepto analítico* estable y robusto del fenómeno, lo que no es de extrañar, ya que les expondría a ser criticados por sus colegas en tanto sociólogos.¹¹ En cuanto a los sociólogos, han tomado prestado el término de los historiadores sin elaborarlo, a pesar de su naturaleza vaga y lábil. La única llamada directa a formular una noción clara es un breve artículo de 1948, totalmente desconocido (solo se ha citado una vez en más de medio siglo), del sociólogo y abogado de la NAACP Hugh Smythe, que aboga por incorporar el «concepto de “Jim Crow”» al canon sociológico.¹²

Smythe informa de que Jim Crow está «aceptado como parte del inglés estadounidense estándar» en la sociología de los grupos étnicos y de la estratificación, en los estudios de ciencias sociales y humanidades, en los debates jurídicos y en los periódicos nacionales. Pero tampoco nos dice qué significa realmente el término; su llamamiento ha sido desoído. Más recientemente, los sociólogos que han invocado Jim Crow para caracterizar formas de desigualdad racial han dado por sentado su significado y lo han equiparado tácitamente con la discriminación legal y la segregación.¹³

¿Es posible forjar un modelo claro y coherente, y aun así flexible, de «Jim Crow» que delimite y defina *un régimen distintivo de dominación racial* y que pueda servir de base para la comparación histórica y

¹¹ La confusión empírica y la amalgama histórica causadas por la subespecificación analítica de «Jim Crow» se ponen de relieve en el estimulante libro editado por Matthew D. Lassiter y Joseph Crespino (eds.), *The Myth of Southern Exceptionalism* (2009).

¹² Véase Hugh H. Smythe, «The Concept “Jim Crow”» (1948).

¹³ Entre muchos ejemplos, véase William Julius Wilson, «Class Conflict and Jim Crow Segregation in the Postbellum South» (1976); Steven J. Gold, «From Jim Crow to Racial Hegemony: Evolving Explanations of Racial Hierarchy» (2004); Lawrence D. Bobo, «Somewhere between Jim Crow and Post-Racialism: Reflections on the Racial Divide in America Today» (2011); y Eduardo Bonilla-Silva, «The Structure of Racism in Color-Blind, “Post-Racial” America» (2015).

la elaboración teórica? Necesitamos aplicar en este caso el principio de *descomposición analítica* para formular tal caracterización ideal-típica, comenzando con tres observaciones preliminares. En primer lugar, siguiendo a Max Weber, debemos recordar que un tipo ideal no es una imagen descriptiva que pretende corresponder con la realidad, sino una imagen mental abstracta (*Gedankenbild*) «formada por la *acentuación* unilateral de uno o varios puntos de vista», según la cual los «fenómenos individuales concretos» se «ordenan en una construcción analítica unificada». Un tipo ideal es una «utopía» metodológica deliberadamente configurada, «que no puede encontrarse empíricamente en ningún lugar de la realidad», pero que nos ayuda a ordenar y desentrañar esa realidad a partir de un «significado inequívoco». ¹⁴ Sirve para orientar la investigación, formular hipótesis y elaborar teorías. Un tipo ideal no es ni verdadero ni falso; puede ser heurístico o no. Tanto si se admite como si se niega, todo sociólogo o historiadora emplea necesariamente un modo de razonamiento de este tipo: contrastar la realidad con un modelo tácito o explícito que guía su investigación y que desarrolla a lo largo del camino.

En segundo lugar, aunque a menudo se presente como monolítico, el fenómeno que aquí nos interesa presenta grandes variaciones en el tiempo y en el espacio, que el concepto debería ayudarnos a cartografiar. Jim Crow no es el mismo en el periodo de su establecimiento (a principios del siglo XX), durante su florecimiento hegemónico (el periodo de entreguerras) y durante su fase de impugnación abierta y disolución gradual (en las dos décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial). ¹⁵ También muestra diversas inflexiones funcionales a lo largo de la docena de antiguos estados confederados, teniendo, en un extremo, el polo de la «civilidad» encarnado por Virginia y Carolina del Norte y, en el otro extremo, el polo de la «brutalidad» materializado por el Misisipi, con estados como

¹⁴ Max Weber, *Essais sur la théorie de la science* (1992 [1904]), pp. 172-173.

¹⁵ Tres notables estudios diseccionan esta disolución: Jason Sokol, *There Goes my Everything: White Southerners in the Age of Civil Rights, 1945-1975* (2008); Stephen A. Berrey, *The Jim Crow Routine: Everyday Performances of Race, Civil Rights, and Segregation in Mississippi* (2015); y Elizabeth Gillespie McRae, *Mothers of Massive Resistance: White Women and the Politics of White Supremacy* (2018). Para un análisis sensato del impacto político del colapso del control racial de Jim Crow, véase Joseph Crespiño, *In Search of Another Country: Mississippi and the Conservative Counterrevolution* (2009).

Florida, Georgia y Arkansas distribuidos a lo largo de este espectro; igualmente tampoco funciona del mismo modo en los estados fronterizos y en el Sur profundo, o en las ciudades y en el campo.¹⁶

Por ejemplo, «las élites blancas de Virginia adoptaron un concepto de gestión de las relaciones raciales marcado por un paternalismo afinado, en virtud del cual se prestaban servicios públicos básicos a los afroamericanos y se les permitía un mínimo de elevación étnica a cambio de la sumisión, la deferencia y la canalización de las protestas de los negros hacia ámbitos aceptables para los blancos». ¹⁷ Un planteamiento así era totalmente impensable para los blancos de Misisipi, que realizaron implacables esfuerzos públicos y privados para cerrar todas las vías de promoción de los negros y maximizar la marginación y la humillación raciales en todos los frentes. De todos los estados confederados, Misisipi es el que ha condenado a más afroamericanos por transgresiones raciales ante los tribunales y donde más linchamientos se han cometido.¹⁸

En tercer lugar, el modelo construido a lo largo de este libro utiliza la imagen marxista de la triada «base-estructura-superestructura» solo como herramienta práctica de exposición y no para afirmar enérgicamente la primacía causal de ningún componente particular del sistema especial de control racial establecido en el Sur de Estados Unidos veinte años después de la Guerra Civil. Frente al materialismo estrecho que sostiene que la economía *stricto sensu* explica la estructura y la dinámica de la sociedad, seguiremos los preceptos de un «materialismo ampliado» que otorga plena fuerza al capital simbólico en el funcionamiento del mundo histórico.¹⁹ Así, la sobreexplotación crónica de los aparceros

¹⁶ Compárese George C. Wright, *Life Behind a Veil: Blacks in Louisville, Kentucky, 1865-1930* (2004), con Hortense Powdermaker, *After Freedom: A Cultural Study of the Deep South* (1993 [1939]); y, para las variaciones según el grado de ruralidad, léase Mark Schultz, *The Rural Face of White Supremacy: Beyond Jim Crow* (2005). J. L. Ritterhouse también destaca la distinción entre zonas urbanas y rurales en «Daily Life in the Jim Crow South», art. cit.

¹⁷ J. Douglas Smith, *Managing White Supremacy: Race, Politics, and Citizenship in Jim Crow Virginia* (2002), p. 4.

¹⁸ Véase Neil R. McMillen, *Dark Journey: Black Mississippians in the Age of Jim Crow* (1990). Misisipi es, en cierto modo, la realización histórica del tipo «puro» de Jim Crow. Por eso nos basaremos en sus instituciones raciales más que en las de cualquier otro estado a la hora de desarrollar nuestro modelo.

¹⁹ Pierre Bourdieu, *Sur l'État. Cours au Collège de France, 1989-1992* (2012), p. 305; y *Anthropologie économique. Cours au Collège de France, 1992-1993* (2017).

negros que ancla la economía agraria del Sur no consigue explicar la forma tan particular que adoptan las relaciones entre blancos y negros en las esferas sociales y cívicas de la región. De hecho, la especificidad de la dominación racial como dominación reside en que su principio es la distribución desigual del honor colectivo y las luchas a las que da lugar.

De ello se desprende que, si tuviera que adoptar una posición sobre la cuestión «en última instancia», diría que el epicentro de Jim Crow reside en su *estructura sociosimbólica*, a saber, la asimetría rígida e imperturbable entre blancos y negros, que proclama la inferioridad y la infamia de estos últimos y de la que la extracción sistemática y exclusiva de deferencia a través de la «línea de color» es la manifestación concreta en la vida cotidiana. Para los blancos, conservar el monopolio de la estima étnica era un imperativo que primaba sobre la mera persecución del propio interés material, como demostró el fracaso de los populistas sureños a finales del siglo XIX en su intento de crear una alianza de clase entre campesinos pobres blancos y negros.²⁰

En *Reconstrucción negra*, Du Bois tenía razón al destacar los «salarios públicos y psicológicos» de la blanquitud, porque en el apogeo de Jim Crow, la lógica de acumulación de capital simbólico modificaba o incluso prevalecía sobre la valorización del capital económico.²¹ Como mínimo, es imperativo mantener unidas estas dos dimensiones del capital y emprender un análisis materialista de la economía simbólica de la división étnico-racial, en la estela de la teoría genética del poder de Pierre Bourdieu.²²

²⁰ El populismo fue un movimiento de protesta agraria liderado por el People's Party, fundado en 1891 y disuelto en 1909, que se levantó contra el *establishment* económico y político en respuesta a las dislocaciones sociales que sacudían entonces el campo sureño. Fracásó en su intento de formar una coalición birracial antes de unirse a la supremacía blanca en 1896. Gerald H. Gaither, *Blacks and the Populist Movement: Ballots and Bigotry in the New South* (2005).

²¹ Véase W. E. B. Du Bois, *Black Reconstruction, 1860-1880* (2017 [1935] [ed. cast.: *Reconstrucción negra*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2025]). Una provocativa reinterpretación de esta noción la ofrece Ella Myers, «Beyond the Psychological Wage: Du Bois on White Dominion» (2019).

²² Pierre Bourdieu, *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action* (1994), capítulos 4 y 5 [ed. cast.: *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, 1997]. Para un desarrollo de este punto, véase Wacquant, *Racial Domination* (2024), pp. 78-80, 85-88.

El capital simbólico de la deferencia*

No hay que olvidar que el grupo de trabajadores blancos, aunque recibían salarios bajos, eran compensados en parte por una especie de salario público y psicológico. Se les concedían deferencias públicas y títulos de cortesía por ser blancos. Eran admitidos libremente, junto con todas las clases de blancos, en los actos públicos, los parques públicos y las mejores escuelas. La policía procedía de sus filas y los tribunales, que dependían de sus votos, los trataban con tal indulgencia que fomentaban *la anarquía*. Su voto seleccionaba a los funcionarios públicos y, si esto tenía poco efecto en su situación económica, tenía mucho que ver con su trato personal y la deferencia que se les mostraba. Las escuelas de los blancos eran las mejores de la localidad y gozaban de gran visibilidad. Su coste per cápita era de dos a diez veces superior al de las escuelas para los niños de color. Los periódicos se especializaron en noticias que halagaban a los blancos pobres e ignoraban casi por completo a los negros, salvo en lo relativo a la delincuencia y el ridículo.

* W. E. B. Du Bois, *op. cit.*, pp. 700-701.

Basándome en estos principios analíticos, sostengo que Jim Crow es el nombre ordinario de un *régimen extraordinario de control racial extremo*, es decir, un conjunto de instituciones coherentes, entrelazadas y autorreproducibles, diseñado para garantizar la *dominación total* de una categoría basada en una descendencia uniformemente deshonrada, es decir, los afroamericanos, tal y como son definidos por las variantes de la «regla de la gota de sangre» y son marcados por el estigma de la esclavitud.²³ Este régimen se compone de cuatro elementos: (1) una infraestructura de *dependencia económica profunda, fomentada a través de la aparcería* que se convierte en peonaje por deudas, que sostiene (2)

²³ Véase F. James Davis, *Who is Black? One Nation's Definition* (1991). Sobre el papel del estigma en la formación etnoracial en general, Glenn C. Loury, *The Anatomy of Racial Inequality* (2021 [2002]), pp. 67-88.

una estructura central compuesta de *bifurcación institucional, extracción de deferencia y negación sistemática de igualdad y dignidad*, y bloqueada por (3) una superestructura de *doble exclusión política y judicial* que impide a los afroamericanos utilizar las elecciones o los tribunales como mecanismos de protección, reparación y cambio institucional.

Pero el componente más distintivo e indispensable del sistema resulta ser (4) el despliegue *del espectro y de la realidad asfixiante de la violencia* tanto privada como pública, la posibilidad omnipresente de las agresiones, expulsiones y asesinatos espontáneos o ritualizados por motivos raciales por atreverse a desafiar los dictados de los tres componentes del régimen mencionados anteriormente (explotación, subordinación y exclusión, las tres caras de la dominación). Tras trazar la génesis y consolidación del sistema de clasificación racial vigente en el Sur de la posguerra, examinaré sucesivamente cada una de estas cuatro constelaciones, empezando por la economía, pasando por la estructura social y el gobierno, y terminando con el lugar especial que ocupa el terror como instrumento de la soberanía de casta.

Una última advertencia: este libro no pretende ofrecer un retrato exhaustivo de todas las facetas de lo que se conoce como Jim Crow, ni de sus muchas variedades y variantes. En particular, no abarca tres temas principales. El primero es el papel del género, que proporciona los canales para la dominación Jim Crow y activa su eje simbólico, a saber, la íntima asociación entre raza y género.²⁴ No es casualidad que los hombres negros fueran retratados como criaturas bestiales e hipersexuadas, lo que hacía imperativas la segregación, el linchamiento y la privación de los derechos civiles. Del mismo modo, la aparcería, fundamento económico de Jim Crow, era una institución tan patriarcal como racial, ya que suponía y reproducía la dominación masculina en el seno del hogar, unidad de trabajo y vida. Lo mismo puede decirse de las motivaciones de grupos terroristas blancos como el Klu Klux Klan, que invocaban una ética «caballeresca» para (re)colocar a las mujeres en su lugar. Pero abordar la dimensión de género en la empresa racial está sencillamente fuera del alcance de este libro. Por lo tanto, remito al lector al notable corpus de trabajos producidos por las historiadoras sobre

²⁴ Ann Laura Stoler es quien mejor demuestra esta asociación en *Carnal Knowledge and Imperial Power: Race and the Intimate in Colonial Rule* (2002).

el tema y espero que esta omisión se interprete como una invitación a los especialistas en dominación masculina a interesarse por el tema.²⁵

El segundo callejón sin salida se refiere a la evolución de la estructura social, de las estrategias y de las sensibilidades de los blancos, en particular de los blancos de clase trabajadora de las zonas rurales. Estos últimos trabajaban y vivían en condiciones materiales que apenas diferían de las impuestas a los granjeros arrendatarios, aparceros y jornaleros agrícolas negros, al tiempo que se beneficiaban simbólicamente del régimen por el lugar que les otorgaba en la jerarquía del estatus étnico. Existe una rica y abundante literatura histórica sobre el Sur blanco, pero se centra principalmente en las relaciones de clase, el trabajo, la familia, la cultura y la política, y presta poca atención a *los blancos corrientes en tanto dominantes en el orden racial*, aparte de su participación en la violencia y su apoyo a la exclusión política.²⁶ La historiografía de

²⁵ Véanse las obras de referencia de Evelyn Brooks Higginbotham, *Righteous Discontent: The Women's Movement in the Black Baptist Church, 1880-1920* (1994); Glenda Elizabeth Gilmore, *Gender and Jim Crow: Women and the Politics of White Supremacy in North Carolina, 1896-1920* (1996); y Deborah Gray White, *Too Heavy a Load: Black Women in Defense of Themselves, 1894-1994* (1999). Se pueden igualmente citar: Jacqueline Jones, *Labor of Love, Labor of Sorrow: Black Women, Work, and the Family, from Slavery to the Present* (1985); Nancy MacLean, *Behind the Mask of Chivalry: The Making of the Second Ku Klux Klan* (1994); Tera W. Hunter, *To «Joy My Freedom»: Southern Black Women's Lives and Labors after the Civil War* (1997); Marlon Bryan Ross, *Manning the Race: Reforming Black Men in the Jim Crow Era* (2004); Crystal N. Feimster, *Southern Horrors, 1896-1920* (1996); Danielle McGuire, *At the Dark End of the Street: Black Women, Rape, and Resistance* (2010); LaKisha Michelle Simmons, *Crescent City Girls: The Lives of Young Black Women in Segregated New Orleans* (2015); Sarah Haley, *No Mercy Here: Gender, Punishment, and the Making of Jim Crow Modernity* (2016); Elizabeth Gillespie McRae, *Mothers of Massive Resistance: White Women and the Politics of White Supremacy* (2018); y Mary-Elizabeth B. Murphy, *Jim Crow Capital: Women and Black Freedom Struggles in Washington, DC, 1920-1945* (2018).

²⁶ Véanse, no obstante, las aportaciones indirectas de Jason Morgan Ward, *Defending White Democracy: The Making of a Segregationist Movement and the Remaking of Racial Politics, 1936-1965* (2011); E. G. McRae, *Mothers of Massive Resistance...*; J. Sokol, *There Goes my Everything...* También puede encontrarse material disperso en David Goldfield, *Black, White, and Southern: Race, Relations and Southern Culture, 1940 to the Present* (1991); Neil Foley, *The White Scourge: Mexicans, Blacks, and Poor Whites in Texas Cotton Culture* (1998); Charles L. Flynn Jr, *White Land, Black Labor: Caste and Class in late Nineteenth-century Georgia* (1999); Donald Wayne Walden, *The Southern Peasant: Poor Whites and the Yeoman Ideal* (2000); Wayne Flynt, *Dixie's Forgotten People: The South's Poor Whites* (2004); y Kristina DuRocher, *Raising Racists: The Socialization of White Children in the Jim Crow South* (2011). Esta relativa ignorancia contribuye a la invisibilidad

Jim Crow *stricto sensu* está, por tanto, peligrosamente desequilibrada, inclinándose por la experiencia de los afroamericanos —y de los negros urbanos y sus élites, por ser más precisos—. Sin embargo, la dominación racial es una relación y, para sondear su arquitectura, es igualmente crucial estudiarla desde el punto de vista de la categoría superior, en este caso desde el punto de vista de los blancos.²⁷

A los historiadores de Jim Crow les gusta alabar la «agencia» y la resistencia de los afroamericanos bajo control de los blancos, pero, salvo raras excepciones, ignoran estas mismas cualidades en los blancos pobres, excepto bajo el vago y denigrante término de «mob» («manada» o turba excitada, desordenada y violenta).²⁸ Este enfoque singular en el «lado negro» de la opresión etnoracial, producto de una convención académica, a saber, la existencia de una especialidad separada de historia afroamericana en la universidad, representa una regresión metodológica con respecto a los estudios antropológicos de la llamada Escuela de «casta y clase» del periodo de entreguerras, que estaban expresamente diseñados para captar esta relación desde ambos extremos.²⁹

La tercera omisión se refiere a las estrategias y la fenomenología de la resistencia negra al régimen racial del Sur durante el periodo que nos

generalizada de los blancos pobres en la vida académica, política y cultural estadounidense, con la notable excepción de la ficción sureña (Erskine Caldwell, William Faulkner, James Autry), como demuestra Nancy Isenberg en *White Trash: The 400-Year Untold History of Class in America* (2016). Para el periodo de posguerra, también existe una tradición distintiva de estudios «sureños» centrados en tradiciones populares blancas como «cuasi minoría» que sitúa la geografía por encima de la raza y minimiza o elude por completo su papel de opresores etnoraciales. Véase, por ejemplo, John Sheldon Reed, *The Enduring South: Subcultural Persistence in Mass Society* (1986 [1972]).

²⁷ El extenso resumen de Gavins sobre la «Literatura sobre Jim Crow» no contiene ni una sola referencia a una monografía sobre los sureños blancos. Beeby y Nieman concluyen su revisión de la investigación sobre «The Rise of Jim Crow, 1890-1920» (2004) reclamando más estudios sobre las mujeres blancas y los blancos de clase media (p. 344), olvidando como es costumbre a los blancos de clase trabajadora.

²⁸ Véase la «nota sobre la traducción» relativa a *mob* en el prefacio.

²⁹ Al comienzo de su estudio clásico, Allison Davis *et al.* señalan que «el objetivo metodológico, desde el principio, era ver cada relación entre negros y blancos a través de ambos lados de la sociedad» (*Deep South: A Social Anthropological Study of Caste and Class* (2008 [1941]), p. x). La fecundidad de esta perspectiva «bidireccional» o «birracial» la demuestran Jennifer Lynn Ritterhouse, *Growing Up Jim Crow: How Black and White Southern Children Learned Race*, 2006; y William Sturkey, *Hattiesburg: An American City in Black and White*, 2019.

ocupa, sobre el que también existe un corpus considerable de investigaciones ricas y variadas.³⁰ Esta omisión es ante todo una cuestión de prioridad lógica: hay que caracterizar bien un régimen antes de poder estudiar la oposición pasiva o activa, individual o colectiva, que suscita. Pero también se basa en mi lectura de la historia: el terrorismo de castas deja poco espacio institucional y aún menos opciones sociales a quienes atrapa, aparte de *la huida a través de la migración*. De hecho, la «gran migración negra» de 1917-1930 eclipsó todos los demás movimientos de protesta contra el dominio de la casta blanca en términos de escala e impacto, hasta la aparición del movimiento por los derechos civiles tras la Segunda Guerra Mundial.³¹

Hay abundantes pruebas que demuestran que, a pesar de la opresión extrema (pero variable) de Jim Crow, los afroamericanos crearon una rica vida «detrás del velo», haciendo eco de la resonante expresión de Du Bois. Seguían tan ferozmente apegados al ideal de igualdad como los blancos del Sur lo estaban al principio de la supremacía blanca.³² El hecho es que, bajo Jim Crow, la violencia simbólica de la denigración y la humillación se combinó con la violencia material de la intimidación y la agresión física para *debilitar el espacio social negro* y *dar forma a un habitus precario*, un conjunto de disposiciones duraderas y aplicables que estaban impregnadas de inseguridad, de ansiedad y de una sensación de vulnerabilidad que ha impregnado durante mucho tiempo la subjetividad negra.³³

³⁰ Steven Hahn, *A Nation Under Our Feet: Black Political Struggles in the Rural South from Slavery to the Great Migration* (2005). Véase también Robin D. G. Kelley, *Race Rebels: Culture, Politics, and the Black Working Class* (1994); Nan Elizabeth Woodruff, *American Congo: The African American Freedom Struggle in the Delta* (2009); Eric S. Gellman, *Death Blow to Jim Crow: The National Negro Congress and the Rise of Militant Civil Rights* (2012); David Taft Terry, *The Struggle and the Urban South: Confronting Jim Crow in Baltimore before the Movement* (2019); y Mia Bay, *Traveling Black: A Story of Race and Resistance* (2021).

³¹ Carole Marks, *Farewell, We're Good and Gone: The Great Black Migration* (1989); James R. Grossman, *Land of Hope: Chicago, Black Southerners, and the Great Migration* (1989); Kimberley Louise Phillips, *Alabama North: African-American Migrants, Community, and Working-Class Activism in Cleveland, 1915-45* (1999); y Eric Arnesen (ed.), *Black Protest and the Great Migration: A Brief History with Documents* (2003).

³² Jane Dailey et al. (eds.), *Jumpin' Jim Crow: Southern Politics from Civil War to Civil Rights* (2000); Jason Morgan Ward, *Defending White Democracy: The Making of a Segregationist Movement and the Remaking of Racial Politics, 1936-1965* (2011).

³³ Richard Wright lo plasmó maravillosamente en su autobiografía *Black Boy* (1947).

En segundo lugar, las instituciones creadas por los afroamericanos para hacer frente a Jim Crow y liberarse de sus garras surgieron principalmente en las ciudades, mientras que la inmensa mayoría de ellos vivió en asentamientos rurales dispersos y aislados hasta mediados del siglo XX. Las empresas, las profesiones liberales, las logias fraternales, la prensa, las universidades, los clubes femeninos y las organizaciones cívicas y políticas creadas por y para los negros eran creaciones urbanas cuyas actividades apenas se extendían al interior del país, siendo la Iglesia la principal excepción, ya que abarcaba la ciudad, los suburbios y el campo al mismo tiempo. Se inscriben en la formación precoz del *gueto como vehículo específico de dominación étnico-racial* que se desarrolló más plenamente en las metrópolis del Norte, pero que se hibridó con Jim Crow en las ciudades del Sur a principios del siglo XX.³⁴

Además, hasta la Segunda Guerra Mundial y la conmoción indisolublemente cognitiva y social que provocó, la creación de instituciones por parte de los negros del Sur consistió principalmente en «mejorar las instalaciones segregadas intentando igualarlas a sus homólogas blancas»; se trataba pues de adaptarse y no de desafiar a Jim Crow.³⁵ No es casualidad que las principales organizaciones de defensa de los derechos de los afroamericanos de principios del siglo XX —la National Association for the Advancement of Colored People, la National Urban League, la Universal Negro Improvement Association, la Brotherhood of Sleeping Car Porters— nacieran todas en Nueva York y se desarrollaran principalmente en las ciudades industriales del Norte.

La razón es sencilla: en su forma más elaborada, por ejemplo en Misisipi en la década de 1920, Jim Crow era un régimen asfixiante que infligía el desastre y la muerte a quienes se atrevían a oponerse abiertamente. Por lo tanto, debemos tener cuidado de no dejar que el

³⁴ Véase Loïc Wacquant, «A Janus-Faced Institution of Ethnoracial Closure: A Sociological Specification of the Ghetto» (2011); e ídem, *The Two Faces of the Ghetto* (2025), capítulos 1 y 2. Véase también en este libro cap. 6 «Terrorismo de casta».

³⁵ Leon F. Litwack, «Jim Crow Blues» (2004), p. 10. Para una valoración más optimista, véase James R. Grossman, «A Chance to Make Good, 1900-1929» (2000), pp. 365-374. En *Reforming Jim Crow: Southern Politics and State in the Age Before Brown* (2010), Kimberley Johnson muestra a su cuerpo defensor que, durante el primer siglo XX, los reformadores blancos y negros del Sur trabajaron incansablemente para «mejorar» Jim Crow desde dentro en términos de educación, vivienda y trabajo sin ser nunca capaces de contrarrestarlo frontalmente.

romanticismo académico de la resistencia nos impida evaluar fríamente su funcionamiento y calibrar con precisión su ferocidad. Celebrar la «agencia» de los dominados es moralmente satisfactorio y ha sido una postura obligatoria en la historiografía de Jim Crow de los últimos treinta años, pero puede conducirnos a cometer graves errores, tanto científicos como políticos, cuando da lugar a una gran infravaloración del poder de los dominantes.³⁶

La tentación populista y el desafío de Jim Crow

En su forma más virulenta, el régimen de Jim Crow prohibía el recelo colectivo y la oposición abierta. Así lo demuestra de forma sorprendente, aunque involuntaria, *Dark Journey*, el magnífico libro de Neil McMillen, que es sin duda el estudio de caso más completo y meticuloso de Jim Crow «visto desde abajo». McMillen se propuso centrarse en «el mundo que [los antiguos esclavos] crearon tras la Emancipación»; su «objetivo inicial era convertir a los negros de Misisipi en sujetos y no en objetos de su propia historia». Pero entonces se topó con la cruda realidad histórica registrada en los archivos, e informa en tono de disculpa: «Ha sido cada vez más difícil ignorar el hecho evidente de que los afroamericanos eran a la vez objetos y sujetos; que, aunque seguían siendo actores por derecho propio, el alcance de sus acciones estaba, no obstante, profundamente influenciado por la supremacía blanca». («Influenciado» es, cuando menos, un eufemismo!). De ahí la necesidad de explorar «las fuerzas externas que actuaron sobre la comunidad negra» para desarrollar «una historia adecuada de la vida interior de las personas dentro de la comunidad».¹

El libro muestra en su totalidad hasta qué punto los negros de Misisipi estaban confinados. El margen de autodeterminación del que

¹ Neil McMillen, *Dark Journey: Black Mississippians in the Age of Jim Crow* (1990), p. xiii

³⁶ La perspectiva opuesta es defendida e ilustrada por Dailey *et al.*, para quienes la supremacía blanca no es «una fuerza abrumadora» sino «un precario acto de equilibrio» (*Jumpin' Jim Crow: Southern Politics from Civil War to Civil Rights*, p. 4). Veremos que esta supuesta precariedad no ha impedido a los blancos penetrar en el espacio de la vida negra y aplastar el abanico de posibilidades raciales a su antojo.

disponían era estrecho, tanto en el plano individual como colectivo, al menos hasta que se abrieron las compuertas de la migración. El innovador libro de Glenda Elizabeth Gilmore, *Defying Dixie*, que ahonda en las «raíces radicales» del movimiento de los derechos civiles durante el periodo 1919-1950, cae en el mismo romanticismo histórico cuando eleva las mínimas expresiones de rechazo y de disidencia racial, que sin duda se multiplicaron durante este periodo, al estatus de acciones de resistencia colectiva a Jim Crow.² La celebración por principio de lo subalterno puede llegar al absurdo, como cuando las negras encarceladas en las prisiones del Sur son presentadas como potentes agentes de resistencia que desestabilizan la autoridad racial a través de prácticas como «huir», «fingir una excesiva cortesía» y componer música blues para perpetrar un «sabotaje sonoro».³

² Glenda Elizabeth Gilmore, *Defying Dixie: the Radical Roots of Civil Rights, 1919-1920* (2008).

³ Sarah Haley, *No Mercy Here: Gender, Punishment, and the Making of Jim Crow Modernity*, 2016.

Conviene hacer una última advertencia sobre el concepto analítico de «terrorismo de casta» que forjo al final del libro como resultado lógico de la inmersión histórica en el Sur de Jim Crow. Basándome en el concepto de Max Weber, reactivo la noción de casta. Al hacerlo, rescuto una larga tradición de uso del término, desde los primeros abolicionistas hasta W. E. B. Du Bois y luego W. Lloyd Warner y sus colaboradores, así como los antropólogos contemporáneos que estudian los rígidos regímenes de estratificación étnica en el área asiática. La palabra «casta» se utilizó en el periodo de entreguerras para caracterizar las relaciones entre blancos y negros en Estados Unidos, pero tras la Segunda Guerra Mundial desapareció de la investigación sobre la experiencia afroamericana; la llamada Escuela de «casta y clase» cayó pronto en el olvido.³⁷ La historia intelectual de esta desaparición está aún por escribir. Pero todo apunta a que la casta cayó en desgracia porque sugería la

³⁷ El grueso *Oxford Handbook of Caste* (2024), editado por Surinder Jodhka y Jules Naudet, no menciona a Warner ni a ninguno de los colaboradores de esta línea de investigación en Estados Unidos. Véase más abajo el recuadro «Repensar la casta en América: Warner, Cox, Dumont, Wilkerson», en cap. 6.

permanencia de la subordinación y conllevaba connotaciones de inmovilismo estructural, inmovilidad cultural y aquiescencia política, todos ellos elementos que chocaban con la convulsión del orden etnoracial provocada por el movimiento por los derechos civiles y el rechazo del orden blanco que manifestaba.

Sea cual sea la razón, está claro que la casta se ha convertido en *vocabulum non gratum* en las ciencias sociales, mientras que la noción mística y mistificadora de «raza» ha alcanzado un estatus dóxico en Estados Unidos, gracias al apoyo convergente de las principales agencias simbólicas del Estado burocrático, el derecho, la ciencia, el periodismo y la política.³⁸ Retomo la noción y la pongo en práctica mediante una sólida construcción de un tipo ideal que identifica sus componentes y su articulación. Huelga decir que la casta implica al menos cuatro propiedades —rigidez, ley de la sangre, endogamia y preocupación por la pureza— que caracterizan perfectamente a Jim Crow y sus vidas posteriores, hasta nuestros días.

Tampoco soy el primero en utilizar el término «terrorismo» para describir a Jim Crow. Fue invocado por la activista negra Ida B. Wells en la década de 1890, cuando calificó los linchamientos de «terror racial»³⁹ (nótese, sin el «-ismo»), al igual que lo hizo una parte del discurso militante en favor de la justicia racial que ha sido largo tiempo desatendido.⁴⁰ También está presente aquí y allá en la obra de los historiadores del Sur de la posguerra. Pero estos usos difusos están conceptualmente poco desarrollados y son incipientes. Apelan a la noción ordinaria de terrorismo que tiene el lector para despertar emociones negativas y una condena moral, mientras que yo propongo un concepto analítico compacto de terrorismo especificando sus componentes y trazando sus fronteras semánticas.

³⁸ En 1990, el antropólogo indio André Béteille señalaba en «Caste, race and gender» (p. 489) que «cualquier intento hoy en día de unir raza y casta para compararlas y contrastarlas es probable que reciba una fría acogida», o incluso el «oprobio» intelectual.

³⁹ Véase Wells, «Horrores sureños: la ley Lynch en todas sus fases» en Jabardo (ed.), *Feminismos negros. Una antología*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2012. [N. de E.]

⁴⁰ La filósofa Verena Erlenbusch-Anderson retoma y disecciona estos usos en «Historicizing White Supremacist Terrorism with Ida B. Wells» (2022).



Foto 3. Viajero bebiendo de la fuente de agua reservada a los negros («colored») en una terminal de tranvía en Oklahoma City (Oklahoma), 1939. Fotografía de Russell Lee.

Capítulo 1

El ascenso y reinado de la «regla de la gota de sangre»

El primer paso en la sociología de la dominación étnico-racial, cuando y dondequiera que se produzca, es siempre establecer la nomenclatura y la base de las categorías socialmente relevantes: el sistema de clasificación, que ancla el sistema de estratificación y proporciona un marco cognitivo que orienta la acción social y formatea las instituciones.

Tras la abolición de la esclavitud, el sistema de clasificación vigente en el Sur de Estados Unidos estaba basado en la ascendencia que, en su eje central, solo reconocía dos categorías distintas, blancos y negros (*negros* o *colored*), contraparte de la oposición histórica entre europeos libres y esclavos africanos —a pesar de la mezcla sexual generalizada bajo la esclavitud, como atestigua la gama de tonos de piel y de fenotipos que presenta la población considerada negra—. ¹ Este sistema se basaba en una *aplicación estricta del principio de hipo-descendencia* a los hijos de esclavas africanas y criollas, *y solo a ellos*, lo que significaba que la descendencia de padres racialmente mezclados se asignaba automáticamente a la categoría inferior, en este caso los negros, independientemente de su aspecto, estatus o la identidad racial de sus otros antepasados. ²

¹ La ascendencia es una de las tres bases posibles para la categorización racial, siendo las otras dos el fenotipo y la gama de rasgos de estatus sujetos a naturalización (lengua, religión, región, costumbres, etc.). Véase Loïc Wacquant, *Racial Domination* (2024), pp. 113-123.

² David A. Hollinger, «Amalgamation and Hypodescent: The Question of Ethno-Racial Mixture in the History of the United States» (2003).

Sangre negra y descalificación social, según Max Weber¹

En Estados Unidos, la más mínima gota de sangre negra descalifica absolutamente a un individuo, mientras que una mayor cantidad de sangre india no lo hace. No cabe duda de que el aspecto de los negros de pura sangre es aún más exótico que el de los indios; además, en el caso de los negros —a diferencia de los indios— entra en juego el recuerdo de que son un pueblo esclavo y, por tanto, un grupo con un estatus socialmente descalificado. Las diferencias sociales, inculcadas por la educación, y sobre todo las diferencias de «formación» (en el sentido más amplio del término) son un obstáculo mucho más fuerte para *el connubio* convencional (el derecho a casarse) que las diferencias antropológicas.

¹ Max Weber, *Économie et société*, vol. 2: *L'organisation des puissances dans la société dans leur rapport à l'économie* (1995 [1920]), pp. 126-127.

La «regla de una sola gota de sangre» (*one-drop rule*) se introdujo en las primeras colonias americanas del Alto Sur para reforzar la esclavitud, frenando los enlaces y matrimonios entre mujeres blancas en régimen de servidumbre por contrato y hombres negros esclavizados o liberados.³ En 1662, Virginia promulgó la primera ley que prohibía las relaciones sexuales entre «razas» y condenaba a la esclavitud a los mulatos nacidos de tales uniones, ya que el linaje se transmitiría en adelante a

³ Los siervos por contrato («*indentured servants*») eran hombres, mujeres y niños del subproletariado que venían de Inglaterra e Irlanda, bien voluntariamente, en pago de deudas o como resultado de una condena penal o un secuestro. Trabajaban de 4 a 7 años en las plantaciones de la colonia en condiciones similares a la esclavitud como pago por su travesía transatlántica, y a veces se les concedían tierras al término de su contrato. Los trabajadores en régimen de servidumbre trabajaban junto a los esclavos, compartían su alojamiento y comida, eran sometidos a la misma violencia, a veces escapaban juntos, y sus contratos podían pignorarse o venderse. Hasta el segundo tercio del siglo XVII, a los plantadores estadounidenses les resultaba más económico contratar sirvientes ingleses que comprar esclavos africanos. David W. Galenson, *White Servitude in Colonial America: An Economic Analysis* (1981); Anna Suranyi, *Indentured Servitude: Unfree Labour and Citizenship in the British Colonies* (2021).

través de la madre —invirtiendo así la tradición inglesa según la cual el estatus del padre determinaba el del hijo—. Esta inversión producía un doble beneficio, material y simbólico: material, puesto que la descendencia nacida de relaciones sexuales reprobadas entre amos blancos y esclavos negros aumentaría la reserva de mano de obra esclava; y simbólico, ya que, relegada a la categoría inferior, no atentaría contra el honor del hogar blanco.⁴ Por tanto, era la sangre la que decidía el estatuto jurídico (libre o esclavo) y partía de la identidad del negro, ya que solo estos últimos eran esclavos, independientemente del aspecto físico del niño. A principios del siglo XVIII, esta norma se había establecido en todo el Alto Sur, pero los demás estados del Cinturón Negro tardaron más en adoptarla.

Esto se debía a que en el Bajo Sur existía un *esquema de clasificación etnorracial competidor*, predominante por ejemplo en Carolina del Sur y Luisiana bajo la influencia cultural de los inmigrantes isleños procedentes del Caribe, que permitía cierto grado de fluidez a lo largo de una escala gradual basada en el fenotipo y no en la ascendencia. Así, hasta 1850, los mulatos de Carolina del Sur se consideraban una tercera clase entre negros y blancos y, en tanto élite de comunidades de libertos en los alrededores de Charlestown, recibían un trato justo. Muchos de ellos, artesanos y plantadores particulares, eran incluso propietarios de esclavos y se alineaban con la *alta burguesía* blanca en defensa de la esclavitud.⁵ Las restricciones a las relaciones íntimas entre blancos y esclavos eran relativamente laxas y «los mulatos conocidos y visibles podían, por su comportamiento y reputación, ser considerados “blancos”, y las personas de sangre mezclada podían casarse, y de hecho lo hacían, con familias blancas», así como rendir culto en iglesias blancas.⁶ Como consecuencia, los mulatos de Carolina del Sur desarrollaron una

⁴ Para un análisis detallado de las leyes de la Virginia colonial sobre el tratamiento jurídico de la descendencia de parejas racialmente mixtas, véase Daniel Sabbagh, «La normalisation juridique des rapports sexuels interracialaux aux États-Unis» (2000), pp. 10-13.

⁵ Véase Michael P. Johnson y James L. Roark, *Black Masters: A Free Family of Color in the Old South* (1984); Larry Koger, *Black Slaveowners: Free Black Slave Masters in South Carolina, 1790-1860* (1985).

⁶ Joel Williamson, *New People: Miscegenation and Mulattoes in the United States* (1980), p. 19. Véase también George M. Fredrickson, «Mulattoes and Métis: Attitudes Toward Miscegenation in the United States and France since the Seventeenth Century» (2005).

auténtica fobia hacia las personas de piel oscura, evitando casarse con ellas y excluyéndolas de sus círculos sociales.

Del mismo modo, en Luisiana, el estatus de los mulatos derivaba de la cultura católica española y francesa y seguía el modelo haitiano, en el que constituían una categoría intermedia diferenciada y de fronteras borrosas. Aunque estaba legalmente prohibido desde el siglo XVIII, el mestizaje era tanto tolerado como facilitado por instituciones como las «*fancy girls*» que se vendían en los mercados a los esclavos internos, o la costumbre de la «colocación» y los «bailes de cuarterones» frecuentados por los blancos adinerados.⁷ Esto se reflejaba en la profusión de categorías etnoraciales utilizadas para distinguir a las personas de ascendencia visiblemente mixta: «*quadroon*» y «*octoroon*» (un cuarto y un octavo, respectivamente), «*sambo*» y «*mango*» (tres cuartos y siete octavos), «*mixed blood*» (un sexagésimo cuarto) y «*mustee*» (mezcla de sangre negra y amerindia).⁸ El continuo fenotípico flexible de la clasificación etnorracial era especialmente pronunciado en Luisiana y Carolina del Sur, pero en otros estados sureños existía una cierta ambigüedad racial, ya que la distinción categórica entre negros y mulatos aparecía en todo el país, tanto en las representaciones cotidianas como en las clasificaciones oficiales. De hecho, *los mulatos* fueron registrados por el censo federal hasta 1920.

La *batalla de clasificaciones* entre el sistema dicotómico basado en la ascendencia, de inspiración británica y protestante, desarrollado en el Alto Sur (y adoptado posteriormente por el norte del país) y el sistema fenotípico ternario, católico e influido por las culturas francesa y española, importado del Caribe al Bajo Sur, comenzó muy pronto, y

⁷ Véase Monique Guillory, *Some Enchanted Evening on the Auction Block: The Cultural Legacy of the New Orleans Quadroon Balls* (1999). La «colocación» se refiere a un tipo de concubinato socialmente aceptado, pero no legalmente sancionado, importado de la cultura colonial francesa y española, en el que participaba una mujer de color, esclava o liberta, que utilizaba su belleza, su forma de vestir y sus habilidades conversacionales para escapar de su condición y de la de su descendencia. La laxitud de las relaciones raciales en el siglo XIX dio paso a una intensa ansiedad blanca en torno a la pureza en el siglo XX, como muestra Michelle Brattain en «*Miscegenation and Competing Definitions of Race in Twentieth-Century Louisiana*» (2005). Véase también Cécile Vidal, *Caribbean New Orleans, Empire, Race, and the Making of a Slave Society* (2019), que documenta los cruces de las culturas raciales continental y antillana.

⁸ J. Williamson, *New People...*, p. 24.

el segundo fue ampliamente superado por el primero.⁹ Las excepciones a la regla de la gota de sangre negra y el estatus de grupo tapón de los mulatos en ciertas regiones se erosionaron rápidamente en los años previos a la Guerra Civil. El fantasma de la abolición y el temor a una insurrección general de los esclavos provocó una creciente hostilidad hacia el mestizaje, el *passing* o «pasar por blanco» de los negros y la manumisión.¹⁰

Los blancos se volvieron entonces contra los mulatos, incluso en Carolina del Sur y Luisiana, donde se formaron grupos de vigilantes con el fin de imponer una línea de castas impenetrable, con el apoyo entusiasta de las mujeres blancas del Sur, ahora abiertamente opuestas al concubinato mulato. La agitación para expulsar a todos los mestizos no propietarios condujo a la propagación de la regla de la gota de sangre y a la generalización de un modelo racial dual sustentado en la noción, popular en la época, de que las personas de origen racial mixto eran antinaturales y estaban condenadas a la extinción física.¹¹ Los mulatos no tuvieron más remedio que aceptar el nuevo principio de visión y de división etnoracial, y resolvieron distanciarse de los blancos e identificarse con sus hermanos y hermanas de sangre.

La regla de la gota de sangre se hizo aún más severa durante el periodo de cristalización de Jim Crow, cuando la animadversión hacia los mestizos se convirtió en histeria colectiva. Alimentadas por el sentimiento de culpa de los blancos ante la presencia de individuos visiblemente mestizos, se organizaron en todo el Sur milicias y ligas

⁹ J. Williamson, *New People...*, capítulo 2; *Who is Black? One Nation's Definition* (1991), pp. 47-50; Arnold R. Hirsch y Joseph Logsdon (eds.), *Creole New Orleans: Race and Americanization* (1992).

¹⁰ El «*passing*» consiste, para una persona afroamericana de fenotipo europeo, en hacerse pasar por blanca ocultando todos los signos exteriores de su etnia, con todas las complicaciones sociales y psicológicas que ello conlleva, como ilustra la preciosa película de Rebecca Hall, *Passing* (2021), protagonizada por Tessa Thompson. Para una reflexión epistemológica sobre la noción y el fenómeno, véase Benoit Trépiéd, «Des Noirs qui passent pour Blancs? Enjeux analytiques et méthodologiques des enquêtes sur le *passing* aux États-Unis» (2019), y el número de *Genèses* (núm. 114, 2019) sobre el tema más amplio del cruce clandestino de las fronteras categoriales.

¹¹ Este es el origen histórico del tropo del «mulato trágico», que recorre la literatura y puede encontrarse en las obras de Pauline Hopkins, William Faulkner y Langston Hughes.

antimestizos.¹² Como señaló Max Weber hacia 1917, «las relaciones sexuales entre las dos razas son ahora aborrecidas por ambas partes, pero esta evolución no comenzó hasta la emancipación y fue el resultado de la exigencia de los negros de igualdad de derechos civiles. Esta aversión por parte de los blancos está, por tanto, socialmente determinada por la tendencia a monopolizar el poder social y el honor».¹³

Catorce de los quince estados sureños adoptaron rápidamente rígidos estatutos legales que definían formalmente el estatus racial del «Negro» sobre la base de una variante de la regla de la gota de sangre. En Florida, la constitución del estado fijaba el cociente de sangre negra en 1/16; en Maryland y Misisipi, era de 1/8; en Kentucky, cualquier «cantidad apreciable» de sangre negra convertía a una persona en negra; en Arkansas, el término «Negro» se aplicaba a «cualquier persona que tuviera sangre negra de cualquier tipo en sus venas», mientras que, en Alabama, la ley especificaba que los mulatos se clasificaban como negros.¹⁴ En los testimonios judiciales, el aspecto físico se utilizaba como indicador visual de la ascendencia, haciendo hincapié en el tono de la piel, la textura del cabello y la forma de la nariz y la boca. Además del fenotipo, las pruebas aceptables de blanquitud incluían ser considerado blanco, asociarse con blancos, disfrutar de un estatus social elevado y ejercer prerrogativas reservadas a los blancos (en el acceso al transporte, a los edificios y jardines públicos, etc.). Y, en el caso de las mujeres, mostrar signos externos de «modestia».¹⁵

Pero esto no resolvió la cuestión de los mulatos. Los blancos poco seguros de su identidad racial se volvieron paranoicos ante la «negritud invisible» (explorada en novelas de William Faulkner como *Luz de agosto* y *¡Absalón Absalón!*). La ansiedad en torno a «pasar por blanco» llegó a ser tan intensa que bastaba asociarse con descendientes de

¹² Sobre la dinámica de la culpa interior y los prejuicios, véase Joel Kovel, *White Racism: A Psychohistory* (1984), pp. 57-59 y 74-75.

¹³ Max Weber, *Économie et société*, vol. 2 (1995 [1920]), pp. 125-126.

¹⁴ Los datos sobre el cociente sanguíneo y el fenotipo proceden de Stetson Kennedy, *Jim Crow Guide: The Way It Was* (1959), pp. 48-50.

¹⁵ Sobre la adjudicación legal de la identidad racial, véase Ariela Gross, *What Blood Won't Tell: A History of Race on Trial in America* (2008), en particular los capítulos 2 y 3. Para una comparación fructífera, véase Jan Hoffman French, *Legalizing Identities: Becoming Black or Indian in Brazil's Northeast* (2009).

esclavos de cualquier color para ser catalogado como negro (o como «negro blanco», *white nigger*), incluso en ausencia de pruebas de ascendencia africana. Al mismo tiempo, a medida que las élites blancas del Sur abandonaban su preocupación paternalista por los negros y unían fuerzas con los blancos de clase trabajadora en apoyo de las leyes segregacionistas, los mulatos se volvieron hostiles hacia sus antepasados blancos y, a su vez, se opusieron amargamente a cualquier nueva mezcla con los «caucásicos».

A partir de la década de 1920, se completó el borrado simbólico y social de los mulatos (así como de los cuarterones, octavones, etc.),¹⁶ convirtiendo a blancos y negros en dos *categorías raciales dicotómicas y dóxicas*, tanto ficticias como reales, separadas por una infranqueable barrera de sangre, sobre todo en los estados del sur. De los años veinte a los noventa, la división blanco-negro fue el punto de anclaje del orden racial estadounidense, hasta que el «movimiento multirracial» reabrió una fase de conflicto y contestación de la clasificación etnoracial en el país, cuestionando frontalmente el borrado público de las personas de ascendencia mixta.¹⁷

El Misisipi de 1900, donde el diez por ciento de la población negra estaba registrada como mulata en el censo federal, nos proporciona una pincelada de la repentina *subsunción de las gradaciones de color entre los negros bajo la división dual de castas entre blancos y negros*. La élite negra estaba formada principalmente por personas de filiación mixta, entre las que prevalecía la idea de que «lo blanco es mejor». El aspecto físico europeo y la piel clara (con «venas azules») eran requisitos para pertenecer a los clubes femeninos y organizaciones universitarias, y los hombres de éxito social y piel más oscura preferían «casarse con una blanca».

¹⁶ Jennifer L. Hochschild y Vesla Weaver, «Policies of Racial Classification and the Politics of Racial Inequality» (2007).

¹⁷ Kimberly McClain DaCosta, *Making Multiracials: State, Family, and Market in the Redrawing of the Color Line* (2007). Ni que decir tiene que hubo otras poblaciones marcadas étnicamente durante la época de Jim Crow, como los nativos americanos y los mexicanos. Su marcaje complejizó, pero nunca desafió la oposición binaria entre negros y blancos, tanto en términos de clasificación como de estratificación. Dos estudios modélicos son los de Malinda Maynor Lowery, *Lumbee Indians in the Jim Crow South: Race, Identity, and the Making of a Nation* (2010), y Julie M. Weise, *Corazón de Dixie: Mexicanos in the US South since 1910* (2015).

«Raza» y «mestizaje» según la ley de Georgia bajo Jim Crow¹

El término «persona blanca» incluye únicamente a las personas blancas o caucásicas que no tienen ningún rastro verificable de sangre negra, africana, antillana, asiática, mongola, japonesa o china en sus venas. No se considerará persona blanca a ninguno de cuyos antepasados haya sido debidamente registrado en la Oficina Estatal de Estadísticas Vitales como persona de color. [...] Será ilegal que una persona blanca se case con una persona que no sea blanca. [...]

Las solicitudes de licencias matrimoniales deben indicar la raza de los dos solicitantes y de sus progenitores. Las declaraciones falsas se castigarán con penas de prisión de dos a cinco años. Quien expida una licencia de matrimonio prohibida puede ser condenado a una multa de 500 dólares y a una pena de 10 años. Los contrayentes de un matrimonio interracial pueden ser condenados a penas de prisión de uno a dos años. [...]

Prohibición especial: «Los sacerdotes y pastores de color ordenados según el Evangelio solo pueden celebrar matrimonios entre personas de origen africano».

Relaciones sexuales: «Toda acusación o insinuación contra una mujer blanca de haber mantenido relaciones sexuales con una persona de color es una calumnia, sin prueba de ningún perjuicio distinto de esta injuria».

¹ Stetson Kennedy, *Jim Crow Guide: The Way It Was* (1959), pp. 49 y 65.

Pero la exclusividad de los mulatos disminuyó gradualmente con el tiempo, ya que «sus pretensiones de ocupar un tenue estatus racial intermedio fueron rechazadas tanto por blancos como por negros». Los afroamericanos llegaron a considerar el «pasar por blanco» no solo como una deserción personal, sino también como «una traición a la propia raza».¹⁸

¹⁸ Neil R. McMillen, *Dark Journey: Black Mississippians in the Age of Jim Crow* (1990), p. 22. Sobre las complejidades sociales, culturales y existenciales del «pasar por blan-

Como resultado, la mezcla entre negros y blancos disminuyó bruscamente, mientras que la mezcla entre negros y mulatos aumentó rápidamente, lo que condujo a la fusión de ambas categorías, haciendo que toda la población negra fuera físicamente más oscura, aun cuando simbólicamente estuviera unida en una sola casta. La clasificación gradual basada en el fenotipo fue borrada por la clasificación dicotómica categórica basada en la ascendencia, lo que convirtió a Estados Unidos en el único país del mundo que definía la negritud por la regla de la gota de sangre.¹⁹ Sin embargo, *enraizadas en el dualismo blanco-negro*, las gradaciones de color siguieron siendo relevantes y trascendentales para la población negra. En las pequeñas ciudades del Misisipi de los años cuarenta, la piel clara era una ventaja económica, social y sexual. Los cánones de belleza eran blancos, los hombres negros con éxito social se desvivían por casarse con mujeres «claras» y, cuando se abordaba el tema, los afroamericanos se sentían comprensiblemente avergonzados.²⁰

La regla de la gota de sangre se construyó socialmente y se instituyó legalmente para reforzar la esclavitud, pero sobrevivió a su abolición. Posteriormente, el imperativo de la pureza de sangre se arraigó en la creencia dóxica de los blancos sobre la naturaleza degradada y degradante del cuerpo negro, de sus pulsiones, su sustancia y sus fluidos, una creencia que era el *producto* (y no la causa) de la asociación entre esclavitud y negritud. Tras la Guerra Civil estadounidense, la opinión predominante entre las élites blancas era que, tras el levantamiento de las restricciones supuestamente beneficiosas de la servidumbre, la «raza

co» entre los negros, véase Allyson Hobbs, *A Chosen Exile: A History of Racial Passing in American Life* (2014). Para una interpretación diferente que hace hincapié en la naturaleza pragmática, instrumental e incluso frívola del «*white passing*» en el «gumbo fenotípico» de la Luisiana de los años sesenta, véase Adolph L. Reed Jr, *The South: Jim Crow and Its Afterlives* (2022), pp. 92-98.

¹⁹ Para alternativas históricas al principio de hipo-descendencia, véase F. J. Davis, *Who Is Black?...*, capítulo 4; y, para una visión más amplia, Edward E. Telles y Christina A. Sue, «Race Mixture: Boundary Crossing in Comparative Perspective» (2009). Para abreviar, la definición más extendida de la identidad negra en distintos países se basa en el fenotipo más que en la ascendencia, o bien combina sangre y aspecto físico.

²⁰ Hortense Powdermaker, *After Freedom: A Cultural Study of the Deep South* (1993 [1939]), pp. 175-180; Allison Davis *et al.*, *Deep South: A Social Anthropological Study of Caste and Class* (2008 [1941]), p. 21. La clasificación y estratificación por colores sigue siendo pronunciada en la población afroamericana, como muestra Ellis P. Monk Jr, «Skin Tone Stratification among Black Americans, 2001-2003» (2014).

infantil» de los negros estaba volviendo a un estado salvaje y bestial, por lo que mezclarse con ella representaba una amenaza existencial para la civilización.

La imagen del negro como demonio brutal y lujurioso «tiene su origen en el imaginario esclavista, que concebía al negro como un ser de doble naturaleza: dócil y amable cuando era esclavo, feroz y asesino cuando era libre».²¹ A principios de siglo, esta visión se amplificó con la tesis, promulgada por ciertos intelectuales religiosos, de que la mezcla de sangre era el mayor de los pecados y los criminales y violadores que aterrorizaban a las mujeres blancas eran casi todos mulatos.²²

Pero eso no es todo: se consideraba que los negros eran especialmente vulnerables a las enfermedades. Serían portadores omnipresentes pero invisibles de infecciones, por lo que las relaciones íntimas con ellos conducirían inevitablemente al «suicidio racial» de los blancos. Así pues, el dilema del Sur posterior a la Guerra Civil no era solo económico (cómo asentar y extraer mano de obra negra) y simbólico (cómo excluir a los negros del honor étnico). También *era médico*: cómo proteger a los blancos de la insidiosa contaminación de los negros. Para contener esta amenaza sanitaria, era imperativo controlar estrictamente las líneas de descendencia y tomar medidas de segregación como las instituidas bajo Jim Crow.

A finales del siglo XIX, los estudiosos de la medicina ponían de relieve lo que consideraban un contraste de morbilidad y mortalidad, no solo entre blancos y negros, sino también, y sobre todo, entre los afroamericanos antes y después de la abolición de la esclavitud.²³ En primer lugar, se consideraba que la raza negra era especialmente propensa a contraer enfermedades debido a lo que los especialistas denominaban su «gran sensualidad e intemperancia», así como su «total desprecio por las leyes de saneamiento y la higiene». Esto significaba que las relaciones

²¹ George M. Fredrickson, *The Black Image in the White Mind: The Debate on Afro-American Character and Destiny, 1817-1914* (1971), p. 276.

²² Esto se debe, citando un editorial de 1899, a que el mulato tiene «suficiente sangre blanca en él como para sustituir la humildad y la cobardía nativas por la audacia caucásica». Citado en G. M. Fredrickson, *The Black Image in the White Mind...* p. 277.

²³ Melissa Stein, «“Nature is the Author of Such Restrictions”: Science, Ethnological Medicine, and Jim Crow» (2012).

sexuales interraciales tenían que estar estrictamente prohibidas, aunque solo fuera por razones de salud pública y privada.²⁴

En segundo lugar, se consideraba que la «raza enferma» (*diseased race*) —término comúnmente utilizado en la época tanto por eruditos como por políticos— era congénitamente incapaz de desarrollarse una vez liberada de la esclavitud. Según J. Willington Byers, la autoridad más eminente en «medicina etnológica» de los años 1880, «el negro es particularmente desafortunado. Tiene que luchar no solo contra las debilidades inherentes a su naturaleza —instintos, pasiones y apetitos—, sino también contra esas influencias seductoras y destructivas que emanan de las instituciones libres en un país de libertad civil».²⁵ De ello se deduce que la imposición de la segregación y la restricción de los contactos no eran más que el establecimiento de un cordón sanitario necesario para proteger a los blancos de la contaminación y la degradación. El aislamiento de los afroamericanos y sus descendientes en el espacio simbólico (clasificación) se vio así ampliado y respaldado por la rígida división dualista del espacio social (estratificación).

Las representaciones denigrantes de los afroamericanos han persistido y conservado un carácter dóxico en los estados del Sur —y en gran parte del país— hasta mediados del siglo XX. En la década de 1940, por ejemplo, los blancos de Misisipi creían que «el negro es un organismo inferior, biológicamente más primitivo, mentalmente inferior y emocionalmente subdesarrollado. Es insensible al dolor, incapaz de aprender y con un comportamiento animal».²⁶ Era voluntad de Dios separar las razas y el comportamiento de los negros se interpretó como prueba infalible de su inferioridad innata: son indolentes por naturaleza por lo que es necesaria la coacción de la fuerza para hacerles trabajar; son como niños, cómicos y despreocupados; no tienen noción del tiempo y, por tanto, son incapaces de aplazar la satisfacción de sus deseos o de planificar el futuro; obedecen al instinto de la manada

²⁴ En sus orígenes, la sociología estadounidense contribuyó al desarrollo de este vínculo raza-enfermedad y, por tanto, a la visión patologizante de los afroamericanos. Véase Vernon J. Williams, *The Social Sciences and Theories of Race* (2006).

²⁵ Citado por M. Stein, «Nature is the Author of Such Restrictions», art. cit., p. 130.

²⁶ A. Davis *et al.*, *Deep South...*, p. 16. El siguiente retrato también se basa en John Dollard, *Caste and Class in a Southern Town* (1988 [1937]), pp. 369-389, y H. Powdermaker, *After Freedom...*, pp. 23-42.

y no tienen ningún deseo de mejorar su suerte. Por eso prefieren ser dirigidos y mandados por los blancos: «Ni uno entre mil quiere ser independiente».²⁷ Pero los blancos deben desconfiar porque los negros también son por naturaleza mentirosos y ladrones, inestables y poco fiables, y congénitamente crédulos por lo que pueden dejarse seducir fácilmente por las llamadas de los «agitadores externos», incluidos los comunistas, en pos de la «igualdad social». Abandonados a su suerte y guiados por sus propias inclinaciones, los afroamericanos preferían hacer las cosas «al estilo sureño» («*the Southern way*»), porque reconocían que necesitaban los consejos benévolos de los blancos y que se beneficiaban de su tutela. Estas representaciones despreciativas del carácter afroamericano tuvieron un impacto directo en las relaciones y, en particular, en la organización de su principal pilar, el modo de producción agrario, que es el tema del próximo capítulo.

²⁷ Una de las defensas favoritas del *statu quo* racial por parte de los sureños blancos en la década de 1950 era que los partidarios negros de la reforma de los derechos civiles estaban siendo manipulados por el Partido Comunista con el fin de establecer «una república soviética negra independiente». Jason Sokol, *There Goes my Everything: White Southerners in the Age of Civil Rights, 1945-1975* (2008), pp. 37-42, cita p. 39. Véase también Stephen A. Berrey, *The Jim Crow Routine: Everyday Performances of Race, Civil Rights, and Segregation in Mississippi* (2015), pp. 157-159. En Estados Unidos durante la época de Jim Crow, tanto en el Sur como en el Norte, la expresión «igualdad social» era un eufemismo para referirse a la mezcla sexual entre blancos y negros y, por tanto, al miedo al mestizaje.



Foto 4. Granjero conduciendo su arado por un campo de algodón detrás de su mula, Green County (Georgia), 1937. Fotografía de Dorothea Lange.

Capítulo 2

La infraestructura económica: de la aparcería al peonaje

Con el final del llamado periodo de la Reconstrucción en 1877, después de que el poder del Norte victorioso se hubiera retirado del territorio de la antigua Confederación,¹ los dirigentes del Sur se propusieron resolver dos acuciantes problemas: extraer trabajo a los negros y mantener la posición monopolística de los blancos en el honor étnico, confinando a los afroamericanos a una posición subordinada. La base económica de Jim Crow que entonces se pone en marcha reside en un sistema agrario que garantiza la sobreexplotación de los aparceros y recurre al peonaje (en particular mediante la hipoteca de las cosechas). Este sistema ataba a los afroamericanos a la tierra y mantenía la hegemonía de la clase alta agraria de la región, y con ella la disciplina laboral de la plantación esclavista —el látigo siguió utilizándose en Misisipi hasta el periodo de entreguerras—. ²

¹ La «Reconstrucción» se refiere a la docena de años que siguieron al final de la Guerra Civil estadounidense en 1865, durante la cual el gobierno federal, sede del poder victorioso del Norte, se hizo cargo de la organización militar, jurídica, social y política del derrotado Sur, garantizando la protección de los antiguos esclavos y abriendo el abanico de oportunidades a su disposición. Se caracterizó por la fluidez de las relaciones raciales y el afán de los negros por conquistar sus derechos económicos, cívicos y políticos, como muestra W. E. B. Du Bois en *Black Reconstruction, 1860-1880* (2017 [1935]) [ed. cast.: *Reconstrucción negra*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2025]. Volveré sobre este «interregno racial» en la conclusión.

² Véase Roger L. Ransom, Richard Sutch, *One Kind of Freedom: The Economic Consequences of Emancipation* (2001).

Tras la abolición, el mayor deseo de los antiguos esclavos fue asegurarse su independencia económica adquiriendo parcelas de tierra que cultivar por su cuenta. Pero la promesa de «cuarenta acres y una mula» no se materializó;³ los terratenientes blancos se aseguraron de la inmovilidad geográfica y profesional de su mano de obra negra, a la que consideraban naturalmente apta para el trabajo agrícola, impidiéndoles poseer tierras. En algunos estados, los Códigos Negros promulgados justo después de la Guerra Civil prohibían a los afroamericanos poseer tierras cultivables. En otros, las violentas incursiones del Ku Klux Klan (de 1866 a 1872 y después de 1915) y de los «*Whitecap-pers*» (a finales de siglo) aterrorizaron a los agricultores y campesinos negros. En cualquier caso, la mayoría de los descendientes de esclavos no disponían de medios para alquilar o comprar parcelas cultivables y además se encontraban con «la activa solidaridad de los blancos a la hora de impedir que los negros adquirieran tierras».⁴ En consecuencia, la inmensa mayoría de ellos se convirtieron en aparceros que trabajaban «a tiempo parcial», en agricultores que trabajaban todo el año o en jornaleros agrícolas contratados por las mismas plantaciones en las que habían sido esclavos: un campesinado sin tierra, sin asidero económico ni peso político.⁵

³ La expresión hace referencia a la promesa del general Sherman en 1865 de redistribuir la tierra (en parcelas de 16 hectáreas) entre los esclavos liberados que la habían trabajado, una promesa que no tuvo futuro y que hizo creer a los esclavos que podrían fundirse en un campesinado independiente. Su recuerdo se mantiene vivo en la cultura popular negra (música, literatura) y ha resurgido recientemente en los debates en torno a las «reparaciones» de la esclavitud. Véase, por ejemplo, William Darity Jr, «Forty Acres and a Mule in the 21st Century» (2008).

⁴ Gunnar Myrdal, *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy* (1962 [1944]), p. 242.

⁵ El agricultor alquila la tierra que trabaja al propietario blanco por una suma fija de dinero y recibe el valor íntegro de la cosecha, mientras que el aparcerero recibe un porcentaje de la venta final de la cosecha (la mitad o un tercio) a cambio de su trabajo y el de su familia durante el año anterior. Sobre los factores que influyen en la fortuna económica de ambos lados de la valla de castas, véase Jack Temple Kirby, «Black and White in the Rural South, 1915-1954» (1984).

Los Códigos Negros (1865-1867), presagio de Jim Crow

Los Códigos Negros (en plural porque diferían según el lugar) eran un conjunto de leyes y estatutos promulgados por los estados y condados del Sur tras la Guerra Civil, cuyo objetivo era obligar a los esclavos recién liberados a trabajar para los terratenientes y amputar sus derechos con el fin de perpetuar la dominación blanca.¹

La principal disposición era una definición amplia y evasiva del «vagabundeo», que permitía detener, encarcelar o multar, y obligar así a trabajar en la tierra a cualquier «liberto, negro o mulato» sin trabajo ni residencia fijos acreditados mediante un documento anual expedido por el alcalde o la policía local (que podían invalidarlo en cualquier momento). Una estipulación correlativa especificaba que la mano de obra así registrada era la de todo el hogar, incluidos esposa e hijos.² Otra estipulación obstaculizaba la formación de un mercado laboral libre al prohibir a los afroamericanos buscar otros empleos y a los plantadores robar mano de obra de otras granjas. Por último, los niños negros huérfanos o designados como «dependientes» por un juez eran «aprendices» o alquilados a cambio de una cuota a los propietarios que a menudo habían sido sus amos.

Los Códigos Negros especificaban minuciosamente las condiciones de trabajo de los afroamericanos en las antiguas plantaciones —horarios, tareas, obligaciones, mantenimiento de las herramientas y cuidado de los animales, penalizaciones por enfermedad o ausencia, sanciones por insubordinación o robo, etc.—, condiciones que apenas diferían de las que habían experimentado como esclavos.³

¹ La ley de Carolina del Norte establece claramente en sus motivaciones: «Las personas de color no pueden reclamar la igualdad social o política con los blancos». Citado en Roger L. Ransom y Richard Sutch, *One Kind of Freedom: The Economic Consequences of Emancipation* (2001), p. 66.

² Sobre la prevalencia del trabajo doméstico forzoso en el Sur de posguerra, véase Laura F. Edwards, «The Problem of Dependency: African Americans, Labor Relations, and the Law in the Nineteenth-Century South» (1998).

³ Véanse los numerosos ejemplos ofrecidos por W. E. B. Du Bois, *Black Reconstruction...*, pp. 149-159.

Otras disposiciones restringían el acceso de los negros a la tierra y el derecho de reunión, así como su capacidad para emigrar, ejercer oficios cualificados o independientes, vender los productos de sus explotaciones, poseer determinados bienes, defenderse de la violencia blanca y portar armas, incluso de testificar ante los tribunales (excepto contra otros negros). En algunos estados, como Carolina del Sur, cualquier blanco tenía autoridad para detener a un negro y llevarlo ante un juez, que podía obligarle a trabajar para un terrateniente a cambio del pago de sus multas. Tribunales especiales administraban los Códigos Negros y milicias dedicadas a hacerlos cumplir recorrían el campo. Por último, se prohibía a los negros vivir o entrar en determinadas ciudades sin una autorización especial.

La adopción de los Códigos Negros, que introdujeron una segunda servidumbre de hecho, arruinando así uno de los dos grandes objetivos de la Guerra Civil estadounidense, junto con la preservación de la Unión,⁴ llevó al Congreso a intervenir para establecer un control federal sobre la «reconstrucción» del Sur a partir de 1866. A continuación, el Congreso aprobó una serie de textos constitucionales que anulaban esos códigos y establecían el acceso a la plena ciudadanía para los antiguos esclavos, entre ellos la Civil Rights Act de 1875, que prohibía toda discriminación en los establecimientos públicos y comerciales,⁵ la misma discriminación que el régimen de Jim Crow se apresuró en restablecer y generalizar posteriormente.

⁴ «Los negros fueron sometidos a un comercio de esclavos bajo la apariencia de leyes de vagabundeo y aprendizaje» (W. E. B. Du Bois, *Black Reconstruction...*, p. 149).

⁵ Eric Foner, *Reconstruction Updated Edition: America's Unfinished Revolution, 1863-1877* (2014).

Sin embargo, al igual que la esclavitud, la aparcería no es en sí misma una institución racial; es un dispositivo organizativo para supervisar el trabajo y gestionar la tierra en la producción agrícola que ha demostrado una sorprendente adaptabilidad y resiliencia en distintos continentes.⁶ En los antiguos estados confederados, fue impuesta por los propietarios de las antiguas plantaciones tanto a blancos como a negros,

⁶ Véase Susan Archer Mann, *Agrarian Capitalism in Theory and Practice* (1990).

con consecuencias económicas desastrosas para ambos.⁷ Pero, unida a la división racial dicotómica heredada de la era de la servidumbre, la oposición entre propietarios blancos y campesinos negros funcionó inseparablemente como el principal resorte de extracción económica, así como bisagra de la dominación simbólica, perpetuando la deshonra de los afroamericanos al consolidar su desposesión y dependencia. Además, para los blancos, la condición de aparcerero era temporal, mientras que para los afroamericanos solía ser permanente.⁸

En la aparcería, el agricultor y su familia aportaban la mano de obra, mientras que el terrateniente proporcionaba la tierra, las semillas, las herramientas y los animales de tiro (todo ello constituía el «*furnish*») así como una cabaña improvisada, sin ventanas ni confort, como vivienda. El propietario de la tierra también adelantaba una cantidad mínima en efectivo (unos diez dólares al mes en el periodo de entreguerras para un hogar de cinco miembros) o unos talonarios de cupones que solo se podían utilizar en la tienda de la plantación. También proporcionaba una cobertura médica mínima durante los seis meses anteriores a la cosecha. La familia patriarcal, apoyada por la familia extensa, era la unidad agrícola básica en el cultivo del algodón y la viabilidad económica dependía principalmente del tamaño del hogar, con niños de tan solo siete años a cargo de la azada y la recolección, mientras que los niños de doce años o más conducían el arado.⁹

Tras la cosecha, el algodón era desgranado y vendido; el agricultor arrendatario tenía derecho a un tercio o a la mitad de los beneficios, según el contrato firmado con el terrateniente. Este último controlaba tanto la venta de la cosecha como la contabilidad de los anticipos efectuados durante el año anterior, por lo que le resultaba fácil falsear las cuentas en su beneficio. Es así como el terrateniente solía alegar que la parte debida al agricultor arrendatario no cubría la suma del *furnish* recibido ni de la deuda contraída con el economato de la plantación o el comerciante local, con unos tipos de interés astronómicos del 40-70 %

⁷ Véase James Agee, *Cotton Tenants: Three Families* (2013 [1936]); Margaret Jarman Hagood, *Mothers of the South: Portrait of the White Tenant Farm Woman* (1939).

⁸ Véase Stewart E. Tolnay, *The Bottom Rung: African American Family Life on Southern Farms* (1999).

⁹ Allison Davis et al., *Deep South: A Social Anthropological Study of Caste and Class* (2008 [1941]), pp. 409-413.

—estos comercios, llamados *commissaries* (economatos), eran apodados *robbersaries* (robonomatos) por sus clientes—. ¹⁰

Como resultado, al final de la temporada, los agricultores arrendatarios no obtenían ingresos o, peor aún, se encontraban con deudas. Entonces se veían obligados a trasladarse a otra explotación cercana con la esperanza de obtener mejores condiciones de explotación o se veían forzados a seguir trabajando para saldar sus deudas, independientemente de las nuevas condiciones impuestas por su arrendador y de la falta de honradez que había demostrado en el acuerdo («*settlement*»). Por ejemplo, hacia 1930, más del 80 % de los granjeros arrendatarios de Indianola, en Misisipi, eran incapaces de cubrir sus deudas, mientras que el 91 % de ellos eran deficitarios en el condado de Macon, en Georgia. ¹¹

Muchos agricultores arrendatarios eran demasiado pobres para sobrevivir en la explotación durante los meses de invierno y tenían que mudarse con sus parientes o emigrar a ciudades vecinas a la búsqueda de empleo eventual hasta la siguiente temporada de siembra. Los agricultores negros que alquilaban sus tierras por una suma fija apenas gozaban de una situación mejor. Se alimentaban de leche y pan, que mendigaban a sus terratenientes, y tenían que conformarse con raciones alimenticias inferiores a las que disfrutaban los esclavos antes que ellos. ¹²

Aquí es donde entra en juego la división racial: los agricultores arrendatarios negros eran especialmente vulnerables a esta estafa organizada, ya que el mero hecho de desafiar las «reglas» de la temporada provocaba la furia inmediata del plantador blanco. Este último podía entonces recurrir a la violencia privada o a la ley para imponer este acuerdo asimétrico. «El jefe está sentado detrás de su escritorio, con un revólver de 45 [mm] a su lado [...] El operario no puede desafiar el reglamento, de lo contrario el jefe coge el revólver y le pregunta si se va a pelear. Si lo hace, “pan-pan”». ¹³ Los afroamericanos que se ofendían

¹⁰ Stetson Kennedy, *Jim Crow Guide: The Way It Was* (1959), p. 135.

¹¹ Hortense Powdermaker, *After Freedom: A Cultural Study of the Deep South* (1993 [1939]), pp. 86-87.

¹² Davis *et al.*, *Deep South...*, p. 383. Para una visión más completa del funcionamiento de la economía rural en Alabama en la década de 1920, léase Charles S. Johnson, *Shadow of the Plantation* (2018 [1934]), capítulo 3.

¹³ John Dollard, *Caste and Class in a Southern Town* (1988 [1937]), pp. 122-123. Véase también R. Ransom y R. Sutch, *One Kind of Freedom...*

por haber sido engañados y tenían la osadía de pedir una relación detallada de sus anticipos o un recibo de la venta de su algodón eran maltratados, azotados, expulsados del condado o asesinados sin mayores consecuencias legales. De hecho, ser llamado mentiroso o ladrón por un negro solía considerarse motivo de «homicidio justificado». En los condados rurales aislados, las vidas de los negros no valían gran cosa, menos que bajo la esclavitud, como reza la expresión sureña: «Mata una mula, compra otra. Mata a un negro, contrata a otro».¹⁴

La violencia racial era parte integrante de la economía de las plantaciones de posguerra. La intimidación de los agricultores y aparceros negros era habitual para evitar que se convirtieran en «impúdicos» o «demasiado pícaros» (*uppity*), es decir que reclamaran lo que se les debía. El miedo a ser golpeado, azotado, fusilado o ahorcado permitía controlar a los campesinos negros, extraerles su trabajo, impedir el robo y el maltrato del ganado, y disuadirlos de impugnar las cuentas del terrateniente en torno a los créditos anuales y la venta de la cosecha. «Un granjero negro que cuestiona las cuentas de su propietario blanco siempre es considerado un “negro malo” y un peligro para el funcionamiento del propio sistema de plantaciones. Por lo general se le expulsa de la plantación antes de que pueda pervertir a los demás granjeros».¹⁵ En un condado de Misisipi, no era raro que un terrateniente invitara a otros plantadores a fiestas de flagelación (*whipping parties*) y torturara a sus aparceros recalcitrantes delante de sus congéneres como advertencia.

La violencia culminaba cada vez que los trabajadores agrícolas y los aparceros intentaban organizarse para mejorar su suerte, porque entonces «despertaban la ansiedad más intensa entre los blancos, evocando antiguas fantasías de “levantamientos” negros, amenazando el control social y económico de los blancos, lo que provocaba una violencia blanca desenfrenada». Se enviaban así escuadrones de la milicia estatal para reprimir los intentos de sindicación; al tiempo que los presuntos cabecillas eran apaleados, castrados o asesinados. «El mensaje de esperanza y solidaridad del sindicato no era rival para el terror

¹⁴ Leon F. Litwack, «Jim Crow Blues» (2004), p. 10. Un negro de Georgia comentó: «Tenías que tener una licencia de caza para matar cualquier cosa menos negros. Para nosotros, siempre era la temporada».

¹⁵ A. Davis *et al.*, *Deep South...*, p. 398.

blanco». ¹⁶ En la mayoría de los estados, el contrato de aparcería tenía además la peculiaridad de que, para hacerlo cumplir, el plantador podía recurrir a los tribunales penales en lugar de a los civiles: «El arrendatario que se esfumaba después de la siembra no era perseguido por la justicia civil (de todos modos, carecía de bienes), sino que era acusado por la justicia penal» y encarcelado, ¹⁷ antes de ser devuelto a su propietario para trabajar a cambio de la condonación de su deuda o arrendado a un operador privado como trabajador forzado en virtud del dispositivo del «*convict leasing*». En cualquiera de los casos, su fuerza de trabajo le sería arrebatada con la diligente ayuda de la justicia penal. ¹⁸

Por lo demás, la policía se apresuraba a imponer fuertes multas y tasas a los negros por delitos triviales o bajo pretextos tales como «alterar el orden público», «merodear» y vagabundear, ¹⁹ con el propósito de recaudar fondos que iban a parar a los presupuestos de la policía local y los tribunales, convirtiendo así «el castigo penal en un lucrativo negocio en detrimento de los negros»: «Cuando a los patrones blancos les faltaba mano de obra, informaban al sheriff, que de repente aplicaba leyes vagas como la del vagabundeo» y reclutaba por la fuerza la mano de obra necesaria para cultivar la tierra. ²⁰ Una vez entre rejas, los prisioneros debían firmar contratos que autorizaban a los plantadores a utilizar la fuerza privada que considerasen necesaria para obtener sus servicios, a encerrarlos e incluso a deducir

¹⁶ Neil R. McMillen, *Dark Journey: Black Mississippians in the Age of Jim Crow* (1990), pp. 134 y 137. A pesar de ello, los trabajadores agrícolas y aparceros negros se unieron a los obreros en sus campañas de sindicalización en algunas partes del Sur profundo, como muestra Robin D. G. Kelley, *Hammer and Hoe: Alabama Communists during the Great Depression* (1990, 2015).

¹⁷ James R. Grossman, «A Chance to Make Good, 1900-1929» (2000), p. 352, y N. R. McMillen, *Dark Journey...*, p. 126.

¹⁸ Christopher Muller y Daniel Schrage, «The Political Economy of Incarceration in the Cotton South, 1910-1925» (2021). Análisis del papel de la justicia penal en la consolidación de Jim Crow en el capítulo 5.

¹⁹ En el Código Penal, se entiende por «*disorderly conduct*» cualquier comportamiento ofensivo o perturbador que impida a los demás disfrutar del espacio público; por «*loitering*» se entiende el merodear en una zona sin motivo específico. Estos dos delitos, extremadamente amplios, permiten detener a alguien sin ningún fundamento jurídico real.

²⁰ Gunnar Myrdal, *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy* (1962 [1944]), p. 551.

de sus salarios los gastos ocasionados por la captura y devolución de los eventuales fugitivos. «Tan pronto un prisionero escapaba, era absorbido por el vórtice del peonaje», con unos costes legales que aumentaban más rápidamente que los ingresos que podía generar por su trabajo en cautividad.²¹

La ley federal de 1867 que prohibía el peonaje no se activó hasta la década de 1900 y entonces solo en casos raros y particularmente flagrantes. E incluso en estos casos, el amplio apoyo de la población blanca a las costumbres y normas jurídicas subyacentes a la práctica del peonaje anuló efectivamente la protección federal, con el argumento de que «el negro es congénitamente perezoso y hay que mantenerlo endeudado para que trabaje».²² Con leyes que tipificaban como delito capital el «robo a un granjero» y las ordenanzas que restringían severamente las actividades de los reclutadores de mano de obra en busca de candidatos al trabajo urbano asalariado,²³ esta combinación de dependencia económica y presión legal equivalía a establecer lo que W. E. B. Du Bois denominó «la esclavitud por deudas» en lugar de esclavitud pura y simple, la cual era además peor que su predecesora.²⁴ Desde el punto de vista de los plantadores blancos, la esclavitud por deudas era económicamente superior a la servidumbre en el sentido de que ya no necesitaban alimentar y cuidar a sus trabajadores en caso de enfermedad o vejez, aunque seguían considerándolos «sus negros».²⁵

²¹ Pete R. Daniel, *Shadow of Slavery: Peonage in the South, 1901-1969* (1999 [1972]), p. 26. El «peonaje por deudas» no debe confundirse con el «arrendamiento de convictos», en virtud del cual el Estado «alquilaba» a reclusos como mano de obra a granjeros y empresas que los hacían trabajar hasta la muerte, a menudo en sentido literal, véase cap. 4 «El cierre del sistema».

²² H. Powdermaker, *After Freedom...*, p. 88. Para un análisis más completo del peonaje por deudas, véase R. Ransom y R. Sutch, *One Kind of Freedom...*, capítulo 8.

²³ Por decreto, los condados rurales del Sur prohibieron a los plantadores competir entre sí en la contratación de agricultores, con el fin de mantener a estos últimos dependientes de la buena voluntad de su terrateniente.

²⁴ W. E. B. Du Bois, *The Souls of Black Folk* ([1903] 1990), pp. 94-95. Sobre los numerosos mecanismos de «servidumbre involuntaria» bajo Jim Crow, véase Jonathan M. Wiener, «Class Structure and Economic Development in the American South, 1865-1955» (1979).

²⁵ A. Davis *et al.*, *Deep South...*, pp. 350-356, y Leon F. Litwack, *Trouble in Mind: Black Southerners in the Age of Jim Crow* (1998), pp. 136-137.

La minoría de negros que consiguió escapar a los tentáculos de la plantación buscando empleo en los campos de trementina y en los aserraderos, o en las incipientes ciudades mineras e industriales, pronto se dio cuenta de que sus oportunidades económicas también allí se limitaban al «trabajo de negro» más desagradable y peligroso. Se les daban estos trabajos porque se les podía hacer trabajar más duro, por salarios más bajos y con un trato más rudo que a los blancos. En la década de 1930, el propietario de una planta de envasado de Misisipi explicaba su preferencia por los trabajadores afroamericano por su eficacia frente a los holgazanes y agitadores sindicales: «Cojo un garrote y le doy una buena paliza a dos o tres negros y todo vuelve a la normalidad».²⁶ En Birmingham, Alabama, en la década de 1930, los trabajadores negros del acero estaban confinados a las tareas más penosas, sin posibilidad de optar a los «puestos de los blancos». Además, estaban sometidos al inflexible ostracismo racial de los sindicatos, que utilizaban su poder de negociación para afianzar aún más la segregación en los talleres.²⁷

A las mujeres negras les resultaba relativamente fácil encontrar trabajo remunerado en el servicio doméstico como cocineras, limpiadoras, lavanderas o niñeras, ya que todas las familias blancas, salvo las más pobres, empleaban sirvientes. Pero trabajaban por sueldos miserables (tan solo 25 centavos al día por jornadas de 14 horas, siete días a la semana, en el Misisipi de principios del siglo XX) y a costa de descuidar sus propios hogares debido a sus horarios agotadores, por no mencionar la amenaza siempre presente de abusos sexuales por parte de hombres blancos que convenientemente profesaban que ninguna mujer negra pasada la pubertad era casta.²⁸

Los negros que ejercían profesiones cualificadas fueron progresivamente empujados hacia abajo en la escala socioprofesional y excluidos de los empleos valiosos, mientras que la minúscula clase alta de profesionales y empresarios negros concentrada en las ciudades se vio

²⁶ Citado en N. R. McMillen, *Dark Journey...*, p. 158.

²⁷ Robert J. Norrell, «Caste in Steel: Jim Crow Careers in Birmingham, Alabama» (1986).

²⁸ Tera W. Hunter, *To «Joy My Freedom»: Southern Black Women's Lives and Labors after the Civil War* (1997); y Rebecca Sharpless, *Cooking in Other Women's Kitchens: Domestic Workers in the South, 1865-1960* (2010).

condenada al estancamiento por su falta de acceso al crédito, la aplastante pobreza de su clientela negra y la creciente negativa de los blancos a frecuentarla, y eso cuando estos no se oponían a su éxito y la expulsaban mediante el acoso oficial, la brutalidad de las «turbas» y las agresiones selectivas.²⁹ De todos modos, la presión blanca ralentizó, pero no impidió, «la creciente diferenciación de clases entre los negros, incluso en las pequeñas comunidades»: la pequeña clase media de profesores, pastores y un puñado de médicos y abogados que intentaban distinguirse de la clase baja —y en particular de su facción desmoralizada plagada de delincuencia— haciendo hincapié en la familia, la disciplina moral y la educación.³⁰

En cualquier caso, la diferenciación de las clases negras no debilitó el rígido marco de la división en castas. De hecho, los afroamericanos que habían esperado que el progreso económico y la movilidad social ascendente redujeran progresivamente el estigma de la negritud, que la acumulación de riqueza, la adquisición de una educación y el dominio de los buenos modales harían «más clara su piel», descubrieron con rabia y consternación que, por el contrario, «las pruebas de que los negros cumplían este credo provocaban a menudo el resentimiento y la violencia de los blancos en lugar de respeto y aceptación».³¹ De hecho, los negros con éxito social representaban una doble amenaza para la estructura de dominación etnoracial en el Nuevo Sur: materialmente, eran competidores potenciales que amenazaban el monopolio blanco sobre los bienes tangibles y las posiciones codiciadas; simbólicamente, socavaban la presunción colectiva de inferioridad e incapacidad innatas de los negros. Esto nos lleva a analizar el segundo componente de Jim Crow, la bifurcación institucional y la negación de la dignidad y la reciprocidad que constituyen el corazón palpitante de este régimen de dominación racial.

²⁹ J. Dollard, *Caste and Class...*, p. 156; N. R. McMillen, *Dark Journey...*, pp. 168-172, 180-185; Elizabeth A. Herbin-Triant, *Threatening Property: Race, Class, and Campaigns to Legislate Jim Crow Neighborhoods* (2019).

³⁰ W. E. B. Du Bois, «The Negroes of Farmville, Virginia» (1978 [1898]); J. Dollard, *Caste and Class...*, pp. 83-91; A. Davis *et al.*, *Deep South...*, capítulo 10.

³¹ L. F. Litwack, *Trouble in Mind...*, p. 151.



Foto 5. Cine solo para negros en Leland, en el delta del Misisipi, que presenta la película de la pelea de boxeo entre Joe Louis y Bob Pastor, 1939. Fotografía de Marion Post Wolcott.

Capítulo 3

El corazón social: separación y deferencia

El núcleo social de Jim Crow consistía en una trama de *relaciones disyuntivas diseñadas para lograr la separación asimétrica de negros y blancos, y para extraer la deferencia* constante de los primeros hacia los segundos, de acuerdo con el principio de la «menor elegibilidad racial». Este principio situaba al blanco de menor rango por encima del negro de mayor rango, de modo que aquel siempre recibiría el homenaje personal de este último.¹ La costumbre, la ley y la violencia se combinaban para restringir drásticamente el contacto entre las dos comunidades y crear una *división institucional* sistemática, por la que cada organización, pública o privada, ofrecía un camino reservado a los blancos («*whites only*») y otro a los negros («*colored only*»). El primero era el camino real, el segundo una concesión subalterna que implicaba la inferioridad y la indignidad de los afroamericanos.

Es a esta división a la que se refiere el término indígena de «segregación», utilizado por los propios sureños (y adoptado por los historiadores), término inadecuado porque Jim Crow no se contentaba con relegar a los negros a barrios residenciales separados e inferiores (conocidos como «*darktown*»). Los mantenía fuera de toda la gama de instalaciones

¹ Sobre las numerosas variantes derivadas de este principio central del control racial del Sur, véase John Dollard, *Caste and Class in a Southern Town* (1988 [1937]), capítulo 8, «The Prestige Gain»; Hortense Powdermaker, *After Freedom: A Cultural Study of the Deep South* (1993 [1939]), pp. 23-42; Allison Davis *et al.*, *Deep South: A Social Anthropological Study of Caste and Class* (2008 [1941]), pp. 6 y 22; y Leon Litwack, *Trouble in Mind: Black Southerners in the Age of Jim Crow* (1998), pp. 181-183. Max Weber subraya que «el sentido del honor étnico es un honor específico de las masas» (*Massenehre*), *Economie et société: Tome 2, L'organisation et les puissances de la société dans leur rapport avec l'économie* (1995 [1920]), pp. 133-134.

públicas y establecimientos comerciales, salas de espera y aseos, ascensores y cabinas telefónicas, tranvías y autobuses, salones y cines, parques y playas, hospitales y oficinas de correos, orfanatos y residencias de ancianos. El principio de desdoblamiento se aplicó incluso a prisiones, tanatorios y cementerios: Florida llegó a utilizar horcas diferentes para ejecutar a condenados a muerte blancos y negros.²

Los antiguos esclavos y sus descendientes tampoco tenían derecho a asistir a las mismas escuelas que los blancos. En algunos estados, la educación «birracial» era inconstitucional y, en Florida, la ley exigía almacenes separados para sus libros de texto.³ Del mismo modo, los negros tuvieron que resignarse a fundar y desarrollar sus propias iglesias, ya que las iglesias blancas, en el mejor de los casos, les concedían la condición de miembros de segunda clase. La justificación comúnmente expresada para esta meticulosa, incluso maníaca, ingeniería social era que, en ausencia de una división institucionalizada, «la raza negra contaminaría y retrasaría a la raza blanca» que, en el Sur, había alcanzado una cumbre civilizatoria.⁴

A lo largo de las dos primeras décadas del siglo XX, todo el paisaje físico de la región se vio alterado por la erección de muros y tabiques, la colocación de cortinas y carteles de «*whites only*» y «*colored only*» en pueblos y ciudades (que indicaban, por ejemplo, las fuentes y las salas de espera reservadas a uno u otro grupo), amplificada por la difusión de inscripciones raciales informales (como en el caso de las lavanderías que exhibían en sus escaparates la leyenda «Prohibido lavar a los negros»), y la construcción de entradas dobles a edificios públicos y comercios. La dicotomización de los espacios racializados aumentó la distancia social a través de la disyunción física, al tiempo que intensificó el aislamiento espacial de los afroamericanos. También contribuyó a «restablecer la diferencia y la jerarquía y a contrarrestar la asertividad de los negros» al inscribir en el entorno construido el guión de dos papeles ficticios: el de los benévolos amos blancos y el

² L. F. Litwack, *Trouble in Mind...*, p. 236.

³ James R. Grossman, «A Chance to Make Good, 1900-1929» (2000), p. 362.

⁴ W. Fitzhugh Brundage, «Introduction», en Stefanie Cole y Natalie J. Ring (eds.), *The Folly of Jim Crow: Rethinking the Segregated South* (2012), p. 2.

de sus satisfechos sirvientes afroamericanos.⁵ De hecho, la principal excepción a esta rígida separación institucional afectaba a los sirvientes negros, a quienes se permitía entrar en los espacios blancos para desempeñar su misión, como extensiones vivas de sus jefes blancos.

La ley precisaba con especial detalle las normas y roles de la división racial en el transporte.⁶ En Alabama, las empresas de autobuses estaban obligadas a tener salas de espera reservadas para blancos y negros, separadas por «un tabique construido de metal, madera, tela resistente o cualquier otro material que impida la visión entre las dos secciones». En Arkansas, los ferrocarriles no segregados fueron multados con 500 dólares por cada tren no segregado en circulación. En Georgia, los empleados ferroviarios que no expulsaran a un pasajero negro segregado eran culpables de un delito menor. En Carolina del Norte, los tranvías que solo transportaban blancos o negros estaban obligados a exhibir carteles luminosos de «*whites*» y «*colored*» claramente visibles a una distancia de 100 metros después del anochecer. Correspondía al conductor del tren decidir la raza del pasajero y la empresa estaba protegida de responsabilidad legal si cometía «un error honesto». Pero «si el conductor, por negligencia, confunde a un pasajero blanco con un negro, la compañía ferroviaria puede ser responsable de daños sustanciales y, en un caso apropiado, puede ser responsable de daños punitivos».⁷

El desdoblamiento institucional se vio reforzado y amplificado por la asimetría formalizada en una «etiqueta racial» que regía todas las interacciones personales, derivada de las reglas codificadas bajo la esclavitud.⁸ Por encima de todo, se esperaba que los negros *mostraran deferencia y docilidad* en todo momento en presencia de los blancos, so pena de ser rápidamente reprendidos y devueltos al recto camino

⁵ S. A. Berrey, *The Jim Crow Routine: Everyday Performances of Race, Civil Rights, and Segregation in Mississippi* (2015), p. 21 *et passim*; Elizabeth Abel, *Signs of the Times: The Visual Politics of Jim Crow* (2010).

⁶ Stetson Kennedy, *Jim Crow Guide: The Way It Was* (1959), pp. 183-185. Para una disección detallada de las normas raciales sobre viajes y su papel central en la (re)producción de Jim Crow, léase Mia Bay, *Traveling Black: A Story of Race and Resistance* (2021).

⁷ S. Kennedy, *Jim Crow Guide...*, p. 184.

⁸ Bertram Wilbur Doyle, *The Etiquette of Race Relations in the South: A Study in Social Control* (1937). Para una explicación de este concepto, véase Jennifer Lynn Ritterhouse, «The Etiquette of Racial Relations in the Jim Crow South» (2007).

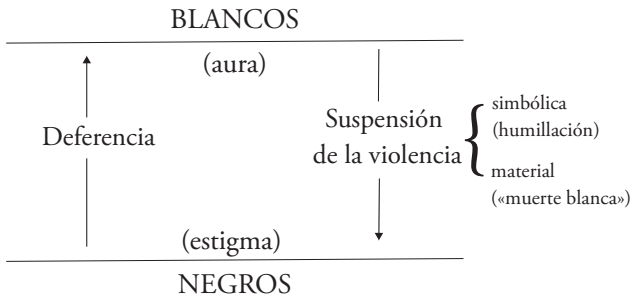
racial mediante represalias privadas o sanciones públicas. En términos de «ganancias de prestigio», el antropólogo John Dollard resume esta expectativa de la siguiente manera: ya sea rico o pobre, «un miembro de la casta blanca tiene automáticamente derecho a exigir de los negros ciertas formas de comportamiento que sirvan para aumentar su autoestima» y produzcan «una iluminación de la imagen de sí mismo, un sentimiento expansivo de ser algo especial y valioso». Además, «esta deferencia se exige y no solo se da de forma deliberada e independiente», lo que significa que «también proporciona la satisfacción de dominar a la otra persona». ⁹ Las normas de reverencia en el habla, la actitud y la conducta no solo deben cumplirse, sino que deben observarse sin reservas aparentes: el negro debe demostrar que «las acepta como apropiadas y justas; debe cumplirlas de buen grado y alegremente». ¹⁰ El aura y la eminencia del hombre blanco están en función directa del estigma y la sumisión del hombre negro.

La deferencia es un cimiento esencial en un sistema de dominación personalizada; drena la dignidad de la categoría inferior a la superior y afirma la legitimidad de esta última. Erving Goffman señala que, cuando forman parte de una estructura vertical, los actos de deferencia son muestras externas de consideración y lealtad hacia el dominante; «honorables y llenas de cortesía», expresan el reconocimiento ceremonial de la jerarquía que este encarna. ¹¹ En el Sur de Jim Crow, la deferencia fluía exclusivamente de los negros hacia los blancos, independientemente de la clase social, el sexo o la edad, *a cambio de la suspensión temporal de las dos modalidades de violencia*, la violencia simbólica de la humillación pública y la violencia física de la agresión (y posiblemente la muerte) de los negros, de la que estaba cargada toda interacción interracial, como muestra la figura 1.

⁹ J. Dollard, *Caste and Class...*, p. 174.

¹⁰ A. Davis *et al*, *Deep South...*, p. 23. Esta es la definición propia de dominación expuesta en el prólogo.

¹¹ Erving Goffman, «The Nature of Deference and Demeanor» (1959), p. 473.

Figura 1. La economía de la deferencia y de la violencia

Las normas que regían las relaciones en el cara a cara convergían para significar la inferioridad y extender la indignidad de los descendientes de esclavos.¹² Los negros debían dirigirse a los blancos con respeto, utilizando las expresiones «*Ma'am*» y «*Sir*» (o «*captain*» y «*boss*»). Ni que decir tiene que los blancos nunca les correspondían; llamaban a los negros por su nombre de pila o les saludaban llamándoles «*boy*», «*girl*» o «*auntie*» (tita), independientemente de su edad o del contexto. A los niños blancos se les enseñaba desde pequeños que el término «*lady*» solo debía usarse para referirse a las mujeres blancas y nunca a las negras. Tabúes y sanciones sobre el lenguaje interracial se extendían a los reportajes de los periódicos y a los intercambios verbales de abogados y jueces en las salas de audiencias, donde a los acusados negros se les llamaba abiertamente «*nigras*» (un cruce peyorativo entre *negro* y *nigger*).¹³ En una ciudad del delta del Misisipi, la oficina de correos se esmeró en borrar las palabras «Sr.» y «Sra.» de las cartas dirigidas a los residentes de color. En otra, los carteros blancos se empeñaban en «tirar siempre el correo negro al suelo en lugar de entregárselo».¹⁴

¹² Estipulaban lo que Goffman denomina «rituales de presentación», es decir, «actos mediante los cuales el individuo hace atestaciones específicas a los receptores sobre la forma en que los considera y la forma en que los tratará». E. Goffman, «The Nature of Deference and Demeanor...», p. 485.

¹³ S. Kennedy, *Jim Crow Guide...*, pp. 214-216.

¹⁴ Véase N. R. McMillen, *Dark Journey...*, pp. 23-24, y S. A. Berrey, *The Jim Crow Routine...*, p. 38.

Los negros que insistían en que se dirigieran a ellos como señor o señorita se arriesgaban al ridículo, a sufrir represalias físicas, al destierro del condado o a cosas peores. En las conversaciones con blancos, tenían que quitarse el sombrero, llevar lo que Ralph Ellison llama «la máscara de la docilidad» (*mask of meekness*)¹⁵ y tener sumo cuidado en no devaluar, denigrar o reírse nunca de sus interlocutores blancos, comentar su apariencia física o sugerir que mentían, que estaban motivados por intenciones deshonorosas o que pertenecían a una clase inferior.¹⁶ Siempre era más prudente dejar que el blanco tomara la iniciativa, dirigiera la discusión, impusiera su punto de vista y monopolizara el crédito.

Temas tabú según Richard Wright¹

Entre los temas que [a los sureños blancos] no les gustaba tratar con los negros estaban: las mujeres blancas estadounidenses, el Ku Klux Klan, Francia y el trato que recibían allí los soldados negros, las mujeres francesas, Jack Johnson [campeón mundial de boxeo de los pesos pesados], todo el norte de Estados Unidos, la Guerra Civil, Abraham Lincoln, Ulysses Grant, el general Sherman [vencedor de la Guerra Civil], los católicos, el Papa, los judíos; el Partido Republicano, la esclavitud, la igualdad social [por ejemplo, el acceso sexual a las mujeres blancas], el comunismo, las enmiendas 13 y 14 de la Constitución [que declaran inconstitucional la esclavitud y conceden la ciudadanía a los negros] o cualquier otro tema que requiera un conocimiento positivo o una autoafirmación viril por parte del hombre negro.

¹ S. Kennedy, *Jim Crow Guide...*, pp. 216-217.

¹⁵ Ralph Ellison, *The Collected Essays of Ralph Ellison* (2003), p. 110. Explica Richard Wright: «Aprendí a mentir, a robar, a disimular. Aprendí a desempeñar ese doble papel que todo negro debe desempeñar si quiere comer y vivir». «The Ethics of Living Jim Crow: An Autobiographical Sketch» [1937], pp. 27-28.

¹⁶ Richard Wright, «The Ethics of Living Jim Crow: An Autobiographical Sketch» [1937], pp. 29-30.

La astringente negación de la dignidad negra se reflejaba en el *rechazo sistemático de la reciprocidad* en todos los ámbitos de la vida social, empezando por el movimiento en el espacio físico. Los afroamericanos tenían que bajarse rápidamente de la acera para dejar espacio suficiente a los transeúntes blancos y tener cuidado de no chocar con ellos ni obstaculizar su movimiento, so pena de ser abofeteados, empujados a la calle, agredidos o detenidos por la policía y encarcelados. Este uso diferenciado del espacio público en función de la raza «exigía a los negros participar activamente y reconocer físicamente su condición de subordinados».¹⁷ A los afroamericanos del Sur se les exigía que esperaran a que todos los clientes blancos hubieran sido atendidos en tiendas y oficinas y que dejaran que los blancos pasaran delante de ellos en las colas, pero también que se apartaran y les sostuvieran la puerta.¹⁸ Tenían prohibido probarse ropa, sombreros o zapatos; debían salir de los establecimientos para consumir su comida o bebida. Solo debían acercarse a las casas de los blancos por detrás, incluso cuando el dueño de la casa estaba sentado en el porche de la entrada. Esta costumbre estaba tan arraigada, junto con la creencia de que el negro era un ladrón nato, que los blancos de Misisipi, al salir de sus casas, cerraban con llave la puerta trasera, pero no la delantera.

Del mismo modo, la costumbre prohibía a los automovilistas negros tener preferencia de paso o adelantar a los vehículos conducidos por blancos, o aparcar en las calles principales de la ciudad. Un pequeño accidente de coche con un conductor blanco podía resultar fatal si este reaccionaba con una furia irrefrenable: después de que un abogado blanco que circulaba a 80 kilómetros por hora provocara una colisión con un conductor negro en un cruce de Indianola, en Misisipi, «un transeúnte blanco le instó a “matar al negro”, ya que no podía esperar cobrar dinero alguno por los daños sufridos».¹⁹ Era peligroso para los afroamericanos poseer coches caros o incluso calesas, que los blancos percibían como una muestra de «descaro», susceptible de desencadenar reacciones violentas.

¹⁷ S. A. Berrey, *The Jim Crow Routine...*, p. 42.

¹⁸ A. Davis *et al.*, *Deep South...*, p. 23.

¹⁹ H. Powdermaker, *After Freedom...*, p. 49.

Además, cualquier signo externo de riqueza, éxito u orgullo por parte de los negros, que indicara un posible deseo de ser tratados con respeto por los blancos, como vestirse elegantemente y acudir a la ciudad a hacer algunas compras en un día laborable, podía dar lugar a una enérgica reprimenda y a la detención inmediata por parte de la policía, pero también a crueles palizas y directamente al asesinato, con total impunidad para los autores blancos. En algunos condados rurales, el mero hecho de conducir un coche podía dar lugar a represalias violentas, como cuando los blancos de una pequeña ciudad de Georgia obligaron a un granjero negro y a su hija a bajar de su vehículo antes de rociarlo de gasolina y prenderle fuego, gritando: «A partir de ahora, negros, venid a pie o usad esta buena mula si queréis quedaros en esta ciudad».²⁰

Asimismo, los tabúes en torno a las formas de cortesía entre negros y blancos les prohibían darse la mano, compartir una comida, tomar una copa o fumar juntos; en resumen, cualquier forma de intercambio cercano que pudiera implicar igualdad social entre las «razas», lo que se consideraba una puerta abierta a la abominación de las relaciones íntimas.²¹ El antropólogo Maurice Bloch señala que «en todas las sociedades, compartir la comida es una manera de establecer la cercanía, mientras que, a la inversa, negarse a compartir es una de las marcas más evidentes de distancia y enemistad».²² Por consiguiente, a los ojos de los sureños blancos, mezclarse a la hora de comer implicaba una intimididad que amenazaba con traspasar la impermeable frontera entre el glamuroso «nosotros» blanco y el mancillado «ellos» negro. En efecto, «respaldado por la noción de pureza racial, este tabú contra las comidas interraciales importaba casi tanto a la mayoría de los sureños

²⁰ L. F. Litwack, *Trouble in Mind...*, p. 335.

²¹ Esta categoría de acciones entra dentro de lo que Goffman denomina «rituales de evitación»: «Aquellas formas de deferencia que llevan al actor a mantener una distancia con el receptor y a no violar lo que Simmel denominó la “esfera ideal” que rodea al receptor». E. Goffman, «The Nature of Deference and Demeanor...», p. 62.

²² «La razón de ello es que el hecho de compartir alimentos siempre se considera, de un modo u otro, como el hecho de compartir aquello que provocará, o al menos mantendrá, una sustancia común entre los que comulgan». Maurice Bloch, «Comensalidad y envenenamiento» (1999), p. 133. Cabe señalar que las restricciones a la comensalidad son típicas de las jerarquías de castas, como señala Veena Das en «Caste» (2001), p. 1529.

blancos como el tabú —y las leyes de larga duración— contra el sexo interracial».²³

Este principio de *rechazo generalizado de la igualdad y la reciprocidad* se aplicaba a las actividades sociales más triviales, como jugar a las cartas, a los dados, al dominó, a las damas o al billar, que el estado de Alabama prohibía incluso en el ámbito privado.²⁴ Los negros no tenían derecho a participar en competiciones deportivas con los blancos, por miedo a que los igualasen o superasen. Así que se vieron obligados a crear sus propias ligas deportivas, como las siete ligas de «béisbol negro» lanzadas en la década de 1920, que anclaron una próspera economía del entretenimiento deportivo para los consumidores negros urbanos, con su propia «Copa del Mundo» y su propio panteón (*Hall of Fame*) segregado.²⁵ Cuando el campeón del boxeo negro «Papa» Jack Johnson noqueó a Jim Jeffries, que había sido reclutado como «la gran esperanza blanca» (*Great White Hope*) para recuperar el título mundial de los pesos pesados en nombre de su raza, durante el «combate del siglo», celebrado en Reno el 4 de julio de 1910, estallaron docenas de disturbios en todo el Sur y más allá, con grupos de blancos furiosos atacando a afroamericanos en la calle en represalia por esta afrenta incalificable a la masculinidad blanca. La película de la pelea fue prohibida por miedo a que despertara el equivocado orgullo de los negros, para quienes Johnson era el mayor «redentor de la raza» (*race savior*) que pueda existir.²⁶

La etiqueta racial era tramposa y arriesgada porque se declinaba localmente, lo que significa que variaba imperceptiblemente de una actividad a otra, de una ciudad y región a otra, entre los «notables blancos» (*white quality*) y la «basura blanca» (*white trash*). Se necesitaba vigilancia cognitiva y habilidad social para minimizar los choques y el peligro de infringir inadvertidamente una norma no escrita. «Se dejaba tanto a la

²³ J. L. Ritterhouse, «Daily Life in the Jim Crow South...».

²⁴ S. Kennedy, *Jim Crow Guide...*, p. 202.

²⁵ Neil Lanctot, *Negro League Baseball: The Rise and Ruin of a Black Institution* (2004).

²⁶ Johnson había ganado el título mundial dos años antes en un combate contra el boxeador canadiense Tommy Burns en Sydney (Australia). La organización de semejante combate interracial por el título honorífico del hombre más hombre del planeta era impensable en Estados Unidos. Randy Roberts, *Papa Jack: Jack Johnson and the Era of White Hopes* (1985).

costumbre [que] la particularidad parecía ser la única regla universal». ²⁷ Como resultado, los afroamericanos que llegaban a un nuevo lugar se apresuraban a preguntar a los residentes negros sobre las normas locales de decoro racial para poder adaptarse a las expectativas locales de los blancos en cuanto a prohibiciones y muestras de docilidad.

Adquirir esta «sabiduría de Jim Crow» permitía a los negros evitar la violencia blanca, pero erosionaba su autoestima desde dentro, como muy bien decía la sociología y la literatura afroamericana de la época. ²⁸ A la hora de viajar por los estados del Sur, los negros de clase media que poseían coche recurrían al *Negro Motorist's Green Book*, una guía publicada entre 1936 y 1966 que enumeraba los negocios, desde establecimientos de alojamiento hasta restaurantes, gasolineras y tiendas, donde los negros eran atendidos y podían evitar las molestias, el rechazo, la humillación y la violencia que desencadenaba entrar sin saberlo en territorio blanco prohibido. ²⁹

Pero la principal obsesión de los blancos eran *los contactos íntimos que cruzaban la línea de color*, porque la particular cultura cívica de la región «enmarcaba las cuestiones políticas y económicas en términos de peligró sexual», haciendo de «los estatutos contra el mestizaje y las leyes de identidad racial que los respaldaban el núcleo legal de Jim Crow, el origen desde el que irradiaban una multitud de prohibiciones y normas». ³⁰ Alimentada por la fijación blanca en la pureza racial (definida por una descendencia que excluía a negros y otras categorías deshonradas), la prohibición legal de los matrimonios mixtos ocupaba el primer lugar en la larga lista de tabúes sobre el comportamiento sexual que atravesaban la frontera de las castas.

²⁷ N. R. McMillen, *Dark Journey...*, p. 11. Para las ilustraciones de Nueva Orleans en los años sesenta, véanse las memorias de Adolph Reed, *The South: Jim Crow and Its Afterlives* (2022), pp. 13, 19-20, 37, 45, 47-48.

²⁸ Jonathan Scott Holloway, *Jim Crow Wisdom: Memory and Identity in Black America since 1940* (2013).

²⁹ Candacy A. Taylor, *Overground Railroad: The Green Book and the Roots of Black Travel in America* (2020). El «Libro Verde» se ha reeditado recientemente en forma de facsímil y ha demostrado ser popular entre el público negro tras el éxito de taquilla de la película homónima dirigida por Peter Farrelly.

³⁰ Jane Dailey (ed.), *The Age of Jim Crow: A Norton Casebook in History* (2009), pp. xvi y xxix. Para un argumentario más completo, léase *White Fright: The Sexual Panic at the Heart of America's Racist History* (2020), de la misma autora.

Las oportunidades de intimidad interracial se vigilaban celosamente y cualquier infracción, real o imaginaria, por parte de los hombres negros se reprimía salvajemente, mientras que la tolerancia y la discreción prevalecían con respecto a los hombres blancos implicados en actividades sexuales o concubinato con mujeres negras. De hecho, muchos blancos prominentes del Sur, «incluidos jueces, gobernadores y ricos plantadores, apenas ocultaban el hecho de que tenían familias negras, así como familias blancas»,³¹ lo cual era aceptable siempre y cuando estas relaciones no estuvieran reconocidas oficialmente, no se expresaran en el lenguaje de los sentimientos y los hijos nacidos de ellas no se integraran en la sociedad blanca.

De hecho, existía una asimetría fundamental en la economía del intercambio sexual al sur de la línea Mason-Dixon: en virtud de su posición de casta dominante, los hombres blancos tenían acceso a dos categorías de mujeres, blancas y negras, mientras que los hombres negros y las mujeres blancas estaban limitados a su propia casta en lo que a opciones se refiere. Esto servía para idealizar a la mujer blanca sureña como pura y asexuada, mientras que la mujer negra era retratada como hipersexuada, libertina y permanentemente disponible, cayendo así «en la categoría de la mujer sin protección».³² Los hombres blancos podían, de este modo, tener mujeres negras, ya fueran prostitutas, sirvientas o chicas recogidas de la calle, pero los hombres negros (a quienes los blancos consideraban violadores en potencia perpetuamente al acecho) no podían tener relaciones íntimas con mujeres blancas, ni siquiera prostitutas, en ninguna circunstancia. Tal relación se consideraba más ofensiva que el incesto y el hombre negro implicado arriesgaba literalmente su vida.³³

³¹ Ray Stannard Baker, *Following the Color Line: American Negro Citizenship in the Progressive Era* ([1908] 1964), p. 165. Sobre este tema, véase también Martha Hodes, *White Women, Black Men: Illicit Sex in the Nineteenth-Century South* (1997) y Randall Kennedy, *Interracial Intimacies: Sex, Marriage, Identity, and Adoption* (2012), capítulo 2.

³² «El hombre negro no tiene derecho a recurrir a expresiones violentas o amenazas en defensa de su esposa, hermana o hija, mientras que en la casta blanca las mujeres cuentan casi universalmente con enérgicos protectores» (J. Dollard, *Caste and Class...*, p. 145). Este peligro sexual fue denunciado con especial virulencia por Du Bois, quien escribió que estaba dispuesto a perdonar al Sur blanco por la esclavitud, la batalla por la secesión y su «orgullo racial», pero no por «su insulto gratuito, continuo y persistente de la feminidad negra, que ha buscado y busca prostituir a su antojo». W. E. B. Du Bois, *Darkwater* (1921), p. 172.

³³ A. Davis *et al.*, *Deep South...*, p. 24.

El miedo histórico a la «degeneración racial» supuestamente derivada de la mezcla íntima y justificada por la pregunta obvia y obviamente odiosa: «¿Querías que tu hermana se casara con un negro?»,³⁴ alcanzó su máxima expresión con estallidos periódicos de palizas, latigazos, violencias colectivas, torturas y disturbios contra los hombres negros que se negaban a «permanecer en su lugar» en el orden sexual.

A lo largo de las dos últimas décadas del siglo XIX, unos 2.060 afroamericanos fueron linchados, un tercio de ellos tras ser acusados de agresión sexual o por simple incorrección hacia mujeres blancas. Estos asesinatos de casta no eran más que la punta de un enorme iceberg de transgresiones raciales reales o imaginarias en constante evolución, susceptibles de ser castigadas con humillaciones y represalias violentas (como veremos en el capítulo 6).³⁵

El intercambio de deferencia por la suspensión de la violencia estaba arraigado y se mantenía por *el persistente paternalismo* de la época de la esclavitud.³⁶ Principalmente en las zonas rurales, los blancos se veían a sí mismos como mecenas benévolos obligados a «cuidar de sus negros». Idealizaban al «*darkie*» de antaño, siempre contento y sumiso, y se atribuían el mérito de brindar protección y socorro a una criatura inferior e indefensa. A pesar de su brutalidad, los plantadores se apresuraban a atribuirse el mérito de ayudar a sus granjeros y aparceros con alimentos, atención médica y protección frente a la violencia blanca y las disputas legales. Los granjeros negros expresaban regularmente su gratitud de una manera ritual que un negro urbano no habría estado dispuesto a hacer, pero ni unos ni otros eran jamás tratados *públicamente* como iguales en dignidad por los blancos, por muy bienintencionados que

³⁴ J. Dollard, *Caste and Class...*, p. 62.

³⁵ Joel Williamson, *A Rage for Order: Black-White Relations in the American South since Emancipation* (1986), p. 292. Pero véase la opinión discrepante de Lisa Lindquist Dorr, *White Women, Rape, and the Power of Race in Virginia, 1900-1960* (2004), que pone de relieve la discrepancia entre la representación colectiva y la práctica en el tratamiento de la violación entre negros y blancos y las divisiones internas entre los blancos sobre la cuestión en función de la clase social y el género.

³⁶ Sobre la naturaleza paternalista de la esclavitud estadounidense, véase Peter Kolchin, *American Slavery: 1619-1877* (2003), pp. 111-132; Eugene D. Genovese y Elizabeth Fox-Genovese, *Fatal Self-Deception: Slaveholding Paternalism in the Old South* (2010). Este punto también lo analiza Mark Schultz, *The Rural Face of White Supremacy: Beyond Jim Crow* (2005), capítulos 1 y 6.

fueran. Hortense Powdermaker lo expresa muy bien: «Las emociones que acompañan a las actitudes de los blancos hacia los negros recorren toda la gama: afecto, amabilidad, lástima, indulgencia, miedo, hostilidad. Lo único que ningún blanco concederá nunca abiertamente a un negro es respeto».³⁷ Este es el centro mismo de la dominación racial: el rechazo de la igualdad en el honor por parte del dominante.

La división institucional que imponía la distancia social y el aislamiento de los negros, la rígida «etiqueta racial» que regía las interacciones cara a cara, exigiendo deferencia, y las prohibiciones asimétricas en las relaciones íntimas: todos ellos mecanismos que convergieron para retorcer todas las relaciones sociales entre blancos y negros de tal forma que prohibían la reciprocidad, imposibilitaban la dignidad negra y *generalizaban la verticalidad social tanto en el orden material como en el simbólico*. Esta verticalidad abrupta, a su vez, proporcionaba en la práctica «la demostración continua de que el negro es inferior al blanco y “reconoce” su inferioridad», lo que «sirve no solo para halagar el ego del blanco, sino también para impedir que el negro participe realmente» en la sociedad que le rodea.³⁸ Dos instituciones clave de las que se excluyó violentamente a los negros, la política electoral y la justicia penal, constituyen el tercer componente superestructural que funcionó a la hora de reforzar la infraestructura económica y la estructura socio-simbólica de Jim Crow. Estos son el tema del siguiente capítulo.

³⁷ H. Powdermaker, *After Freedom...*, p. 42.

³⁸ G. Myrdal, *An American Dilemma...*, p. 612.



Foto 6. Cuatro adolescentes con grilletes en los pies y encadenados unos a otros, condenados a trabajos forzados como leñadores para un empleador privado en Georgia, 1905.

Capítulo 4

El cierre del sistema: exclusión política y judicial

Con el fin de desafiar los abusos económicos de los que eran víctimas en tanto aparceros, el encierro institucional y los malos tratos personales infligidos por los blancos en el transcurso de los encuentros cotidianos, incluida la sórdida amenaza de violencia letal, el primer recurso lógico de los negros habría sido ejercer una presión electoral sobre las autoridades, esto es, activar la palanca política para que estas redujeran o prohibieran estas prácticas contrarias a los derechos más elementales.

Pero, aunque, sobre el papel, los afroamericanos habían obtenido el derecho al voto gracias a la 15ª Enmienda a la Constitución Federal aprobada en 1870, en realidad estaban metódicamente excluidos de las urnas en todo el Sur. Un entramado de normas de registro bizantinas, de requisitos de residencia, cuotas de participación, pruebas de aptitud lectora, cláusulas de derechos adquiridos, delitos inhabilitantes y la pura argucia y coacción de los funcionarios locales los convirtieron de hecho en *ciudadanos zombis* desprovistos de toda capacidad política.¹ Cualquier desafío a estas restricciones era a su vez sofocado por una intimidación redoblada y una agresión desenfundada, porque «no votar

¹ V. O. Key, *Southern Politics in State and Nation* (1983 [1949]); C. Vann Woodward, *The Origins of the New South, 1877-1913* (1972), pp. 321-349; Gunnar Myrdal, *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy* (1962 [1944]), cap. 22; y Leon Litwack, *Trouble in Mind: Black Southerners in the Age of Jim Crow* (1998), pp. 218-299. Los esfuerzos de los progresistas negros y blancos por relajar las restricciones a la ciudadanía política de los negros en el medio siglo posterior a 1910 se describen en Kimberley Johnson, *Reforming Jim Crow: Southern Politics and State in the Age Before Brown* (2010), capítulo 8.

y no quejarse por no poder hacerlo era parte integrante del “lugar” de la casta negra».²

Los blancos consideraban que la negación de la igualdad política era esencial para evitar la «igualdad social» y, por tanto, para salvaguardar su pureza racial putativa y su superioridad de casta, contrarrestando «la lepra antiamericana e inhumana» de las uniones íntimas con «el africano de tono sombrío, piel negra, labios gruesos, cuello de toro y corazón brutal».³ *El triple repudio de la horizontalidad política, social y sexual* era a su vez necesario por la supuesta inferioridad biológica y moral del hombre negro. Supuestamente, esta última estaba ampliamente documentada por las últimas investigaciones etnológicas y médicas, que describían a los «etíopes» como una amenaza biológica, vectores de la tuberculosis y las infecciones venéreas, y condenados a retroceder al estado salvaje por la eliminación de las restricciones benéficas de la esclavitud.⁴

Cuando había elecciones, los candidatos blancos y la prensa azuzaban las pasiones raciales deplorando el creciente número de casos de «descaro» y de «ultrajes» supuestamente cometidos en muchas partes del país por negros libidinosos al acecho de las mujeres blancas. La temporada electoral exigía que los blancos defendieran el «frente doméstico» (*home front*) mediante una escabrosa «agitación negrófoba» (*nigger baiting*), sugiriendo una relación directa entre la política y la mezcla sexual, el voto y la violación, el acceso de los negros a la cabina electoral y la inminente intrusión de la inmundicia negra en el dormitorio, el santuario de la virtud de las mujeres blancas.⁵ Las histéricas expresiones públicas de negrofobia eran de rigor y alimentaban la animadversión racial colectiva que sustentaba todo el edificio social y

² John Dollard, *Caste and Class in a Southern Town* (1988 [1937]), p. 212.

³ Declaración de Seaborn Rodenberry, diputado por Georgia, defendiendo una enmienda que prohíba el matrimonio entre blancos y negros, citada en Randall Kennedy, *Interracial Intimacies: Sex, Marriage, Identity, and Adoption* (2012), p. 85.

⁴ Melissa Stein, «“Nature is the Author of Such Restrictions”: Science, Ethnological Medicine, and Jim Crow» (2012).

⁵ Edward L. Ayers, *Vengeance and Justice: Crime and Punishment in the Nineteenth-Century American South* (1984), pp. 237-244; L. F. Litwack, *Trouble in Mind*, *op. cit.*, p. 221; Glenda Elizabeth Gilmore, *Gender and Jim Crow: Women and the Politics of White Supremacy in North Carolina, 1896-1920* (1996), capítulo 4.

simbólico de Jim Crow. En el Misisipi rural de la década de 1930, «una de las formas más seguras que tenía un político de ganar notoriedad era matar a un negro; tal acto le permitía acelerar su ascenso a los puestos de poder», demostrando la fuerza de su compromiso personal con la supremacía de casta.⁶

Cuando la presión informal y la violencia resultaban insuficientes para sofocar el clamor de los afroamericanos que deseaban participar en las elecciones, los antiguos estados confederados recurrían a elaboradas maquinaciones jurídicas para anular el derecho de voto de sus ciudadanos negros. Aquí, como en muchos otros frentes, Misisipi sirvió de modelo. Utilizando la fuerza y el fraude, la discriminación en el registro y la intimidación, las autoridades del estado de la magnolia redujeron el número de votantes negros del 96 % de la población de color con derecho a voto en 1868 a menos del 6 % en 1892 (todavía solo el 7 % en 1964), en comparación con el 70 % entre los blancos. En la capital, Jackson, el terror de los blancos era tal que solo un afroamericano de cada 270 votantes registrados se atrevió a votar en las elecciones de 1875.⁷ Pero eso no era suficiente: el espectro de la «dominación negra» en las urnas provocó la organización de una convención constitucional estatal especial en 1890, destinada a eludir la constitución federal, que prohibía explícitamente las restricciones de voto por motivos de raza.

La minuciosidad del trabajo jurídico llevado a cabo «con el único fin de expulsar al negro de la política; no al “ignorante y vicioso” como algunos de estos apologistas quieren hacer creer, sino al negro», por citar las crudas palabras del gobernador Vardaman (que consideraba al negro «un animal perezoso, mentiroso y lascivo», como un cerdo), es reveladora. Las nuevas condiciones para ejercer el derecho de voto serían las siguientes: estar inscrito en el censo electoral con cuatro meses de antelación, haber residido en el estado durante dos años y en el distrito electoral durante un año completo (criterio que probablemente descalificaría a una «raza migratoria»), haber pagado todos los impuestos, así como un impuesto electoral anual de 2 dólares (un umbral elevado para los aparceros pobres que rara vez disponían de dinero en efectivo) y no haber cometido ninguno de los delitos que figuraban en

⁶ J. Dollard, *Caste and Class...*, pp. 216-217.

⁷ Neil R. McMillen, *Dark Journey: Black Mississippians in the Age of Jim Crow* (1990), p. 39.

una lista que incluía el incendio provocado, la bigamia, el fraude y el hurto, pero no el asesinato, la violación o el robo, basada en la creencia de que los «delitos furtivos de un pueblo paciente y dócil» excluirían específicamente a los negros.⁸

En caso de necesidad, había un último requisito, bastante ambiguo, que consistía en leer una sección concreta de la constitución estatal y «dar una interpretación razonable» de la misma, lo que permitía que los funcionarios locales responsables de los registros electorales admitieran a blancos analfabetos mientras rechazaban a candidatos negros. En definitiva, «la nueva constitución asestó un terrible golpe al ánimo de los negros, pero sus medidas sobre el sufragio tuvieron escasa repercusión en un pueblo ya excluido en gran medida del ámbito político».⁹

Los demás estados del Sur no tardaron en seguir esta vía, modificando sus constituciones para instituir «primarias blancas» y multiplicando los dispositivos formales destinados a impedir el acceso de los afroamericanos a la cabina electoral. Se generaron así nuevos requisitos de propiedad, educación y «carácter», cuya aplicación podía ser modulada por los funcionarios de los condados con el fin de garantizar la exclusión de los negros sin problema. Algunos estados aplicaron la cláusula de derechos adquiridos: solo se permitía inscribirse en el censo electoral a los residentes cuyo abuelo (que, en la inmensa mayoría de los casos hasta la década de 1900, era esclavo) estuviera inscrito en el censo en el momento de la votación de 1868.¹⁰ En un sistema político unipartidista —los demócratas controlaban todos los cargos y privilegios— caracterizado por la permanencia virtual de los mandatos electorales, la corrupción endémica y la profusión de ilegalidades en las urnas (donde la papeleta no era ni uniforme ni secreta), «el método preferido para privar a los negros de sus derechos constitucionales» consistía en jugar con la arquitectura descentralizada del campo burocrático nacional «para confiar el poder discrecional a los funcionarios locales y confiar en ellos para preservar la supremacía blanca».¹¹

⁸ N. R. McMillen, *Dark Journey...*, p. 47.

⁹ N. R. McMillen, *Dark Journey...*, p. 48.

¹⁰ Michael J. Klarman, *From Jim Crow to Civil Rights: The Supreme Court and the Struggle for Racial Equality* (2006), pp. 69-71.

¹¹ M. J. Klarman, *From Jim Crow to Civil Rights...*, p. 33. La obra de referencia sobre el tema sigue siendo J. Morgan Kousser, *The Shaping of Southern Politics: Suffrage Restriction and the Establishment of the One-Party South, 1880-1910*.

Las estratagemas eran interminables: los negros que deseaban votar podían recibir formularios de registro engañosos para rellenar sin ninguna ayuda, lo que garantizaba que se cometerían errores y se utilizarían como una razón conveniente para negarles el registro; se les podía decir que los formularios «ya no estaban disponibles», pedirles una y otra vez que «volvieran otro día», o ignorarlos. Podían arrojar sus formularios de inscripción a la papelera ante sus propios ojos, «perderse» después de ser presentados o sus nombres podían desaparecer misteriosamente del censo electoral incluso después de haber sido debidamente inscritos. Los registradores eximían a los candidatos blancos de la prueba de lectura, pero descalificaban sistemáticamente a los afroamericanos por «pronunciar mal una sola palabra». Incluso a los profesores del famoso Instituto Tuskegee de Alabama y de otras universidades negras se les negó el derecho de voto alegando que no habían superado las pruebas.¹² Por lo demás, siempre se podían inventar nuevas normas *ad hoc* para rechazar a los candidatos negros, como cuando un condado exigió que dos votantes blancos debidamente registrados refrendaran su inscripción.¹³ Y si el cúmulo de medidas formales no era suficiente para privar a los afroamericanos del derecho al voto, rápidamente entraba en juego «otro aluvión de medidas informales», que iban «desde insultos y amenazas dirigidas al potencial votante negro nada más entrar en el colegio electoral hasta la violencia ejercida por el Klan contra su persona y sus bienes».¹⁴ Para completar la jugada, en la mayoría de las localidades se permitía votar a algunos «negros buenos» (también conocidos como «*white folk's niggers*» por su comportamiento humilde y leal) con el fin de mejorar la apariencia de un acceso democrático.

La segunda protección posible contra la brutalidad económica y social era la institución judicial, que podría haber hecho respetar los derechos fundamentales, limitado los abusos y evitado la violencia contra los negros castigando a los blancos que recurrían a ella. Sin embargo, en el Sur de Jim Crow, los afroamericanos estaban abocados a «considerar la ley y la justicia, no como garantes protectores, sino como fuentes de

¹² G. Myrdal, *An American Dilemma...*, p. 484.

¹³ William Henri Chafe *et al.* (eds.), *Remembering Jim Crow: African Americans Tell About Life in the Segregated South* (2013), p. 279.

¹⁴ G. Myrdal, *An American Dilemma...*, p. 489.

humillación y opresión.¹⁵ De hecho, la policía local, los tribunales y las prisiones, cuyo personal estaba compuesto exclusivamente por blancos, fervientes seguidores de la religión civil de la supremacía racial, *hicieron de la casta una extensión de la ley*. En esta «extraña atmósfera de ilegalidad permanente», los afroamericanos eran regularmente «detenidos y condenados por todo tipo de delitos reales o supuestos contra las normas de casta, a veces incluso por incidentes en los que estaba claro que su único delito fue resistirse a la agresión de una persona blanca».¹⁶

La policía estaba ansiosa por reprimir incluso las menores transgresiones de la etiqueta racial de sumisión; defendía por principio los intereses privados de los blancos contra los negros y promovía la propagación del castigo racial apuntalando la intimidación y la violencia ejercidas por los plantadores, los patronos y los milicianos. Su papel como «el perro guardián contra la “igualdad social”»¹⁷ se ampliaba y reforzaba con conductores de autobús, agentes del gas, carteros, bomberos, recaudadores de impuestos y otros pequeños empleados públicos al acecho ante el menor signo de insubordinación por parte de los negros. A los ojos del policía de calle, sin formación y precedente del estrato más pobre de la sociedad blanca, todo negro era un criminal nato y toda mujer negra una prostituta por instinto. Debido a su supuesta naturaleza envilecida, los afroamericanos solo entendían el lenguaje de la fuerza y, por tanto, debían ser sometidos a un férreo control. Por esta razón, la brutalidad policial era el *modus operandi* habitual; las palizas eran el pan de cada día, con o sin arresto, al igual que las torturas, los tiroteos y los asesinatos recíprocos entre policías blancos y negros presentados por las autoridades como «negros malos» (*bad niggers*).¹⁸

¹⁵ W. E. B. Du Bois, *The Souls of the Black Folk* (1903), p. 176.

¹⁶ G. Myrdal, *An American Dilemma...*, p. 536. Sobre la policía, los tribunales y las prisiones como aparatos para imponer el orden de casta, léase Amy Louise Wood y Natalie J. Ring (eds.), *Crime and Punishment in the Jim Crow South* (2019).

¹⁷ G. Myrdal, *An American Dilemma...*, p. 537. Para un estudio comparativo de esta dinámica, véase Brandon T. Jett, *Race, Crime, and Policing in the Jim Crow South: African Americans and Law Enforcement in Birmingham, Memphis, and New Orleans, 1920-1945* (2021).

¹⁸ Gail Williams O'Brien, *The Color of the Law: Race, Violence, and Justice in the Post-World War II South* (1999), capítulo 5. Por el contrario, el folclore oral y la literatura negra celebraban a esta figura como la encarnación heroica de la resistencia a la injerencia blanca: Lawrence W. Levine, *Black Culture and Black Consciousness: Afro-American*

Los tribunales del Sur actuaban en flagrante violación de los principios fundamentales de transparencia e imparcialidad procesal, por no hablar de las normas mínimas de dignidad social, a la vez que pisoteaban sistemáticamente los derechos de los afroamericanos, con la aquiescencia del Tribunal Supremo de Estados Unidos, que se negó repetidamente a intervenir para corregir el sesgo racial evidente en los procedimientos judiciales del Sur. En definitiva, después de 1890 los ciudadanos negros de Dixieland «disfrutaban de menos protección procesal de la que gozaban los esclavos» antes que ellos.¹⁹ Los tribunales renunciaban a aplicar toda una serie de leyes penales cuando las víctimas eran negros (de asesinato, robo o bigamia, por ejemplo), pero perseguían con diligencia los delitos cometidos por negros contra blancos.²⁰

En los tribunales se presentaban habitualmente pruebas endebles o falsas para inculpar y condenar a los acusados afroamericanos; en las vistas penales se aceptaban confesiones obtenidas mediante palizas y torturas,²¹ así como testimonios de blancos que se jactaban de haber participado en «cacerías de negros»; las expresiones manifiestas de parcialidad y prejuicios por parte de los miembros del jurado eran habituales. Los jueces rechazaban las peticiones de «desplazamiento» aun cuando los acusados habían tenido que ser exiliados a cárceles «a prueba de manadas» en un condado vecino por su seguridad y de que sus salas estaban invadidas por hordas de blancos armados y vociferantes.

Los abogados blancos estaban sometidos a un ostracismo inflexible y a amenazas de muerte si alguna vez aceptaban clientes negros, mientras que los abogados negros difícilmente podían ocupar su lugar para defenderlos, ya que su raza sería abiertamente usada contra sus clientes (en algunos estados, no podían ni presentarse en el tribunal).

Folk Thought from Slavery to Freedom (1978), pp. 407-420; Jerry H. Bryant, «Born in a Mighty Bad Land»: *The Violent Man in African American Folklore and Fiction* (2003).

¹⁹ N. R. McMillen, *Dark Journey...*, p. 202.

²⁰ Christopher Muller, «Freedom and Convict Leasing in the Postbellum South» (2018), pp. 376-377.

²¹ Sobre el uso rutinario de la tortura llena de sadismo racial por parte de la policía, que paradójicamente se desarrolló para garantizar condenas rápidas y evitar así linchamientos, véase Silvan Niedermeier, *The Color of the Third Degree: Racism, Police Torture, and Civil Rights in the American South, 1930-1955* (2019).

Como resultado, innumerables acusados fueron juzgados y condenados sin el beneficio de un abogado hasta la década de 1940. Los magistrados dictaban con celo sentencias extremas sin apenas tener en cuenta las formalidades legales —los juicios por asesinato en Misisipi se despachaban a menudo en medio día— con el fin de garantizar una condena rápida que evitara que hordas de blancos furiosos irrumpieran en la sala para apresar al acusado y a sus familiares: «En caso de amenaza de linchamiento, el tribunal ni siquiera pretende impartir justicia; el negro debe ser condenado, y normalmente sentenciado a muerte, antes de que la turba lo atrape».²²

Los abogados negros eran escasos (no había ninguno fuera de las grandes ciudades, mientras que la población afroamericana era masiva en el campo). En gran parte autodidactas, su clientela era insolvente y se encontraban con obstáculos insalvables que iban «desde el acoso de poca monta a la exclusión total». Si ejercían correctamente sus funciones, para disgusto del tribunal, se enfrentaban a procedimientos de inhabilitación como forma de represalia.²³ En algunos condados, se les prohibía entrar en la sala de audiencias o prestar juramento; en otros, tenían que alegar desde la tribuna y eran tratados con evidente desdén por jueces y testigos blancos, algunos de los cuales se negaban a responder a sus preguntas y les insultaban públicamente durante el contrainterrogatorio.

Las disparidades raciales en la imposición de penas eran astronómicas: en Georgia, por ejemplo, era de dominio público que «muchos más hombres negros han pasado años en la cárcel por robar un animal de granja que hombres blancos por asesinar a negros».²⁴ Es más, el tribunal solo se declaraba competente para juzgar los delitos más graves cometidos por los negros contra los blancos. Las faltas leves, en cambio, solían ser tratadas en privado por los plantadores y por los jefes en las minas y en los campamentos madereros, donde aún se utilizaba el látigo.

Una forma de castigo ha dejado una huella indeleble en la historia y la iconografía del Sur de Jim Crow: el «alquiler» de presos (*convict*

²² G. Myrdal, *American Dilemma...*, p. 553: «Los rumores de acciones en “manada” salpicaban con frecuencia los procedimientos judiciales», de modo que la justicia de los tribunales «rozaba el linchamiento» y el «juicio solo servía para validar las acusaciones previas». N. R. McMillen, *Dark Journey...*, p. 209.

²³ L. F. Litwack, *Trouble in Mind...*, p. 250; E. L. Ayers, *Vengeance and Justice, op. cit.*, p. 76; M. J. Klarman, *From Jim Crow to Civil Rights...*, pp. 156-158.

²⁴ L. F. Litwack, *Trouble in Mind...*, p. 252.

leasing) y, tras su abolición en la década de 1910, las brigadas de presos encadenados unos a otros por los pies (*chain gangs*), trabajando en los arcenes de las carreteras o picando piedras en el recinto penitenciario.²⁵ Arruinados por la Guerra de Secesión y con sus infraestructuras en mal estado, los estados del Sur trataron de evitar los costes de construcción y funcionamiento de las prisiones arrendando presos a plantadores y empresas de sectores como el ferrocarril, la industria maderera y la minería, así como para la producción de algodón, azúcar y tabaco.²⁶ Los plantadores y las empresas pagaban al estado una cuota mensual por cada preso (3 dólares en Georgia y 1,10 dólares en el Misisipi de la década de 1890), que eran supervisados, alimentados y mantenidos en condiciones abyectas, lo que provocaba tasas de bajas astronómicas.

En el Misisipi de la década de 1880, la tasa de mortalidad anual de los convictos en arrendamiento oscilaba entre el 6 % y el 16 %, y los negros tenían tasas ocho veces superiores a las de los blancos, que rara vez salían más allá de los muros de la prisión. Como resultado, «ni un solo arrendatario sobrevivió lo suficiente para cumplir una condena de diez años o más».²⁷ Las reclusas también estaban sometidas a constantes abusos sexuales por parte de los guardianes y otros presos. Se arrendaba a niños de tan solo ocho años porque los contribuyentes se negaban a gastar el dinero público en jóvenes negros a los que consideraban criminales incorregibles; en el estado de la magnolia, a finales del siglo XIX, uno de cada cuatro arrendatarios era adolescente o niño.²⁸ Los prisioneros arrendados eran salvajemente golpeados y torturados por delitos menores, y regularmente azotados, castigo que los capataces consideraban especialmente apropiado para los negros.

²⁵ La servidumbre penal por contrato, por la que el Estado vendía la fuerza de trabajo de los convictos a operadores, fue inventada por el estado de Nueva York en la década de 1820 y adoptada por casi todos los estados del Norte en la década siguiente: Rebecca McLennan, *The Crisis of Imprisonment: Protest, Politics, and the Making of The American Penal State, 1776-1941* (2008), capítulo 2.

²⁶ W. E. B. Du Bois, «The Spawn of Slavery: The Convict Lease System in the South» ([1901] 2005); Alex Lichtenstein, *Twice the Work of Free Labor: The Political Economy of Convict Labor in the New South* (1996); E. L. Ayers, *Vengeance and Justice...*, capítulo 6.

²⁷ David M. Oshinsky, *Worse than Slavery: Parchman Farm and the Ordeal of Jim Crow Justice* (1997), p. 46. Véase también el desglose por estados de Matthew J. Mancini, *One Dies, Get Another: Convict Leasing in the American South, 1866-1928* (1996).

²⁸ D. M. Oshinsky, *Worse than Slavery...*, p. 50.

La mortífera brutalidad del arrendamiento de convictos¹

Los convictos de Hamilton hacían trabajos que no gustaban a los trabajadores libres, en lugares [como minas y pantanos] a los que a veces estos últimos temían ir. Los empresarios los preferían a los asiáticos («demasiado frágiles»), los irlandeses («demasiado beligerantes») y los negros locales («demasiado lentos»). [...] Los hombres eran encadenados durante días en estanques de barro que les llegaban hasta las rodillas y la sed los llevaba a beber el agua en la que les obligaban a depositar sus excrementos. [...] Los prisioneros comían y dormían en el suelo, sin mantas ni colchones, y a menudo sin ropa. Se les castigaba por «cavar lento» (diez latigazos) y por ser «demasiado indolentes con el algodón» (cinco latigazos). Los que intentaban escapar eran azotados «hasta que la sangre les corría por las piernas»; a otros les clavaban una espuela de metal en los pies. Los presos caían de agotamiento, neumonía, malaria, congelación, tuberculosis, insolación, disentería, heridas de bala y «envenenamiento por cadenas» (por el roce constante de los hierros contra la carne desnuda). [...]

En muchas líneas ferroviarias, los presos eran transportados de una obra a otra en una jaula de hierro rodante, que también les servía de alojamiento. La jaula (de ocho pies de ancho, quince de largo y ocho de alto) podía albergar hasta veinte hombres. Era similar a «las que se utilizan para los animales de circo», escribió un funcionario de prisiones, salvo que «no ofrecía la intimidad que se concedería a un león, un tigre o un oso con su pudor».

Los presos eran golpeados por incumplir las normas, por retrasarse en el trabajo o, a veces, simplemente por el mero placer de los guardias. Durante la década de 1870, los granjeros de la zona se quejaban de que los gemidos y lamentos de los «presos por la noche [eran] a menudo tan desgarradores que les impedían dormir». Las autoridades del campo resolvieron el problema amordazando a los prisioneros para amortiguar sus gritos.

¹ David M. Oshinsky, *Worse than Slavery: Parchman Farm and the Ordeal of Jim Crow Justice* (1997), pp. 44-45, 61.

Además, en Georgia como en muchos otros estados, «la transición del confinamiento en prisión al arrendamiento de convictos coincidió con un cambio en la composición racial de la población reclusa» de blanca a negra, de modo que los afroamericanos fueron encarcelados en una proporción doce veces mayor que los blancos. El castigo mediante el arrendamiento de convictos por delitos contra la propiedad se desplegó de forma diferenciada en los condados, según la capacidad de los negros para alcanzar cierto grado de independencia socioeconómica mediante la adquisición de tierras o la emigración a las ciudades.²⁹ Lo que demuestra que esta política se utilizó de manera efectiva para mantener a los descendientes de esclavos en la posición social que les había sido asignada y para estabilizar la infraestructura económica del sistema de castas.

Desde sus comienzos en Misisipi en la década de 1860 hasta su extinción en Alabama a finales de la década de 1920, el arrendamiento de convictos generó considerables beneficios para los estados —Tennessee llegó a vender la orina de los convictos a las curtidurías locales y sus cadáveres no reclamados a la facultad de medicina de Nashville—, para las empresas que los utilizaban y para los agentes laborales que los subarrendaban, así como para los sheriffs que recibían un canon por cada negro que detenían por cargos menores o ficticios con el fin de condenarlos a trabajos forzados. Esta práctica formaba parte de un *espectro de trabajo forzado* que incluía la aparcería, el peonaje y el economato monopolístico de las plantaciones. También tenía como efecto «socavar la igualdad jurídica, reforzar los estereotipos raciales, estimular el desarrollo industrial, intimidar a los trabajadores libres y suscitar un claro desprecio por la ley».³⁰

Cuatro principios regían el funcionamiento de la supervisión y del castigo penal. El primero era el *entrelazamiento estructural* y el intercambio funcional de medios informales (consuetudinarios, cotidianos) y formales (jurídicos, burocráticos) de subordinación de los negros: la violencia de la «manada» y el imperio de ley, lejos de ser antitéticos,

²⁹ C. Muller, «Freedom and Convict Leasing in the Postbellum South...», p. 369.

³⁰ D. M. Oshinsky, *Worse than Slavery...*, p. 56. Se trata de una observación más general: en todo el Sur, mediante el uso arbitrario del castigo penal, «los blancos han destruido la fe de los negros en la ley». E. L. Ayers, *Vengeance and Justice...*, p. 234.

funcionaban en tándem. En segundo lugar, la aplicación del control de casta, incluido el uso de la fuerza, *se confiaba a cada sureño blanco mediante una delegación tácita* que los convertía en agentes *de facto* del Estado racial. «Los vigilantes estaban respaldados por la autoridad de los ciudadanos blancos para acusar, juzgar y castigar las transgresiones raciales al margen de los tribunales».³¹

En tercer lugar, la obstinación, la resistencia y el cuestionamiento de la subordinación negra se respondían con una *inmediata escalada* de fuerza legal y extralegal.³² «La violencia, el terror y la intimidación» eran omnipresentes y su confluencia creaba «una coerción psíquica que existía en casi todo el Sur. Un negro rara vez podía esperar la protección de la policía y los tribunales si un blanco lo atropellaba o si una “turba” quemaba su casa o le infligía daños corporales a él o a los miembros de su familia. Si se defendía de la violencia menor, podía esperar violencia mayor. Si se “portaba mal” una sola vez, podía esperar perder su trabajo o sufrir otros perjuicios económicos, así como insultos constantes y la pérdida de cualquier derecho legal del que pudiera haber disfrutado».³³

El cuarto eje de la justicia penal en el Sur de Jim Crow era *la indiferencia y la inacción ante la delincuencia entre los afroamericanos*. Los blancos consideraban a los negros como congénitamente impulsivos y violentos, y creían que «nadaban en el crimen como pez en el agua».³⁴ Daban poco valor a sus vidas o a su honor. Por eso los delitos cometidos entre negros eran habitualmente ignorados por las autoridades, incluidos los asaltos, la prostitución y la violación de mujeres negras, alimentando niveles desproporcionados de violencia en la comunidad afroamericana.

El orden de castas contaminaba profundamente la jerarquía de los delitos e influía decisivamente en las penas correspondientes, según el dicho: «Si un negro mata a un blanco, es homicidio. Si un blanco mata a un negro, es homicidio justificado. Si un negro mata a un negro, es un negro menos».³⁵ El fallo judicial y las sentencias dictadas contra los

³¹ Stephen A. Berrey, *The Jim Crow Routine: Everyday Performances of Race, Civil Rights, and Segregation in Mississippi* (2015), p. 104.

³² G. Myrdal, *An American Dilemma...*, pp. 485-486 y 489-490.

³³ *Ibidem*, p. 485.

³⁴ S. A. Berrey, *The Jim Crow Routine...*, p. 77.

³⁵ E. L. Ayers, *Vengeance and Justice...*, p. 231.

acusados negros también se modulaban en función de «de quién era el negro», es decir, del estatus y los intereses del plantador blanco al que estaban vinculados por relación de dependencia económica y lealtad social. Los plantadores intervenían con frecuencia en favor de sus aparceros o jornaleros, porque eran «reacios a entregar un par de brazos a la cárcel».³⁶ Pero la protección de un jefe blanco era siempre precaria y solo servía para reforzar la dependencia y la vulnerabilidad.

La exclusión política y la escisión judicial deben considerarse conjuntamente desde un punto de vista analítico, porque funcionaban juntas para asegurar la explotación económica y la marginación, con el fin de reforzar la separación social y facilitar la extracción de deferencia. También se reforzaban mutuamente: la privación del derecho de voto excluía a los negros del servicio de jurado (ya que tenían que estar inscritos en el censo electoral para ser incluidos en las listas de posibles jurados) y recortaba su participación en la financiación de las escuelas y otros servicios públicos. A la inversa, la exclusión judicial significaba que los negros no podían recurrir a los tribunales para hacer valer su derecho a voto y obtener protección frente a la violencia ordinaria de los blancos en las urnas.³⁷ El siguiente capítulo está dedicado al papel fundamental de la violencia en sus múltiples formas.

³⁶ N. R. McMillen, *Dark Journey...*, p. 205.

³⁷ De ahí la necesidad de estudiar de cerca la cultura y el funcionamiento de los tribunales de condado y estatales en el nuevo Sur, tribunales que han sido desatendidos debido al sesgo de la erudición jurídica a favor del Tribunal Supremo de Estados Unidos, como muestra el influyente libro de M. J. Klarman, *From Jim Crow to Civil Rights...* Una visión general de los tribunales inferiores y superiores de Misisipi en la década de 1940 puede encontrarse en A. Davis *et al.*, *Deep South...*, pp. 510-523.



Foto 7. Cinco hombres negros torturados con las manos atadas a la espalda, colgados de un cerezo silvestre en el condado de Sabine (Texas), 1908. Esta foto anónima fue utilizada como postal de colección con el fin de recordar el evento.

Capítulo 5

El fantasma de la «muerte blanca»

Como régimen de dominación, Jim Crow puede describirse como *extremo en tres dimensiones distintas pero acumulativas*. En primer lugar, impuso una *verticalidad radical* en todos los ámbitos institucionales y sometió todas las esferas de la vida social al principio de la «menor elegibilidad racial», sin dejar prácticamente ningún margen de maniobra ni la menor pizca de dignidad pública a la categoría subalterna, tratada como un conglomerado humano homogéneo y homogéneamente in-noble. En segundo lugar, Jim Crow negó a esta categoría la *autonomía institucional* que el gueto ofrecería a los negros del Sur que escaparon por medio de la emigración a las metrópolis fordistas del Norte industrial tras la Primera Guerra Mundial y, en segundo lugar, a las ciudades del Sur en lenta expansión tras la Segunda Guerra Mundial.¹

Esta falta de autonomía complicó y dificultó enormemente la adquisición de formas de capital económico, social, cultural y simbólico susceptibles de alimentar la movilización colectiva y la contestación cívica *abierta* del poder blanco necesaria para derrocarlo. No se trata de minimizar los esfuerzos realizados por los negros del Sur para crear y mantener organizaciones comunitarias, sino de subrayar la escasez y fragilidad de estas y su susceptibilidad a la brutal intrusión de los blancos.² Por último, no por ello menos importante, Jim Crow fue un

¹ Sobre el doble papel del gueto en la ciudad, vehículo de cierre étnico y denigración para los dominantes, pero también medio de solidaridad y dignidad para los dominados, véase Loïc Wacquant, *The Two Faces of the Ghetto* (2025), así como el resumen que figura a continuación [ed. cast: *Las dos caras de un gueto. Ensayos sobre marginalización y penalización*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010].

² William Henry Chafe *et al.* (eds.), *Remembering Jim Crow: African Americans Tell*

régimen de dominación extrema, con el uso generalizado de la violencia potencial y efectiva, como *medio de disuasión e imposición étnico-racial* a todos los niveles: infraestructura económica, estructura socio-simbólica y superestructura político-judicial.

La violencia desempeña un doble rol motor en cualquier régimen de subyugación racial: en la medida en que ejerce coacción e inflige daños físicos y materiales a los dominados, es *en sí misma* una forma de dominación; pero también es un instrumento desplegado para apoyar *otras* formas elementales de la dominación racial, la denigración, la discriminación, la segregación o el acantonamiento.³ En el caso del Sur posterior a la Guerra Civil, la violencia desempeñó un papel esencial en el refuerzo de los tres elementos constitutivos de Jim Crow: hizo posible la transmutación de la aparcería en peonaje por deudas y el arrendamiento en hipoteca sobre las cosechas (explotación); mantuvo la separación institucional y el aislamiento de los negros en el espacio social y físico y cebó la bomba de la deferencia (subordinación); impuso la privación de derechos políticos y judiciales (exclusión). Por último, y sobre todo, la violencia funcionó como un dispositivo de comunicación que proclamaba la supremacía blanca y recordaba constantemente la vulnerabilidad de los negros.

Esta violencia adoptó tres formas principales: intimidación y agresiones aleatorias y rutinarias en el curso de la vida cotidiana, cacerías y linchamientos, así como disturbios o pogromos, que convergían para ahogar las vidas negras en un miedo sofocante y mantener el trauma corrosivo de la agresión blanca anticipada, temida, evitada o sufrida.⁴

About Life in the Segregated South (2013); Leslie Brown, *Upbuilding Black Durham: Gender, Class, and Black Community Development in the Jim Crow South* (2008); Nan Elizabeth Woodruff, *American Congo: The African American Freedom Struggle in the Delta* (2009). Sobre la «feudalización de la vida negra» en el medio siglo que siguió a la abolición, véase Joel Williamson, *The Crucible of Race: Black-White Relations in the American South Since Emancipation* (1984), pp. 52-61.

³ Loïc Wacquant, *Racial Domination* (2024); «The Checkerboard of Ethnoracial Violence» (2023).

⁴ W. H. Chafe, *Remembering Jim Crow...*, capítulo 1, «Bitter Truths». Este es un tema central de *Trouble in Mind: Black Southerners in the Age of Jim Crow* (1998), de Leon Litwack, en concreto el capítulo 6. Ya lo habían destacado anteriormente John Dollard, *Caste and Class in a Southern Town* (1988 [1937]), capítulo 15, «White Caste Aggression»; Gunnar Myrdal, *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Demo-*

Porque cada amenaza y cada agresión reverberaban en el seno de la comunidad afroamericana, entrando en sus canales narrativos internos y sedimentándose en su memoria colectiva. Como dijo el novelista Richard Wright, nativo de Misisipi, en su autobiografía *Black Boy*, «las cosas que influyeron en mi conducta como negro no hacía falta que me ocurrieran a mí; me bastaba con oír hablar de ellas para sentir todos sus efectos en las capas más profundas de mi conciencia. De hecho, la brutalidad blanca que no había presenciado controlaba mi conducta con más eficacia que la que sí había experimentado». ⁵ La frecuencia, la diversidad y la imprevisibilidad de la violencia blanca la convertían en una herramienta de disuasión y disciplina racial especialmente eficaz. También era una forma *sui generis* de dominación, cargada de significado simbólico, como cuando los cadáveres negros eran despedazados, quemados, acribillados a balazos y profanados, y luego dejados suspendidos bajo los árboles en los cruces de caminos para penar su *abyección*.

En capítulos anteriores he mostrado cómo las amenazas individuales, las palizas, las detenciones policiales y los ataques de vigilantes y milicianos convergían a la hora de mantener a los arrendatarios bajo el dominio de los terratenientes rurales, imponer la bifurcación institucional, garantizar la división espacial y extraer la sumisión deferente de los negros reacios en los encuentros cotidianos. Las reglas de interacción racial se sustentaban conjuntamente en la costumbre, la ley y la fuerza, esta última considerada indispensable por los blancos que creían que la naturaleza animal de los negros era tal que solo respondían a la violencia. También era cuestión de obligación interna con la propia casta: «Si un negro maldice a un blanco, el blanco puede golpear al negro hasta tirarlo al suelo; y si no lo hace, esto puede considerarse un incumplimiento de su deber como blanco». También podía, más adelante, reunir una partida (*posse*) para ir a casa del negro en cuestión y castigarlo, por ejemplo, azotándole u obligándole a exiliarse en un

cracy (1962 [1944]), capítulo 27 y capítulo 4, «In Violence Veritas»; Neil R. McMillen, *Dark Journey: Black Mississippians in the Age of Jim Crow* (1990), «The Instrument in Reserve» pp. 28-32 y capítulo 7; y Stewart E. Tolnay y Elwood M. Beck, *A Festival of Violence: An Analysis of Southern Lynchings, 1882-1930* (1995). Véase también Margaret A. Burnham, *By Hands Now Known: Jim Crow's Legal Executioners* (2022).

⁵ Richard Wright en su autobiografía *Black Boy* (1947 [1945]), p. 130.

tren que saliera de la ciudad.⁶ Dollard da numerosos ejemplos de situaciones que demuestran que «la exigencia de sumisión y adulación» por parte de los blancos estaba «asegurada por la fuerza si no se concedía de buen grado».⁷ Las infracciones menores de la etiqueta de casta, como el hecho de no quitarse el sombrero en presencia de una persona blanca, se interpretaban como sintomáticas del deseo de los afroamericanos de reivindicar la igualdad de estatus y, por consiguiente, de competir en las esferas de la economía, el sexo y el prestigio, razón por la cual tenían que ser duramente reprimidas.

Los linchamientos están íntimamente asociados a Jim Crow tanto en el imaginario académico como en el público. Pero, como forma de «justicia comunitaria» que se apartaba de las formalidades legales de los procesos judiciales, no era exclusivo de esa región de Estados Unidos, ni estaba dirigido exclusivamente a los negros. Al contrario, se practicaba en todas las regiones del país, si bien se concentraba en su frontera del Lejano Oeste, y hasta la década de 1880 afectó principalmente a los blancos.⁸ Fue entonces cuando el linchamiento se «ennegreció» bruscamente, transformándose en un instrumento sureño de poder de casta, tanto material como simbólico, destinado a impedir que los antiguos esclavos hicieran valer sus derechos económicos, civiles y políticos.

De este modo, el 90 % de los linchamientos registrados entre 1882 y 1968 en el Sur profundo afectaron a víctimas afroamericanas, frente al 5 % en los estados montañosos del Oeste y California.⁹ Tolnay y Beck lo dejan claro en su obra maestra sobre el tema, *A Festival of Violence*: hasta la década de 1930, el linchamiento era «una parte implícita del contrato social que regía las interacciones entre negros y blancos» y «el espectro de la violencia en “jauría” continuó mucho después de la gran migración» de 1917-1932.¹⁰

⁶ Allison Davis *et al.*, *Deep South: A Social Anthropological Study of Caste and Class* (2008 [1941]), pp. 45-46.

⁷ J. Dollard, *Caste and Class...*, pp. 175 y 179.

⁸ Michael James Pfeifer, *Rough Justice: Lynching and American Society, 1874-1947* (2004).

⁹ Orlando Patterson, *Rituals of Blood: Consequences of Slavery in Two American Centuries* (1998), p. 176.

¹⁰ E. Tolnay y E. M. Beck, *A Festival of Violence...*, pp. 239-240.

Otro error común es creer que los linchamientos respondían principalmente a violaciones sexuales supuesta o realmente cometidas por hombres negros. En realidad, una buena cuarta parte de los 4.715 linchamientos registrados entre 1881 y 1946 respondieron a infracciones de la etiqueta racial (a veces tan leves como insultar a un hombre blanco), la misma proporción que por violación e intento de violación.¹¹ El sentimiento colectivo entre los blancos de que la víctima se había vuelto «uppity» (arrogante, pretenciosa) o insolente bastaba para desencadenar una sentencia de muerte con el menor pretexto. Y los blancos sabían que podían castigar impunemente: durante el periodo 1915-1932, «de las decenas de miles de participantes y de espectadores en linchamientos, estos últimos en absoluto inocentes, solo 49 fueron inculpados y cuatro condenados».¹²

Strange Fruit

Fruta extraña

Southern trees bear strange fruits
Los árboles del Sur dan un fruto extraño
 Blood on the leaves and blood on the root
Sangre en sus hojas y sangre en sus raíces
 Black bodies swinging in the southern breeze
Cuerpos negros que se balancean en la brisa sureña
 Strange fruit hanging from the poplar trees
Una extraña fruta colgando de los álamos

Pastoral scene of the gallant South
Una escena pastoral del valiente Sur
 The bulging eyes and the twisted mouth
Los ojos saltones y la boca torcida
 Scent of magnolia sweet and fresh
Aroma de magnolia dulce y fresco

¹¹ Jennifer Lynn Ritterhouse, *Growing Up Jim Crow: How Black and White Southern Children Learned Race* (2006), p. 36. Para un análisis sutil de la relación entre la etiqueta de casta y los linchamientos, véase William J. Harris, «Etiquette, Lynching, and Racial Boundaries in Southern History: A Mississippi Example» (1995).

¹² Arthur F. Raper, *The Tragedy of Lynching* (2017 [1933]), p. 26.

Then the sudden smell of burning flesh
Y el repentino olor de la carne quemándose

Here is a fruit for the crows to pluck
He aquí una fruta para que la arranquen los cuervos
 For the rain to gather, for the wind to suck
Que la lluvia recoja, que el viento aspire,
 For the sun to rot, for the trees to drop
Para que el sol la pudra, para que los árboles la dejen caer
 Here is a strange and bitter crop
¡He aquí una cosecha extraña y amarga!

«Strange fruit» fue compuesta en 1939 por Abel Meeropol (bajo el seudónimo Lewis Allan) e interpretada por Billie Holiday, a la que siguió una larga estirpe de famosos artistas afroamericanos y extranjeros.

Meeropol (1903-1986) era un poeta y cantautor judío neoyorquino, activista y miembro del Partido Comunista que adoptó a los hijos de Julius y Ethel Rosenberg tras su ejecución en 1953. Cuando Meeropol compone su canción, el linchamiento es retratado por el mundo del arte como el máximo símbolo del racismo sureño; la NAACP y el Partido Comunista organizan exposiciones sobre este tema para instar al Congreso a promulgar una ley federal contra el linchamiento.¹

Los políticos del Sur se levantaron en armas contra cualquier legislación nacional que invadiera la «soberanía» penal de sus respectivos estados, protegiendo de hecho a las bandas de linchadores, así como a los policías, fiscales y jueces que les daban rienda suelta. Utilizaron todos los trucos parlamentarios disponibles para bloquear el Congreso, alegando que una ley así «abriría las puertas del infierno en el Sur», alentando a los criminales negros (y, entre ellos, a los violadores empedernidos) y que la causa de la caída de todas las grandes civilizaciones era el «mestizaje racial».² Hará falta más de un siglo de

¹ Marlene Park, *Lynching and Antilynching: Art and Politics in the 1930s* (1993); Koritha Mitchell, *Living with Lynching: African American Lynching Plays, Performance, and Citizenship, 1890-1930* (2011).

² George C. Rable, «The South and the Politics of Antilynching Legislation, 1920-1940» (1985), pp. 214-215.

movilizaciones para que el Congreso vote finalmente, por su valor simbólico, una ley federal contra el linchamiento, rubricada por el presidente Joe Biden en marzo de 2022. Mientras tanto, en 1999, *Time Magazine* eligió a «Strange Fruit», canción del siglo.

De todos modos, los *linchamientos consumados* fueron solo la punta del enorme iceberg de *los intentos y amenazas de linchamiento* —el sociólogo Arthur Raper, especialista de la economía de la aparcería, calcula que supusieron un tercio de todos los intentos de linchamiento en la década de 1920—. A estos habría que sumar un número aún mayor de ejecuciones y sentencias penales muy severas, dictadas precipitadamente por los tribunales, aparentemente para evitar linchamientos, además de «fusilamientos semioficiales». ¹³ Miles de negros fueron linchados (al menos 3.446 entre 1890 y 1968, según el recuento del Instituto Tuskegee), pero miles más «fueron asesinados silenciosamente en condados aislados, y sus cuerpos arrojados a ríos y arroyos» sin más consecuencia, judicial o de otro tipo, que la desesperación de los familiares de la víctima. ¹⁴ Miles de personas más fueron sometidas a diversas formas de violencia que no llegaron a la muerte, como palizas, el embadurnamiento con alquitrán o incluso latigazos.

Dollard relata el calvario de un hombre negro de una zona rural de Misisipi, muy conocido en la localidad por su tic facial, que fue acusado por error de guiñarle un ojo a una mujer blanca (que era muy consciente de su tic). El marido de la mujer condujo a una «turba» a la prisión donde la policía local había encerrado al acusado para su propia protección. Se celebró un simulacro de juicio en la calle, en el que «se dio a elegir al negro entre la muerte por linchamiento, una larga pena de prisión o una flagelación» de 150 latigazos. El acusado eligió la tercera opción, e inmediatamente fue llevado a las afueras de la

¹³ A. F. Raper, *The Tragedy of Lynching...*, pp. 15-32. Gail Williams O'Brien, *The Color of the Law: Race, Violence, and Justice in the Post-World War II South* (1999), presenta un estudio de caso detallado de un linchamiento que se logró evitar, desembocó en un pogromo dirigido por blancos y dio lugar a un posterior contraataque negro en Columbia, Tennessee, en 1946.

¹⁴ Leon F. Litwack, «Jim Crow Blues» (2004), p. 11.

ciudad, atado de pies y manos, y azotado salvajemente. Un «amigo del tribunal», a saber, el patrón blanco de la víctima negra intervino para asegurarse de que no fuera *asesinado después* de haber sido debidamente castigado. Después, el ajusticiado huyó a la ciudad vecina ya que era demasiado peligroso para él permanecer en una ciudad donde podían lincharle en cualquier momento. Este episodio combina una falsa acusación, una amenaza de muerte por linchamiento, una terrible flagelación seguida de un exilio forzoso, pero no aparece en ninguna parte en la contabilidad formal de la violencia de Jim Crow.¹⁵

Aún más comunes que los linchamientos eran las «cacerías de negros» (*nigger hunts*), en las que docenas o incluso cientos de blancos fuertemente armados y a menudo muy alcoholizados, dirigidos por sabuesos, atravesaban el campo persiguiendo a un negro sospechoso o acusado de haber cometido un delito. Las persecuciones, que podían durar un día y una noche o más, merecen un apartado propio en el capítulo dedicado a la violencia etnoracial porque solían degenerar en «violencia indiscriminada contra negros inocentes que se interponían en el camino de las *poses*». Estas recurrían a la intimidación, y a menudo a la tortura, para obligar a los negros a revelar el paradero de los sospechosos en fuga o su ruta de escape. «Disparaban a hombres negros inocentes con el más endeble de los pretextos», dejando un rastro de desolación, miedo y desesperación a su paso.¹⁶ La caza al hombre también encarna el sesgo racial integrado en la aplicación de la ley, ya que se basa «en la hipótesis de derechos ilimitados para los hombres blancos y ausencia de cualquier derecho para el hombre negro inculminado. Por el mero hecho de ser acusado de un delito, este último —así piensan los cazadores de hombres— ha perdido todo anclaje en la sociedad».¹⁷

Las *poses* que llevaban a cabo las cacerías gozaban del apoyo popular e incluso del respaldo de las autoridades locales, ya que actuaban con

¹⁵ John Dollard, *Caste and Class in a Southern Town* (1988 [1937]), pp. 336-339.

¹⁶ William Fitzhugh Brundage, *Lynching in the New South: Georgia and Virginia, 1880-1930* (1993), p. 35.

¹⁷ A. F. Raper, *The Tragedy of Lynching...*, p. 9. Un llamativo estudio de caso que muestra cómo las cacerías de hombres y las amenazas de linchamiento operaban en simbiosis con las formalidades de los tribunales que convertían el proceso judicial en una burla es Melanie S. Morrison, *Murder on Shades Mountain: The Legal Lynching of Willie Peterson and the Struggle for Justice in Jim Crow Birmingham* (2018).

contundencia no solo para proteger a los ciudadanos que respetaban la ley contra la delincuencia, real o imaginaria, sino también para hacer cumplir las normas raciales de conducta y subordinación. Actuaban *de facto* como auxiliares del Estado racial del Sur. Estos episodios sembraban el pánico en la comunidad negra, ya que las represalias se dirigían por lo general no solo contra el negro «culpable» de una transgresión social, si no también, caso de que este consiguiera escapar, contra su familia, violando a su mujer, disparando a sus hijos como si fueran conejos, saqueando e incendiando su granja, así como a sus vecinos. Si la caza no tenía éxito, los blancos implicados podían reclutar después a un «*bad nigger*» local para que asesinara al delincuente por un puñado de dólares.

Relacionadas en forma con la caza del hombre, las actividades selectivas de los vigilantes y otras milicias blancas proliferaron en el Sur tras la Guerra Civil. El más famoso y mejor organizado de estos grupos era el Ku Klux Klan, siendo los otros dos la White League y los Knights of the White Camelia.¹⁸ En su primera encarnación, en la década de posguerra, el KKK pretendía combatir los «males» de la Reconstrucción y lo que denunciaba como la «africanización» de la sociedad sureña mediante la «bastardización» de su población.¹⁹ Sus miembros se veían a sí mismos como agentes de la ley y el orden encargados de frenar la creciente ola de delincuencia negra, aplicar los Códigos Negros y reprimir la participación política de los afroamericanos y los republicanos (el partido responsable de la Emancipación). La organización secreta fue obligada a disolverse por el gobierno federal en 1871.

El segundo Klan, lanzado inicialmente como una aventura empresarial en 1915 y cuyas células se extendieron por todo el país hasta 1926, tenía como credo fundacional el «cien por cien de americanismo», que implicaba reconquistar el «país del hombre blanco», asentar

¹⁸ La White League fue una organización paramilitar activa durante la década de 1870, impulsada por la amargura de la derrota militar del Sur y dedicada a mantener a los antiguos esclavos en «su sitio» mediante la violencia y a reprimir a los políticos republicanos partidarios del sufragio negro. Los Knights of the White Camelia eran una milicia secreta fundada tras la Guerra Civil estadounidense en Nueva Orleans, reclutaba a la alta burguesía de la ciudad con el objetivo de impedir la «amalgama de las razas» mediante el terror.

¹⁹ Véase Elaine Frantz Parsons, *Ku-Klux: The Birth of the Klan during Reconstruction* (2015).

el protestantismo y restaurar un rígido patriarcado.²⁰ Cabalgando y desfilando en bandas armadas ataviadas con túnicas y capirotos blancos y plantando sus características cruces en llamas (vestimenta y ritual inspirados en la película prosureña y negrófoba de D. W. Griffith, *El nacimiento de una nación*), los miembros del segundo KKK tenían como objetivo de sus amenazas y agresiones no solo a los afroamericanos, sino también a los judíos, los católicos, los inmigrantes y las mujeres que se desviaban de las normas de género establecidas.

En el Sur, se veían a sí mismos como combatientes de primera línea de una guerra racial que libraban mediante la intimidación, la agresión, el robo, los latigazos, los tiroteos, el secuestro, la violación, la tortura, el asesinato y el saqueo e incendio de granjas propiedad de negros, ganándose así su lugar de honor en el panteón del terrorismo doméstico estadounidense.²¹ Para los miembros del «Imperio Invisible», alimentados por agravios étnicos, los afroamericanos eran congénitamente incapaces de alcanzar el estatus de auténticos americanos y tenían por lo tanto que ser mantenidos por la fuerza en su lugar inferior en el orden de castas.²²

La violencia racial en el Sur de Jim Crow también podía intensificarse hasta tomar la forma colectiva del motín o, más exactamente, del *pogromo de blancos contra negros*, recalibrando los parámetros del comportamiento afroamericano tolerable al dirigirse contra el grupo como tal.²³ De este modo, a principios del siglo XX el régimen de Jim Crow se vio reforzado por una serie de pogromos que sacudieron los distritos afroamericanos en vías de consolidación de Wilmington (Carolina del Norte) en 1898, Nueva Orleans (Luisiana) en 1900, Atlanta (Georgia) en 1906, East St. Louis (Illinois) en 1917, Charleston (Carolina del

²⁰ Véase Thomas R. Pegram, *One Hundred Percent American: The Rebirth and Decline of the Ku Klux Klan in the 1920s* (2011); Nancy MacLean, *Behind the Mask of Chivalry: The Making of the Second Ku Klux Klan* (1994).

²¹ Véase R. Blakesly Gilpin, «American Racial Terrorism from Brown to Booth to Birmingham» (2015).

²² Véase Linda Gordon, *The Second Coming of the KKK: The Ku Klux Klan of the 1920s and the American Political Tradition* (2017).

²³ Un pogromo (palabra yiddish derivada del ruso *pogromu*, que significa destrucción) es un ataque colectivo organizado por un grupo étnico contra otro por ser tal, provocando la muerte y la devastación de este último. L. Wacquant, «Checkerboard of Ethnoracial Violence...», pp. 84-86.

Sur), Knoxville (Tennessee) y Elaine (Arkansas) en 1919 y Ocoee (Florida) en 1920, así como en muchas ciudades más pequeñas del interior del Sur. Estos ataques pretendían reprimir la «aparente ociosidad, la criminalidad, la superioridad física y la hipersexualidad» de los hombres negros, así como su deseo de votar, de progresar económicamente y de hacer retroceder las fronteras de la dominación blanca, un deseo que se había visto alimentado por su participación en la Primera Guerra Mundial. Los disturbios raciales demostraron «la capacidad [de los blancos] de castigar a los negros casi a voluntad, en cualquier lugar y con la severidad que considerasen oportuna»²⁴ si estos últimos se atrevían a desafiar su posición social y simbólica como perpetuos *humillioses*.

El más destructivo de estos ataques colectivos fue el pogromo de 1921 dirigido contra el distrito de Greenwood en Tulsa (Oklahoma), conocido como «Black Wall Street». El balance fue asombroso: en menos de veinticuatro horas, varios centenares de residentes negros fueron asesinados (la cifra exacta sigue siendo desconocida y discutida hoy en día) y más de un millar resultaron heridos. El ataque redujo a cenizas 35 manzanas de prósperos edificios, destruyendo unas 1.300 viviendas y arrasando decenas de negocios.²⁵ El detonante de esta «guerra racial» fue el intento de linchamiento de un repartidor negro adolescente acusado de abusos sexuales contra una ascensorista blanca, intento que fue respondido por residentes negros armados. Hordas de blancos respondieron con una ola de violencia, ayudados y armados por la policía local y la guardia nacional. Las autoridades municipales incitaron activamente el asesinato, el pillaje y los incendios provocados, delegando en cientos de ciudadanos blancos como auxiliares de policía, a los que

²⁴ Joel Williamson, *A Rage for Order: Black-White Relations in the American South since Emancipation* (1986), p. 148.

²⁵ Aunque este estallido de violencia étnica, también conocido como la «guerra racial de Tulsa» y la «masacre de Black Wall Street», haya sido investigado minuciosamente, en concreto por la Oklahoma Commission to Study the Tulsa Race Riot de 1921, apadrinada por el parlamento del estado en 2001, numerosos hechos básicos sobre este tema siguen siendo inciertos o controvertidos. Por ejemplo, el número de muertes confirmadas es de 39, pero el número total estimado de muertos oscila entre 75 y 300. Véase Alfred L. Brophy, *Reconstructing the Dreamland: The Tulsa Riot of 1921, Race, Reparations, and Reconciliation* (2003) y, a modo de comparación, Lee E. Williams, *Anatomy of Four Race Riots: Racial Conflict in Knoxville, Elaine (Arkansas), Tulsa, and Chicago, 1919-1921* (2008).

habían distribuido placas, armas y munición, y deteniendo después a unos 6.000 residentes negros.

El incidente que desencadenó esta masacre racial fue una cuestión de etiqueta sexual entre blancos y negros. Pero las fuerzas estructurales que lo propulsaron incluían el deseo de las compañías industriales y ferroviarias de la ciudad de apoderarse de las valiosas parcelas de tierra ocupadas por los residentes de Greenwood, el resentimiento de los blancos por la fuerza económica de los negros de Tulsa y el deseo de poner a los orgullosos y prósperos afroamericanos en un lugar de dócil sumisión.²⁶ *La revuelta como castigo* colectivo infligió una destrucción material y daños físicos a una escala sin precedentes en todo el país. También transmitió un mensaje fuerte y urgente: por mucho éxito económico y social que tuvieran, los negros seguirían siendo una casta inferior cuyos derechos y prerrogativas estaban condicionados y podían ser recortados en cualquier momento, o incluso abolidos en un instante.

Pero la forma más distintiva de violencia bajo Jim Crow fue el florecimiento del *linchamiento con tortura pública* como espectáculo cívico y sacrificio racial diseñado para afirmar el poder unificador de la blanquitud y proyectar la desposesión de los cuerpos negros que no eran dóciles.²⁷ Por supuesto, estos linchamientos «racialmente festivos» —si se nos permite la escandalosa expresión—, que implicaban la tortura *antemortem* y la profanación *postmortem*, ante una multitud entusiasmada, representaron una minoría de algo menos del diez por ciento de todos los linchamientos registrados.²⁸ Pero su impacto material y simbólico era desproporcionado con respecto a su frecuencia, por el mensaje de absoluto poder etnoracial que transmitían, la sensación de horror que despertaban y la publicidad que recibían a través de la tradición oral,

²⁶ Véase Chris M. Messer, «The Tulsa Race Riot of 1921: Toward an Integrative Theory of Collective Violence» (2011).

²⁷ Véase David Garland, «Penal Excess and Surplus Meaning: Public Torture Lynchings in Twentieth-Century America» (2005).

²⁸ Basándose en un estudio de 3.767 linchamientos, Beck y Stewart descubrieron que el 7,7 % de las víctimas habían sido torturadas físicamente antes de su muerte y el 8,2 % habían sufrido la profanación de sus cuerpos: Elmore M. Beck y Stewart E. Tolnay, «Torture and Desecration in the American, an Exclamation Point on White Supremacy, 1877-1950» (2019). Beck estima el número total de estas torturas en más de 500 (cifra citada por D. Garland, «Penal Excess and Surplus Meaning...», p. 802).

así como su elaboración en la cultura comercial blanca en forma de artículos periodísticos, fotografías, recuerdos materiales y postales especialmente impresas para la ocasión.²⁹ Además, la escenificación de simulacros de «juicios populares» que desembocaban en asesinatos de casta ritualizados, transformados en pivotes de una *efervescencia racial colectiva* que afirmaba la supremacía blanca, era específica del Sur y de las formas regionales más extremas de dominación de Jim Crow.³⁰ Estas escenificaciones de la «justicia comunitaria» basadas en simbolismos recurrentes y emociones compartidas, seguían una fórmula escenificada con precisión.³¹

El acusado negro era o bien capturado o bien sacado a rastras de la cárcel o del tribunal (a menudo con la complicidad del sheriff local), identificado sumariamente y maltratado por sus supuestas víctimas blancas, obligado a confesar en una especie de simulacro de juicio, y trasladado con bombo y platillo a un lugar elegido por su significado religioso y político: un cementerio, un roble cerca del centro de la ciudad, un puente o un cruce de caminos, todos ellos símbolos de transición. A veces, el método de ejecución, en la hoguera, por fusilamiento, destripamiento, ahogamiento, estrangulamiento o ahorcamiento se sometía al voto de la «manada», que se había ido calentando con la idea del espectáculo que se avecinaba. A veces se erigía una plataforma elevada para que la multitud pudiera seguir mejor la representación.

El asesinato ceremonial se programaba con varios días de antelación para permitir la publicidad en los periódicos y el flete de trenes de

²⁹ Una muestra edificante puede encontrarse en James Allen, *Without Sanctuary: Lynching Photography in America* (2001).

³⁰ Brundage demuestra que la tortura y las mutilaciones (pero no los agujeros de bala) estaban reservadas a las víctimas negras de los linchamientos. W. F. Brundage, *Lynching in the New South...*, p. 92.

³¹ Este relato se basa en el detallado análisis que Orlando Patterson hace de «Feast of Blood» en su libro *Rituals of Blood...*, y en J. Williamson, *A Rage for Order...*, pp. 120-126; W. F. Brundage, *Lynching in the New South...*; Stewart E. Tolnay y Elmore M. Beck, *A Festival of Violence: An Analysis of Southern Lynchings, 1882-1930* (1995); Philip Dray, *At the Hands of Persons Unknown: The Lynching of Black America* (2007); Grace Elizabeth Hale, *Making Whiteness: The Culture of Segregation in the South, 1890-1940* (2010), capítulo 5 («Deadly Amusements»); Amy Louise Wood, *Lynching and Spectacle: Witnessing Racial Violence in America, 1890-1940* (2011); y Terry Anne Scott, *Lynching and Leisure: Race and the Transformation of Mob Violence in Texas* (2022). Para pruebas visuales, véase Dora Appel y Shawn Michelle Smith, *Lynching Photographs* (2007).

excursión repletos de viajeros entusiastas; las empresas daban tiempo libre a sus empleados para asistir a los festejos; las escuelas ajustaban sus horarios; los blancos que viajaban largas distancias en coche atascaban las carreteras que conducían al lugar anunciado para la ejecución. Las multitudes se contaban por miles. El día en cuestión, los espectadores, que representaban un amplio abanico de la población blanca local, incluidas familias con niños engalanados felices de ir de picnic, presenciaban durante horas las sádicas mutilaciones (que incluían despellejar, cortar, rociar con keroseno, marcar con un hierro candente, arrancar las orejas, extirpaciones, desmembramientos, destripamiento, castraciones e incluso hacerles comer sus genitales), la quema lenta y la muerte final por ahorcamiento, cornadas o fusilamiento del «*bad niggah*» [negro malo].

Cuando moría, los curiosos más envalentonados se lanzaban en una frenética carrera para hacerse con preciados recuerdos, como trozos del cuerpo sacrificado (un dedo de la mano o del pie, dientes, huesos aplastados, un trozo de hígado o de corazón asado), o un trozo de cuerda o de rama, para sí mismos o para regalar a sus seres queridos. Otros ansiaban ser fotografiados frente a la hoguera o la horca para aparecer en postales producidas *in situ* en imprentas portátiles. El cuerpo despojado, mutilado, despellejado y quemado de la víctima se izaba luego a un árbol o a un poste de electricidad y se dejaba colgar del extremo de una cuerda durante semanas, como un sangriento anuncio visual del temible poder de la justicia racial, mientras los periódicos locales evocaban elocuentemente el ambiente carnavalesco de estas «barbaças de negros».

La imaginación de la violencia racial bajo Jim Crow no tenía límites. A menudo se combinaban los métodos de asesinato, quemando viva a la misma víctima negra en una pequeña hoguera, luego ahorcándola y finalmente atravesando su cuerpo con cientos de balas de revólver y rifle; o primero ahorcándola, luego mutilándola y finalmente prendiéndole fuego. El linchamiento también podía consistir en colgar a varias víctimas juntas del mismo árbol, ceremonia conocida como «*necktie party*» (fiesta de la corbata).³² La persecución racial daba lugar a escenas de violencia mortal propiamente grotescas: por ejemplo, durante

³² Susan Jean, «“Warranted” Lynchings: Narratives of Mob Violence in White Southern Newspapers, 1880-1940» (2005).

la ejecución de un hombre negro capturado y castigado por disparar a un hombre blanco en 1911, que fue transportado a la ópera de Livermore, Kentucky, y luego atado en el escenario para que un centenar de «justicieros» pudieran apuntarle con sus armas y acribillar su cuerpo con plomo. Para participar en esta gala mortal, había que comprar una entrada, con un precio para la platea que permitía vaciar el cargador y otro para el palco que daba derecho a disparar una sola bala.³³

En su celeberrima reconstrucción de la ejecución del regicida Damians en la plaza de Grève en 1757, Michel Foucault señala que «la tortura forma parte de un ritual»: «es un elemento de la liturgia punitiva» que pretende, en lo que respecta a su objetivo, «hacer infame a la víctima». Y añade: «Del lado de la justicia que la impone, la tortura debe ser deslumbrante, debe ser presenciada por todos, como su triunfo. El exceso mismo de la violencia empleada es uno de los elementos de su gloria: si el culpable gime y llora bajo los golpes, no se trata de un apartado vergonzoso, es el toque ceremonial propio de la justicia manifestándose en su plenitud».³⁴ Pero el linchamiento con tortura pública de la época de Jim Crow tiene dos características específicas vinculadas a su función racial.

La primera particularidad, en el esquema de Foucault, es que el criminal, aunque transmutado en un ser infame, sigue existiendo en la comunidad humana como término comparativo del miembro honrado o del poder soberano; por eso la multitud que presencia la tortura puede asumir su papel y su causa.³⁵ La tortura de casta bajo Jim Crow iba más allá: producía y afirmaba el *estatus infrahumano de la víctima negra*, cuyo cuerpo destrozado era reducido al nivel de mera

³³ Dray, *At the Hands of Persons Unknown...*, pp. 177-178. Las repercusiones de este sombrío episodio de la historia de la violencia racial llegaron hasta Francia, donde *Le Petit Journal* (diario parisino aficionado a las noticias extraordinarias) dedicó la portada de su suplemento ilustrado del 7 de mayo de 1911 a esta escena de linchamiento: «Un negro fusilado en el escenario de un teatro».

³⁴ Michel Foucault, *Surveiller et punir. Naissance de la prison* (1975), p. 38 [ed. cast.: *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI, 2025].

³⁵ «El pueblo, atraído por un espectáculo destinado a aterrorizarlo, puede precipitar su rechazo del poder punitivo, y a veces su revuelta» (Foucault, *Surveiller et punir*, p. 63). Esta es la razón por la que el castigo penal desaparece de la escena pública y «se esconde» en la cárcel.

carne animal, desollado, masacrado, cocinado y colgado.³⁶ La segunda distinción, vinculada con la primera, era que el público directo de un linchamiento con tortura pública no era la población negra de la que se extraía la víctima, sino el «pueblo blanco» reunido y unificado para afirmar el carácter absoluto de su poder. Básicamente, eran los blancos los que *hacían espectáculo de sí mismos en su omnipotencia racial* a través de la víctima.

En efecto, estos festivales de la rabia de casta eran acontecimientos comunitarios que enorgullecían a los campesinos blancos y pobres, de clases inferiores («*peckerwoods*») pero a los que asistían los blancos notables de los pueblos («*white quality*»). Durante mucho tiempo contaron con el apoyo tácito de las iglesias, con el aliento abierto de la policía y la inmunidad concedida por las autoridades. De hecho, sheriffs, jueces y policías locales aparecían regularmente en fotografías de linchamientos, que a principios del siglo XX se popularizaron como postales y cromos para conmemorar el acontecimiento.³⁷ Ciertamente, nadie se habría atrevido a testificar contra los participantes en los linchamientos. Los forenses tenían una frase hecha para encajar estos asesinatos en el curso histórico de la normalidad racial en el Sur: la víctima había muerto «a manos de personas no identificadas».³⁸

Pero estas ejecuciones ritualizadas y convertidas en espectáculo no solo eran espantosas advertencias dirigidas a los «*uppity niggers*» [negros arrogantes] y a los «*nigger lovers*» [amantes de los negros], sino también a aquellos blancos sospechosos de simpatizar con la casta inferior, que más tarde oírían hablar de ellas como parte de una narrativa social y comercial reiterada sin cesar. Según Orlando Patterson, se trataba de «rituales sacrificiales de aversión» inspirados en la religión cristiana y realizados en el altar de la religión civil de la raza, que purificaban y santificaban el cuerpo colectivo de la blanquitud expulsando los cuerpos

³⁶ Según el antropólogo Nick Fiddes, la carne simboliza el dominio de la naturaleza por los humanos, en este caso, el dominio de los negros por los blancos. Nick Fiddes, *Meat: a Natural Symbol* (2004).

³⁷ L. F. Litwack, *Trouble in Mind...*, p. 296, y J. Allen, *Without Sanctuary...* Estas fotos, no aptas para almas sensibles, pueden verse en el sitio web: <http://withoutsanctuary.org>.

³⁸ P. Dray, *At the Hands of Persons Unknown...* Esta es la fórmula genérica invocada en linchamientos ordinarios y otros asesinatos en masa de personas negras, por ejemplo al final de las cacerías humanas.

contaminados de los individuos negros que habían rechazado el lugar que se les había asignado como inferiores deferentes.³⁹

A fin de cuentas, el edificio de Jim Crow, con su núcleo de segregación social sistemática, regido por el principio de negación de la igualdad (subordinación), asentado sobre una infraestructura económica basada en la aparcería por deudas (explotación) y estabilizado por una superestructura de privación de derechos políticos y judiciales (exclusión), debía su solidez a la intimidación física constante, así como a los estupefacientes estallidos de violencia contra quienes no se ajustaban escrupulosamente a sus dictados. John Dollard resume de este modo el efecto de esta violencia difusa: «Todo negro en el Sur sabe que está bajo una especie de sentencia de muerte; no sabe cuándo le llegará su turno, pero puede llegar en cualquier momento. Esto tiende a intimidar al negro y empujarle a la sumisión».⁴⁰ Para los afroamericanos, cada encuentro con los blancos del Sur en aquella época estaba cargado de la posibilidad de represión pública y de una agresión no provocada; cada contexto y situación estaba teñido no solo de un desprecio manifiesto, sino también de la amenaza de un ataque atroz, o algo peor, si se desviaban de las expectativas y exigencias blancas de una muestra de servilismo.⁴¹

Algo tan trivial como cruzar la frontera que marcaba *la terra prohibita* del espacio blanco en un establecimiento comercial podía desencadenar una severa reacción judicial, incluso el asesinato: «Si un hombre negro entrara en un restaurante blanco de nuestra ciudad, se sentara a la mesa y pidiera algo de comer, nuestros conciudadanos querrían lincharlo, o sería detenido y multado severamente».⁴² Esta declaración aprobatoria del redactor jefe de un diario de Florida en 1910 resume la armoniosa fusión de la violencia legal e ilegal en la implantación del orden racial sureño. También muestra cómo la ley de Jim Crow delegaba en cada ciudadano blanco el derecho efectivo a desplegar la

³⁹ O. Patterson, *Rituals of Blood...*, p. 218.

⁴⁰ J. Dollard, *Caste and Class...*, p. 359.

⁴¹ Para las mujeres negras, el espectro de las agresiones sexuales por parte de los blancos (y también de los negros) era incluso más amplio que el de los linchamientos de hombres, como señala Danielle McGuire, *At the Dark End of the Street: Black Women, Rape, and Resistance* (2010).

⁴² J. L. Ritterhouse, *Growing Up Jim Crow...*, p. 43.

violencia como mejor le pareciera al servicio del mantenimiento del orden de castas.

Prueba de que nunca adquirió legitimidad a ojos de los que eran sometidos, ningún otro régimen segregacionista de la historia moderna en tiempos de paz —ni Sudáfrica hacia los bantúes desde el nacimiento de la República en 1910 hasta el fin del apartheid en 1991; ni la Alemania nazi desde las primeras leyes antijudías en 1933 hasta el inicio de la guerra de conquista en 1939; ni la India desde la independencia hasta nuestros días con respecto a los dalits; ni el Japón de Tokugawa desde 1603 hasta 1867 con respecto a su subcasta de los burakumin— se basó tanto en la cruda coerción física y en la brutalidad asesina como el régimen de Jim Crow en el Sur de Estados Unidos.⁴³

El despojo forzoso, la intimidación constante, el destierro repentino, las agresiones y asesinatos aleatorios por parte de individuos y milicias que actuaban con impunidad, el uso ilegal de la fuerza legal, la tortura pública, los linchamientos y pogromos: los blancos estaban decididos a mantener a sus «*darkies*» sometidos por todos los medios necesarios y a obtener su asentimiento, incluso su consentimiento, a la supremacía blanca. No es de extrañar que tantos afroamericanos encontraran la vida libre en el Nuevo Sur «todavía peor» (*worser*) de lo que había sido bajo la esclavitud.⁴⁴

⁴³ Se puede encontrar material para una comparación razonada en George M. Fredrickson, *White Supremacy: A Comparative Study of American and South African History* (1981); John W. Cell, *The Highest Stage of White Supremacy: The Origins of Segregation in South Africa and the American South* (1982); John Higginson, *Collective Violence and the Agrarian Origins of South African Apartheid, 1900-1948* (2014); Michael Burleigh y Wolfgang Wipperman, *The Racial State: Germany 1933-1945* (1991); Emanuel Marx, *State Violence in Nazi Germany: From Kristallnacht to Barbarossa* (2019); Ajay Verghese, *The Colonial Origins of Ethnic Violence in India* (2016); Ornit Shani, *Communalism, Caste and Hindu Nationalism: The Violence in Gujarat* (2007); Milkiso Hane, *Peasants, Rebels, Women, and Outcasts: The Underside of Modern Japan* (1982); Jean-François Sabouret, *L'Autre Japon, les Burakumin* (1983); Timothy D. Amos, *Embodying Difference: The Making of Burakumin in Modern Japan* (2011).

⁴⁴ L. F. Litwack, *Trouble in Mind...*, p. 49; N. R. McMillen, *Dark Journey...*, pp. 124-125.

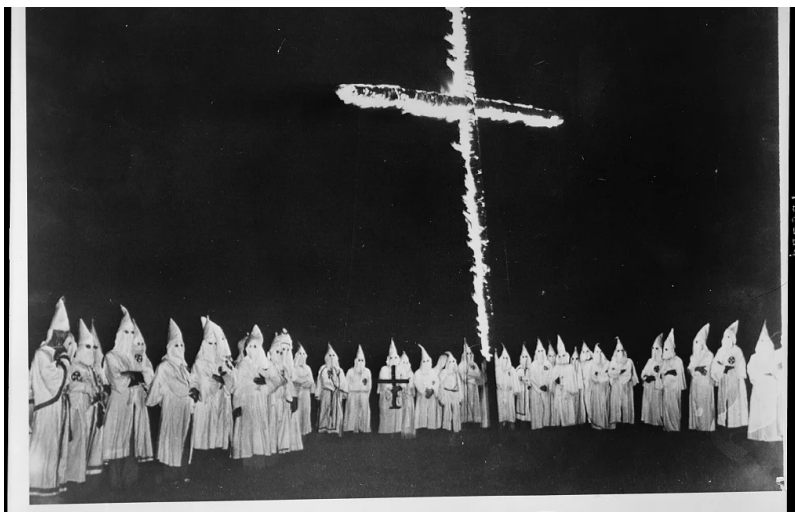


Foto 8. Celebración del Ku Klux Klan en Knoxville (Tennessee) en 1948. Los «justicieros» con capas blancas y capirotos se presentan alrededor de una cruz en llamas, símbolo de la supremacía blanca. Fotografía del *New York World-Telegram*.

Capítulo 6

Terrorismo de casta

Ahora ya podemos ensamblar la infraestructura económica, la estructura socio-simbólica y la superestructura civil de Jim Crow en un único edificio institucional en el que estos tres elementos están mutuamente entrelazados y «cimentados» por las diferentes formas de violencia, que van desde el uso de la fuerza privada ilegal según la «costumbre racial» en la plantación y en la calle hasta el despliegue de la fuerza pública legal guiada por la «ley negra» dentro de los tribunales (véase la figura 2). Esta concepción analítica está claramente definida, delimitada estructuralmente y diferenciada funcionalmente. Sugiere que Jim Crow fue mucho más, y mucho más feroz, que una «segregación legalmente sancionada y aplicada»¹ y sustituye de manera muy útil la vaga noción de «racismo», por muy estructural que sea.

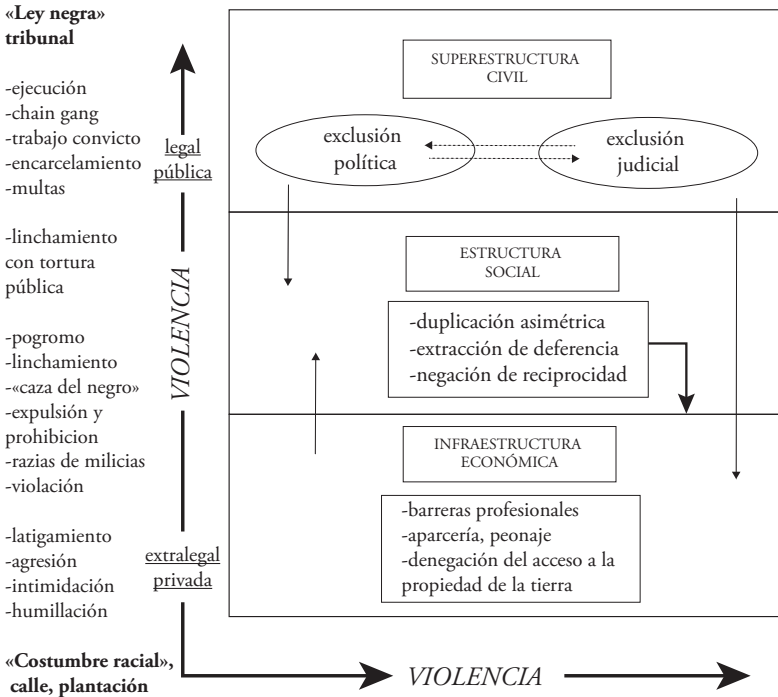
Al reunir estos distintos elementos en un modelo diferenciado y articulado, propongo considerar Jim Crow como un *régimen de terrorismo de castas* porque la amenaza omnipresente de la «muerte blanca» viciaba todas las interacciones, impregnaba todas las instituciones y penetraba en lo más profundo de la subjetividad negra.² Doble-gaba la armadura que protegía a los demás componentes del sistema contra cualquier desafío y los unía en un bloque organizativo impenetrable, como muestra

¹ William Henry Chafe et al. (eds.), *Remembering Jim Crow: African Americans Tell About Life in the Segregated South* (2013).

² La «muerte blanca» es la expresión utilizada por uno de los personajes novelísticos de Richard Wright para referirse a la muerte impredecible a manos de una «jauría» blanca, «la amenaza que se cernía sobre todos los negros del Sur» (Richard Wright en su autobiografía *Black Boy: A Record of Childhood and Youth* [1945, nueva edición de 2020], p. 172). Para otra conmovedora expresión literaria del espectro de la violencia blanca, véase Langston Hughes, «Home» en *The Ways of White Folks* (1934).

la figura 2. El régimen de terror hacía posible la sobreexplotación agraria; apuntalaba la extracción de deferencia en las interacciones cara a cara; y protección de la exclusión política y judicial.

Figura 2. La articulación de los componentes del sistema Jim Crow



No utilizo el término *terrorismo de casta* a la ligera, por su fuerza retórica y su impacto, ni para parecer «radical» a la hora de poner bajo acusación este nudo de instituciones de la dominación blanca. Lo propongo como una caracterización técnica de lo que constituye el eslabón distintivo de este régimen de dominación racial extrema. Por eso, es necesario especificar conceptualmente los dos términos, casta y terrorismo.

Para comenzar con la noción de casta, me baso a partes iguales en la concepción de Max Weber de la casta como un caso especial del «grupo de estatus» (*ständische Lage*), en este caso como un «grupo de estatus

cerrado»;³ en el trabajo clásico de la escuela estadounidense de «casta y clase» de W. Lloyd Warner y sus discípulos (John Dollard, Hortense Powdermaker, Allison Davis, Burleigh Gardner y Mary Gardner), que llevaron a cabo etnografías en el Sur profundo en el periodo de entreguerras, en plena madurez del régimen de Jim Crow; y en la elaboración intercultural de Gerald Berreman que pretende extender el concepto más allá del restringido campo de la antropología india, en línea con el enfoque weberiano.⁴

Si es necesario precisar aquí las facetas constitutivas del concepto de casta es porque los antropólogos especializados en la India no han llegado a ponerse de acuerdo sobre la cuestión, una discordia que no se limita a las diferencias entre lo que llaman la «visión libresca» y la «visión de campo». Para Louis Dumont, son las nociones de jerarquía y pureza de origen religioso las que definen la casta y anclan su rigidez estructural. Veena Das, por el contrario, hace hincapié en la dimensión «performativa» de la casta como una identidad fluida en la vida cotidiana, subrayando su flexibilidad y heterogeneidad. Divya Vaid, por su parte, desplaza el foco de la ideología a la economía, destacando la transmisión hereditaria de los oficios y sus efectos nocivos en el mercado de trabajo. En cuanto a Surinder Jodhka y Jules Naudet, resumiendo el estado de la cuestión, proponen una concepción «politética» compuesta por cinco «dimensiones» autónomas si bien entrelazadas (religión, poder, Estado, economía, cultura viva) de las que, curiosamente, solo la primera distinguiría la casta de otros principios sociales de clasificación y estratificación como la clase o la nacionalidad.⁵

³ Max Weber, *Hindouisme et bouddhisme* (2015) [ed. cast.: *Ensayos sobre sociología de la religión, 2. Hinduismo y budismo*, Madrid, Taurus, 1998]. En *Racial Domination* (2024), pp. 8-10 [ed. cast.: *La dominación racial*, de próxima publicación en Traficantes de Sueños], muestro que, para Weber, el grupo de estatus incluye la etnicidad, que a su vez incluye la raza como etnicidad naturalizada y la casta como etnicidad naturalizada especialmente rígida y jerárquica.

⁴ Para una reevaluación actual de las etnografías inspiradas por Warner, véase Chris J. Fuller, «Caste, Race, and Hierarchy in the American South» (2011), y Ryan Parsons, «Interpreting the American Caste System as Racialized Economic Performance» (2021). Para una apreciación del enfoque de Berreman, véase Ursula Sharma, «Berreman Revisited: Caste and the Comparative Method» (1993).

⁵ Véase Louis Dumont, *Homo hierarchicus. Essai sur le système des castes* (1967); Veena Das, «Caste» (2001); Divya Vaid, «Caste in Contemporary India: Flexibility and Persistence» (2014); Surinder S. Jodhka y Jules Naudet, «Studying Caste: Conceptual Currents and Emergent Issues» (2024).

Del mismo modo, para algunos autores como Srinivas, la casta ha perdido fuerza bajo el efecto de la «modernización» y puede considerarse moribunda. Para otros, como Yengde y Jaffrelot, ocurre lo contrario: más que nunca, alimenta la desigualdad de condiciones y las disparidades en las oportunidades vitales, y esta misma constituye una poderosa base de movilización que modela profundamente la democracia india.⁶ Tanto es así que el estigma, la discriminación, la segregación y la violencia basada en las castas, agrupados bajo el epígrafe de *castismo*, han surgido recientemente en el horizonte global de las luchas antirracistas y en el seno de la investigación, como atestiguan la formación del colectivo *Dalit Lives Matter* (que se hace eco del movimiento afroamericano del mismo nombre) y los debates políticos en torno a la discriminación de castas en países de habla inglesa con una gran diáspora india, como el Reino Unido y Estados Unidos.⁷ En otras palabras, es importante tener claro en qué sentido puede aplicarse el término casta al trato dispensado a los negros en el Sur de posguerra.

En su artículo de 1936 titulado «American Caste and Class», el antropólogo y sociólogo Warner caracteriza la división en castas como una división en la que «los privilegios, los deberes, las obligaciones, las oportunidades, etc., están desigualmente distribuidos» en categorías jerárquicas entre las que el matrimonio está restringido y «donde no hay posibilidad alguna de que los miembros de los grupos inferiores asciendan a los grupos superiores ni de que los miembros de los grupos superiores caigan a los grupos inferiores».⁸ En la monumental obra de *Yankee City*, Warner y sus coautores presentan una imagen finamente diferenciada de los grupos étnicos estadounidenses según cinco tipos

⁶ Véase M. N. Srinivas, «An Obituary on Caste as a System» (2003); Suraj Yengde, *Caste Matters* (2019); Christophe Jaffrelot, *Inde. La démocratie par la caste. Histoire d'une mutation socio-politique (1885-2005)* (2005).

⁷ Véase Shoba Sharad Rajgopal, «Dalit/Black Solidarity: Comrades in the Struggle for Racial/Caste Justice» (2021); Prema A. Kurien, «The Racial Paradigm and Dalit Anti-Caste Activism in the United States» (2023). Sobre el despliegue transfronterizo del movimiento por los derechos de los dalit, véase Eva-Maria Hardtmann, «Dalit Activism and Transnational Mobilization» (2024).

⁸ W. Lloyd Warner, «American Caste and Class» (1936), p. 234. Véase también W. Lloyd Warner y Allison Davis, «A Comparative Study of American Caste» (1939), en el que se analizan las variaciones de la casta o casi casta (*caste-like*) a través de las distintas regiones de Estados Unidos.

somáticos y seis tipos culturales; construyen una escala de «subordinación de grupo» que les lleva a introducir la noción de «semi-casta» (que se aplica a los asiáticos y a los isleños del Pacífico) y de «casta de color» (negros de origen estadounidense, puertorriqueño y africano), que ocupan la posición más baja en la «configuración total de la sociedad estadounidense».⁹

Warner señala que clase y casta son dos principios ortogonales y antinómicos de organización social: el orden de clases permite e incluso fomenta la movilidad, hacia arriba y hacia abajo, a lo largo de una gradación vertical triádica (inferior, media, superior), mientras que el orden horizontal de castas estipula la rigidez e imposibilidad de pasar de una categoría a otra (blanco y negro). Una década después de Warner, Gunnar Myrdal también defendió la superioridad analítica del concepto de casta sobre el de raza en *An American Dilemma* (1944), con el argumento epistemológico de que la casta es claramente una construcción social, mientras que la raza juega con una correspondencia explícita o implícita entre cultura y naturaleza. Utilizar la raza como concepto analítico es, de hecho, refrendar la creencia racial en la diferencia biologizada e incluso validar la superioridad blanca.¹⁰

Gerald Berreman es especialista en antropología del Asia meridional y autor, en particular, del clásico *Hindus of the Himalayas* (1963) y de la colección de artículos *Caste and Other Inequities* (1979).¹¹ Pasando por el tamiz de los estudios comparativos sobre la estratificación basada en la desigualdad hereditaria en cinco sociedades (India, Ruanda, norte de Pakistán, Japón y Estados Unidos), destaca dos dimensiones transversales de la formación de grupos: el método de reclutamiento (atribuido al nacer o adquirido a lo largo de la vida) y el hecho de que la pertenencia

⁹ W. Lloyd Warner, *Yankee City* (1963, edición abreviada en un volumen), pp. 412-424, cita p. 417.

¹⁰ El término raza es «inapropiado en una investigación científica porque tiene connotaciones biológicas y genéticas que son incorrectas en este contexto y son especialmente peligrosas porque van de la mano de falsas creencias raciales muy extendidas», Gunnar Myrdal, *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy* (1962 [1944]), p. 667.

¹¹ Gerald D. Berreman, *Hindus of the Himalayas* (1994 [1963]), y *Caste and Other Inequities: Essays on Inequality* (1979). Berreman también es reconocido en la profesión como un intrépido crítico de la guerra de Vietnam y de los usos de la antropología por parte del estamento militar.

al grupo instaure o no una jerarquía. El resultado son cuatro principios de organización social: el parentesco (atribuido, no jerarquizado), la comunidad territorial (adquirida, no jerarquizada), la clase (adquirida, jerarquizada) y la casta (atribuida, jerarquizada).¹² En otro punto, Berreman destaca la endogamia, la interdependencia y la división en culturas distintas como criterios adicionales.¹³ Esta caracterización se aproxima a la definición minimalista que hace André Béteille de la casta entre los tamiles de la India: «Un grupo dado de personas caracterizado por la endogamia, la pertenencia hereditaria y un estilo de vida específico que a veces incluye el ejercicio por tradición de un oficio particular y que generalmente está asociado a un estatus ritual más o menos diferenciado en un sistema jerárquico».¹⁴

**Repensar la casta en Estados Unidos:
Warner, Cox, Dumont, Wilkerson**

Licenciado en Berkeley y Harvard, formado en literatura y antropología, W. Lloyd Warner (1898-1970) recibió la influencia de Durkheim y Radcliffe-Brown, y a su vez influyó en Erving Goffman (cuya tesis dirigió). Participó en los famosos estudios Hawthorne de Elton Mayo, inventó el esquema de las seis clases (media baja, media alta, etc.), fue pionero en el estudio empírico de los modos de vida, cofundó Social Research Inc (una sociedad de investigación de marketing y relaciones humanas que introdujo la antropología en el mundo empresarial) y fue mentor de una generación de investigadores negros. Warner es autor de dos docenas de libros, desde estudios sobre el pueblo yolŋu del norte de Australia, líderes empresariales, trabajadores de fábricas y funcionarios, hasta monografías sobre la radio, la educación, la

¹² Gerald D. Berreman, «The Structure and Function of Caste Systems» (1966), pp. 304-307. Véase también ídem, «Caste in India and the United States» (1960), y «Caste as Social Process» (1967).

¹³ Véase Gerald D. Berreman, «Race, Caste, and Other Invidious Distinctions in Social Stratification» (1972).

¹⁴ André Béteille, *Caste, Class and Power: Changing Patterns of Stratification in a Tanjore Village* (1965), p. 46.

religión, la clase y la política.¹ Su obra, a pesar de ser un sociólogo importante en su madurez, está prácticamente olvidada hoy en día: cayó en desgracia en las décadas de posguerra debido al declive del género de los «estudios comunitarios», la división profesional entre sociología y antropología (fue profesor de ambos departamentos en la Universidad de Chicago durante 24 años) y la cuantificación de la investigación por encima de la estratificación.

Warner fue el arquitecto intelectual de una serie de «estudios comunitarios» que marcaron un hito y que aplicaron las técnicas de observación de la antropología social tanto al Sur de Jim Crow como a las ciudades industriales del Norte.² Estos estudios incluyen los clásicos sobre las relaciones raciales en la sociedad sureña en la era de Jim Crow en los que se basa este libro, *Caste and Class in a Southern Town* (1937) de Dollard, *After Freedom* (1939) de Powdermaker, *Deep South* (1941) de Davis y los Gardner, pero también *Black Metropolis* sobre el gueto de Chicago de St Clair Drake y Horace Cayton (para el que el propio Warner escribió el importante apéndice metodológico),³ así como una larga serie de monografías de Warner y sus diversos asociados sobre las clases, la etnicidad, la cultura y la política en una pequeña ciudad de Connecticut, que culminaron en los cinco volúmenes de la serie *Yankee City*.⁴

La tesis de Warner sobre la aplicabilidad de la noción de casta al Sur del Estados Unidos fue disputada por dos eminentes eruditos negros de la época, Charles S. Johnson a su derecha y Oliver Cromwell Cox a su izquierda. Para Johnson, que seguía los pasos de la Escuela de Chicago, el concepto de casta se refería a un sistema consuetudinario de dominación —Weber diría «tradicional»⁵— en el que la

¹ Los tres más importantes son *A Black Civilization: A Social Study of an Australian Tribe* (1937), *The Social Systems of American Ethnic Groups* (1945) y *Social Class in America: A Manual of Procedure for the Measurement of Social Status* (1949), sin olvidar los 5 volúmenes de la *Yankee City Series* (1941, 1942, 1945, 1947, 1959).

² W. Lloyd Warner, «Social Anthropology and the Modern Community» (1941).

³ Clair Drake y Horace Cayton, *Black Metropolis: A Study of Negro Life in a Northern City* (1933 [1945]), pp. 769-782.

⁴ W. Lloyd Warner *et al.*, *Yankee City* (1963, edición abreviada en un volumen).

⁵ La dominación tradicional (*traditionelle Herrschaft*) «descansa en una creencia

categoría subordinada se resigna a su posición de inferioridad. Pero en un estudio sobre la generación más joven del Sur rural, Johnson observa que los negros desafían activamente su estatus subordinado y los blancos deben recurrir a la ley y a la fuerza para mantener el orden socio-racial existente.⁶ Concluye que las relaciones raciales en el Sur se caracterizan por tensiones estructurales y cambios rápidos, no por un estancamiento social compatible con el orden de castas.

En cuanto al neomarxista Oliver Cox, ataca a la Escuela de «casta y clase» por su razonamiento «impresionista y desviado» y por no ser más que una moda intelectual pasajera. El sociólogo trinitense sostiene que las relaciones raciales emanan de la explotación de clase, mientras que «en el sistema de castas no hay proletariado ni explotación»; además, la raza vincula a sus miembros con un pueblo nacional e incluso mundial, a diferencia de la casta, que es sectorial y provincial. Los conflictos raciales son endémicos al orden racial, mientras que las rivalidades entre castas consolidan el orden de castas; la raza estimula la aspiración y la ambición, mientras que la casta las embota. Incluso la endogamia tiene una fisonomía diferente en los dos sistemas: es aceptada en un régimen de castas (que a veces también admite la hipergamia), pero impugnada de forma oportunista en un régimen racial. A fin de cuentas, casta y raza parecen ser principios divergentes de clasificación y estratificación, y no se obtiene nada más que confusión utilizando uno por otro.⁷

Otra resolución de esta controversia puede encontrarse en el trabajo del antropólogo Louis Dumont, autor del libro seminal sobre las castas en la India, *Homo hierarchicus*, en un artículo de 1960

establecida en la santidad de las tradiciones inmemoriales y en la legitimidad de quienes ejercen la autoridad en virtud de ellas». Max Weber, *Économie et Société*, vol. I, *Les catégories de la sociologie* (2020 [1995]), pp. 301-302.

⁶ Charles S. Johnson, *Growing Up in the Black Belt: Negro Youth in the Rural South* ([1948] 1970).

⁷ Oliver C. Cox, «The Modern Caste School of Race Relations» (1942), y «Race and Caste: A Distinction» (1945). Véase también el extenso libro *Caste, Class, and Race: A Study in Social Dynamics* (1948), en el que Cox sostiene que «el problema racial es un aspecto del antagonismo moderno entre política y clase» y que la casta solo existe en la India brahmánica.

titulado «Caste, racisme et “stratification”». Dumont pasa revista a los usos que Warner, Myrdal, Dollard y Cox hacen de las castas y critica al primero por su sesgo conductista, que le lleva a pasar por alto la dimensión ideológica de las castas. Para Dumont, «el sistema indio es un sistema social coherente fundado en el principio de desigualdad, mientras que la *color bar* americana contradice el sistema igualitario en el que se encuentra y es, en cierto modo, una enfermedad del mismo».⁸ La oposición entre lo puro y lo impuro que sustenta el sistema de castas es un principio religioso que impregna toda la cosmología social india y asigna a cada persona un lugar fijo, algo que queda excluido en las sociedades individualistas e igualitarias.

Colocado en la estantería sociológica durante tres cuartos de siglo, el concepto de casta ha vuelto a ponerse de moda en Estados Unidos, esta vez no en el ámbito científico sino en el debate público, gracias al resonante libro de la periodista negra Isabel Wilkerson, *Caste: The Origins of Our Discontent* (2020), un libro elogiado por todos los grandes medios intelectuales, sin olvidar a Oprah Winfrey y Kamala Harris, en la estela del movimiento Black Lives Matter. Wilkerson retoma el hilo de Warner, Dollard y, sobre todo, de la antropóloga afroamericana Allison Davis, cuya obra poco conocida rastrea, destacando las similitudes en el trato a los negros en Estados Unidos, los judíos en la Alemania nazi y los dalits en la India.⁹ Para ella, la casta sustenta la raza, que no es más que su significante y su «fiel servidora», o incluso «su principal herramienta y su lacra más visible». Pero los ocho criterios con los que la caracteriza no están claramente definidos ni son concisos (por ejemplo, la contaminación, el estigma y la doctrina de la inferioridad son tres modalidades del mismo criterio, la deshonra). Por último, Wilkerson convierte la casta en un *deus ex machina*, el «esqueleto invisible» de la vida social, la «gramática subyacente que codificamos», «la poderosa infraestructura que mantiene

⁸ Louis Dumont, *Homo hierarchicus. Essai sur le système des castes* (1967); ídem, «Caste, racism and “stratification”» (1960), p. 100.

⁹ Isabel Wilkerson, *Caste: The Origins of our Discontents* (2020). Para conocer la notable trayectoria social e intelectual de Davis y su destacado lugar en la lucha académica y política contra el racismo ordinario y estatal, léase David A. Varel, *The Lost Black Scholar: Resurrecting Allison Davis in American Social Thought* (2018).

a cada grupo en su sitio». Su demostración se basa en una serie de metáforas líricas («La casta es la columna vertebral, la raza la piel») más que en razonamientos puramente sociológicos.

Una nota pesarosa: las obras clásicas sobre «casta y clase» en el sur de Estados Unidos producidas por antropólogos en el periodo de entreguerras siguen siendo ignoradas por los investigadores actuales que trabajan sobre la misma cuestión en el Asia meridional. Por ejemplo, el capítulo de Jules Naudet sobre «Caste and class» en el *Oxford Handbook of Caste* no contiene ni una sola línea sobre la escuela estadounidense del mismo nombre, como tampoco lo hace el resto de este rico volumen de unas 700 páginas.¹⁰ Esta ignorancia priva tanto al especialista en India como en Estados Unidos de un preciado recurso para la construcción analítica y la comparación histórica.

¹⁰ Jules Naudet, «Caste and class» (2024). Esta omisión es particularmente flagrante en la profunda y precisa genealogía de la casta de Roland Lardinois, «The Idea of Caste through the Ages: Concept, Words, and Things» (2024).

Además, Berreman refuta la visión estática y quietista de la casta, señalando que «las relaciones de casta en la India se caracterizan tanto por el disenso, el resentimiento, la culpa y el conflicto como las relaciones raciales en Estados Unidos»; que ambas naciones contradicen en la práctica los principios democráticos que profesan (existe un «dilema indio» al modo de Myrdal, así como un «dilema americano»¹⁵); y que ambos producen, en diversos grados, «grupos corporativos conscientes de sí mismos y claramente delimitados» basados en la raza o la casta, que actúan como tales en la esfera política.¹⁶ Varios trabajos conexos realizados por antropólogos del Asia meridional, reunidos por Edmund Leach en un influyente libro, confirman estas observaciones y destacan

¹⁵ El «dilema estadounidense» radica en la tensión entre la «creencia fundamental» de los estadounidenses en la igualdad individual y las libertades civiles, por un lado, y la realidad del trato inferiorizante a los negros, por otro (véase G. Myrdal, *An American Dilemma...*). Un análisis contemporáneo de este dilema en la India es Gyanendra Pandey, *A History of Prejudice: Race, Caste, and Difference in India and the United States* (2013).

¹⁶ G. D. Berreman, «The Structure and Function of Caste Systems...», pp. 296 y 301.

la «excepcional rigidez social» y la falta de movilidad de estatus como características clave de los regímenes de castas.¹⁷

Me baso en Warner y Berreman con el fin de elaborar una noción de casta más desarrollada, y por tanto históricamente más restrictiva, que la distingue de las formas jerárquicas pero fluidas y flexibles de etnicidad adscriptiva.¹⁸ Propongo que un sistema de castas consiste en (i) un orden jerárquico rígido (ii) de grupos humanos imputados al nacer según la ascendencia, que son (iii) endogámicos bajo el efecto variable de proscripciones externas y de proscripciones internas, y (iv) cuya jerarquía se justifica por la creencia colectiva en una pureza o superioridad congénita que, para el grupo inferior, se manifiesta en un estigma indeleble. *Rigidez, ley de la sangre, endogamia, des/honor nativo*: estos son los cuatro criterios que deben cumplirse para calificar a un grupo de casta.¹⁹

Esta definición se ajusta estrictamente a la propuesta de Max Weber según la cual «la casta es, de hecho, la forma normal en que se asocian habitualmente las comunidades étnicas que creen en los lazos de sangre y excluyen el matrimonio exogámico y los contactos sociales». Weber continúa: «La coexistencia étnica, basada en la repulsión y el desprecio mutuos, permite a cada comunidad étnica considerar su propio honor como el más elevado; la estructura de castas conduce a la subordinación social y al reconocimiento de un “excedente de honor” en favor de la casta privilegiada».²⁰ En otras palabras, para el grupo dominado,

¹⁷ Véase Edmund R. Leach (ed.), *Aspects of Caste in South India, Ceylon and North-West Pakistan* (1960). Esta rigidez vertical se expresa con fuerza en la obra clásica de Louis Dumont, *Homo hierarchicus. Essai sur le système des castes* (1967).

¹⁸ El abanico de modalidades étnicas ha sido revisado por Rogers Brubaker, «Ethnicity, Race, and Nationalism» (2009). Expongo mi postura en «La race comme ethnicité déniée» (2023).

¹⁹ Por tanto, me alejo de la caracterización de la casta en la India propuesta por Vaid en «Caste in Contemporary India: Flexibility and Persistence», que hace hincapié en la transmisión intergeneracional de las profesiones. Incluyo la noción de pureza de Dumont en la noción de honor de Weber. Me aproximo a Jodhka cuando hace de «la institucionalización de la humillación» un rasgo distintivo de las relaciones de casta. Surinder S. Jodhka, *Caste: Oxford India Short Introductions* (2012), pp. 12-16.

²⁰ Max Weber, *Économie et société...* Este pasaje no aparece traducido en la edición francesa, pero sí en las pp. 933-934 de la edición inglesa: *Economy and Society: An Outline of Interpretive Sociology*, vol. 2 (1978 [1918-1920]).

la casta es la forma de etnicidad naturalizada más jerarquizante, ya que es la más estigmatizante (penalización simbólica en el orden de clasificación) y la más negativa en cuanto a las consecuencias (penalización material en el orden de estratificación) de toda la gama de formas étnicas, ordinarias o racializadas.²¹ De acuerdo con esta especificación, la estructura social del Sur de Estados Unidos *postbellum* cumple todos los criterios de un régimen de castas. Los blancos son estatutaria e irrevocablemente superiores a los negros desde su nacimiento; los dos grupos son perfectamente endogámicos; los primeros están imbuidos de la creencia en su superioridad innata y convencidos de que los segundos son contaminantes (la «gota de sangre negra»). Además, en términos de interacción, la sociedad modelada por Jim Crow contiene muchas de las prohibiciones características de las castas en la India, como las relativas a la comensalidad, el contacto y el movimiento en el espacio, y la misma repulsión de la categoría dominante hacia la categoría dominada, que a su vez experimenta a diario la humillación característica de los «intocables». Otra similitud entre la casta estadounidense y la casta india: ambas son el resultado de luchas de clasificación en las que el Estado, a través de la ley, ha desempeñado un doble papel clave, tanto en la estructuración como en la santificación.²²

Incluso me atrevería a afirmar que, con las adaptaciones oportunas, esta noción de casta, o la noción afín de *cuasicasta* (que cumple los tres o los cuatro criterios de casta, pero algunos de forma atenuada), sigue aplicándose hoy en día y es analíticamente superior a la noción de sentido común de «raza», a la hora de especificar la posición de los afroamericanos en la sociedad estadounidense.²³ Además de estar atrapados en

²¹ Loïc Wacquant, *Racial Domination* (2024), pp. 84-91, especialmente el diagrama de la p. 86.

²² Ann Morning, Daniel Sabbagh, «From Sword to Plowshare: Using Race for Discrimination and Antidiscrimination in the United States» (2005); Gautam Bhatia, «Caste and the Law» (2024).

²³ Este orden resiste bien los golpes de la demografía, el multiculturalismo y los avances de la biotecnología, contrariamente a lo que predicen Jennifer L. Hochschild, Vesla M. Weaver y Traci R. Burch en *Creating a New Racial Order: How Immigration, Multiracialism, Genomics, and the Young Can Remake Race in America* (2012). Hay mil manifestaciones de esto, siendo la más espectacular de todas el surgimiento del movimiento Black Lives Matter y la más ordinaria las heridas raciales infligidas en las interacciones cotidianas, tal y como lo relata Elijah Anderson, *Black in White Space: The Enduring Impact of Color in Everyday Life* (2022).

un orden vertical inflexible por la regla de la gota de sangre, los negros son el único grupo casi perfectamente endogámico e hipersegregado en las ciudades del país —es decir, excepcionalmente confinados en las regiones inferiores del espacio simbólico, social y físico—. ²⁴ Y, a pesar de sus avances sociales, siguen siendo estigmatizados como categoría, es decir, desacreditados colectivamente, lo que perturba su tratamiento por el conjunto de las instituciones, la escuela, la sanidad, el mercado laboral y de la vivienda, la policía y la justicia penal, etc. ²⁵

Al repatriar y precisar de este modo el concepto de casta, coincido también con Du Bois, que hablaba de una «casta del trabajo» para los esclavos y de una «casta del color» para los negros libres durante y después de la época esclavista. El autor de *The Souls of Black Folk* también utilizó la oposición entre la «casta de condición» bajo la servidumbre y la «casta de raza» bajo Jim Crow. En un texto poco conocido pero cardinal de 1906 sobre «La cuestión negra en Estados Unidos», escrito a petición de Max Weber para una revista alemana de ciencias sociales, Du Bois califica «la esclavitud basada en la raza y el color» como «la peor de las diferencias de casta». En uno de sus primeros discursos en los que exponía los objetivos del Movimiento Niágara, precursor de la NAACP, pedía «la abolición de todas las distinciones de casta basadas simplemente en la raza y el color», con lo que se refería a la ascendencia y al fenotipo, dos de las posibles bases sociales de la racialización. ²⁶

Permítanme referirme ahora al segundo término de la noción de «terrorismo de casta». En sentido analítico, el terrorismo es la *amenaza estratégica o el uso de violencia pública espectacular para transmitir un*

²⁴ Véase Douglas S. Massey, Jonathan Tannen, «A Research Note on Trends in Black Hyper-segregation» (2015); Edward Telles y Albert Esteve, «Racial Inter-marriage in the Americas» (2019). Telles y Esteve informan del asombroso hecho de que las tasas de matrimonios mixtos entre blancos y negros son 105 veces más altas en Brasil y 28 veces más altas en Cuba que en Estados Unidos. Es cierto que el 94 % de las mujeres afroamericanas casadas de entre 25 y 34 años están casadas con hombres negros, a pesar de que los hombres negros solo representan el 12 % de la población masculina.

²⁵ Para una estimulante reflexión sobre esta dinámica, véase Glenn C. Loury, «Racial stigma: Toward a New Paradigm for Discrimination Theory» (2003).

²⁶ Véase W. E. B. Du Bois, «Die Negerfrage in den Vereinigten Staaten (The Negro Question in the United States)» ([1906] 2006); ídem, *Black Reconstruction, 1860-1880* (2017 [1935]), pp. 30 y 146; Philip S. Foner (ed.), *W. E. B. Du Bois Speaks: Speeches and Addresses, 1890-1919* (1970), p. 47.

mensaje político. Implica ataques dramáticos, a menudo escenificados y por sorpresa, contra víctimas inocentes o representativas, concebidas para amplificar este mensaje y sembrar el miedo entre una población diana y así obtener unos efectos desproporcionados con respecto a los medios invertidos. Adapto aquí la definición desarrollada por la politóloga Martha Crenshaw, pionera en el estudio comparativo e histórico del terrorismo, que escribía mucho antes de que la actual ola de terrorismo islamista global lo convirtiera en una preocupación política y científica acuciante: su primer libro fue sobre el «terrorismo revolucionario» del FLN durante la guerra de independencia argelina.²⁷

Según Crenshaw, tanto si se ejerce en el contexto de la resistencia a un Estado como al servicio de los intereses de este, «la violencia terrorista comunica un mensaje político; sus objetivos no se limitan a dañar los recursos materiales del enemigo. Las víctimas u objetivos de los atentados terroristas tienen poco valor intrínseco para el grupo terrorista, sino que *representan a un público humano más amplio cuya reacción los terroristas pretenden suscitar*».²⁸ En el caso de Jim Crow, el público objetivo incluía tanto a negros como a blancos, ya que reforzaba tanto su unidad intrarracial como su enemistad interracial. En cuanto nos tomamos en serio la dimensión simbólica, nos damos cuenta de que la comisión de actos de violencia terrorista se asemeja a un *rito institucional* que se repite sin cesar, en la medida en que traza, dramatiza y endurece la frontera entre su agente y su objetivo o, más exactamente, entre los dos grupos a los que pertenecen.²⁹

²⁷ Véase Martha Crenshaw, *Revolutionary Terrorism: The FLN in Algeria, 1954-1962* (1978), y Martha Crenshaw (ed.), *Terrorism in Context* (1995). Para una visión general de las teorías y cuestiones fundamentales en este campo de investigación escaso y creciente, véase John Horgan y Kurt Braddock (eds.), *Terrorism Studies: A Reader* (2012). Para una lectura neofoucaultiana del terrorismo que cuestiona la «coherencia semántica» y la «certeza normativa» de la noción, véase Verena Erlenbusch-Anderson, *Genealogies of Terrorism: Revolution, State Violence, Empire* (2018).

²⁸ Martha Crenshaw, «The Causes of Terrorism» (1981), p. 379 (énfasis de la autora).

²⁹ «Hablar de ritos institucionales es sugerir que todos los ritos tienden a consagrar o legitimar un límite arbitrario, es decir, a hacer que se ignore como arbitrario y se reconozca como legítimo, natural». Pierre Bourdieu, «Les rites comme actes d'institution» (1982), p. 58.

La violencia terrorista y la «nebulosa de ansiedad»¹

Lo que cuenta es el miedo a la violencia extralegal, el hecho de no saber cuándo y cómo puede aparecer el peligro, el hecho de no poder organizarse frente a él, la incertidumbre y la nebulosa de ansiedad suscitadas en tales condiciones. Esta amenaza es más omnipresente e insidiosa cuanto más elevada sea la posición de clase del negro, ya que las posiciones más elevadas tienden a atraer más afectos hostiles. Los del Norte, por supuesto, tienen una experiencia similar, especialmente si son investigadores de la «cuestión negra». También sienten una extraña sensación de amenaza cuando cruzan de algún modo la barrera de la casta, por ejemplo, mostrando cortesía a los negros, o cuando se les ve subir a un coche con un negro sin que esté claro que se trata de un asunto profesional.

¹ John Dollard, *Caste and Class in a Southern Town* (1937), p. 361.

Resumiendo la investigación actual en el campo de los estudios sociales y jurídicos, LaFree y Ackerman proponen otra caracterización fructífera del terrorismo como «la amenaza o el uso real de fuerza ilegal dirigida contra objetivos civiles por parte de actores no estatales con el fin de lograr un objetivo político a través del miedo, la coacción o la intimidación».³⁰ Con la salvedad de que, para abarcar el caso del antiguo Sur confederado, tenemos que relajar la restricción de la fuerza a los actores no estatales, ya que Jim Crow *fusionaba* la violencia estatal y la no estatal, y admitir así que la línea que separa la fuerza legal de la ilegal se difumina. Para los lectores que, acostumbrados a la comprensión común del término terrorismo en el debate público contemporáneo, lo identificarían con la acción violenta ilegal ejercida *contra un Estado*, basta recordarles que el origen de la palabra en su sentido político se remonta al periodo conocido como el Terror durante la Revolución francesa (1793-1794), un periodo controvertido durante el cual fue *el Estado el que sembró el miedo y la muerte* entre los opositores al gobierno

³⁰ Gary LaFree y Gary Ackerman, «The Empirical Study of Terrorism: Social and Legal Research» (2009), p. 347.

revolucionario dirigido por Robespierre.³¹ Es en este sentido, de violencia arbitraria perpetrada por un gobierno, en el que la palabra entró en el vocabulario estadounidense bajo la pluma de los padres fundadores (Thomas Jefferson, John Quincy Adams y James Madison).

También tenemos que rechazar la noción de que «el terrorismo se nutre de la capacidad de los grupos para presentar al gobierno y a sus agentes como ilegítimos»,³² porque cuando los sureños blancos asumían el mandato del Estado racial de la región, no lo hacían para desafiar la autoridad de ese Estado, sino para remediar su percepción de ineficacia, actuando como sus auxiliares *de facto*. Los que participaban en los linchamientos se sentían perfectamente legitimados para impartir justicia por sí mismos porque, en su opinión, «el sistema judicial concedía demasiados derechos a los criminales negros y no respetaba lo suficiente a las víctimas blancas».³³ Es esta *delegación generalizada en los ciudadanos blancos de la autoridad necesaria* para la vigilancia diligente y la aplicación violenta de la soberanía de casta lo que mejor caracteriza la especificidad de Jim Crow.

El terrorismo de casta residía en los innumerables actos de supervisión, intimidación, amenaza y agresión, que culminaban en linchamientos públicos acompañados de actos de tortura, que unían a los blancos en un efervescente colectivo unificado por la pornográfica exhibición de su superioridad racial, al tiempo que enviaban un escalofriante mensaje de disuasión a los negros que se aventuraban a incumplir la obligación de *acquiescencia reverencial* a sus soberanos étnicos.³⁴ *In nuce*,

³¹ Para dos lecturas divergentes de este episodio político, véase Patrice Gueniffey, *La Politique de la Terreur* (2000), y Sophie Wahnich, *La Liberté ou la Mort. Essai sur la Terreur et le terrorisme* (2003).

³² G. LaFree y G. Ackerman, «The Empirical Study of Terrorism: Social and Legal Research...», p. 348.

³³ Amy Louise Wood, *Lynching and Spectacle: Witnessing Racial Violence in America, 1890-1940* (2011), p. 25.

³⁴ Para Durkheim, la «efervescencia colectiva» surge de la reunión física y la intensificación de los intercambios entre personas reunidas «para compartir una misma idea o un mismo sentimiento». Tiene el efecto de recargar y dar a las representaciones colectivas —en este caso la creencia compartida en la pureza y la eminencia de la raza dominante— su «máxima intensidad». Émile Durkheim, *Les formes élémentaires de la vie religieuse. Le système totémique en Australie* (1912), p. 493 [ed. cast.: *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Alianza, 2014].

el corazón de la nación dominada por Jim Crow residía en la simple y brutal alternativa que imponía a cada afroamericano que vivía en el Sur durante ese oscuro medio siglo: ofrecer deferencia o sufrir la muerte blanca, figurada o literal.

En conclusión, ¿por qué tomarse la molestia de sintetizar y organizar la investigación historiográfica para sustituir un concepto indígena por un concepto analítico? La respuesta está en los *beneficios científicos* —y posiblemente, en última instancia, políticos— que se derivan de él: la construcción, clarificación y consolidación conceptuales proporcionan una palanca para formular, replantear y responder a preguntas empíricas con mayor rigor y precisión. Repensar Jim Crow como terrorismo de casta proporciona una base clara y sólida para producir, organizar y leer los datos de forma diferente, así como para llevar a cabo una elaboración teórica y una comparación histórica más rigurosas.

Elaboración teórica: al especificar y luego descomponer el fenómeno, un concepto analítico permite revelar los vínculos estructurales y trazar los bucles funcionales entre sus componentes y así investigar las causas y consecuencias sociales de su (des)articulación. Por ejemplo, el modelo de Jim Crow propuesto aquí sugiere estudiar conjuntamente la exclusión racial de la política y la justicia penal; nos invita a pensar en ellas como instituciones de honor cívico, frente a la raza como deshonra social. Pone de manifiesto el vínculo directo entre la concepción de la raza como (hipo)descendencia, la obsesión por la pureza de sangre y la virulencia de la policía de fronteras de grupo. Ayuda a elaborar los fundamentos sociales y el funcionamiento de las dos principales variantes de Jim Crow que aparecen a lo largo de las monografías, el despotismo racial y el paternalismo racial, y a especificar sus condiciones sociales de posibilidad; a comprender conjuntamente la violencia estatal y no estatal en la creación y perpetuación de la jerarquía etnoracial; y a considerar el etiquetado racial y la segregación formal como maneras alternativas de regular las relaciones entre blancos y negros, una dominante en el campo y la otra en la ciudad, anclando así firmemente la formación de la raza (*race-making*) en la morfología social.³⁵

³⁵ Jennifer Lynn Ritterhouse hace una observación similar en «The Etiquette of Racial Relations in the Jim Crow South» (2007), p. 33. Lo que queda por especificar son las características precisas del urbanismo que socavan la etiqueta racial, aparte del anonimato, así como la distinción entre estas características y los efectos de cohorte, dado

Por último, la comparación histórica. Al revelar su coherencia estructural y funcional, el modelo Jim Crow de terrorismo de castas contribuye a enriquecer el análisis comparativo de las lógicas triádicas de la deserción (migración interna y externa), de toma de la palabra (protesta individual y colectiva) y de lealtad (al propio grupo étnico, a la familia y a la localidad), sugiriendo que la deserción y la denuncia pueden ser respuestas, no solo al declive de las organizaciones, como proponía el economista Albert Hirschman, sino también a su crecimiento cuando estas organizaciones son socialmente perjudiciales.³⁶ Si los negros huyeron del Sur por millones en cuanto se les dio la oportunidad, *circa* 1917, no fue porque Jim Crow fracasara, sino porque se hizo más intenso y cumplía con éxito su misión de supresión racial.³⁷

Seguidamente, el sólido concepto de terrorismo de casta *permite comparar y contrastar* en el tiempo y en el espacio *las numerosas variantes de Jim Crow desplegadas en el Sur* de la posguerra según cada una de las cuatro dimensiones analíticas específicas y sus elementos. Por ejemplo, puede ayudar a establecer la composición variable de la violencia etnoracial en diferentes estados o entre condados urbanos y condados rurales dentro del mismo estado o en diferentes momentos dentro de la misma región, y vincular sistemáticamente los desarrollos observados a los cambios surgidos en, por ejemplo, la producción agrícola, los patrones de migración o las luchas políticas por el derecho al voto. Permite adentrarse en las especificidades de un determinado lugar empírico y de una constelación social concreta, por ejemplo, Jim Crow en el condado de Hancock, en Georgia, o en Baltimore, Maryland, en la década de 1940, sin perderse en sus particularidades, y así generalizar

que el crecimiento de las ciudades del Sur en la década de 1880 coincidió con la llegada a la mayoría de edad de la primera generación de afroamericanos nacidos después de la abolición. La urbanización también creó entre los negros una creciente división de clases entre la ciudad y el campo, como muestran W. E. B. Du Bois, «The Negroes of Farmville, Virginia» (1978 [1898]), y Fon Louise Gordon, *Caste and Class: The Black Experience in Arkansas, 1880-1920* (2007).

³⁶ Véase Albert Hirschman, *Défection et prise de parole. Théorie et applications* (1995 [1970]).

³⁷ Así pues, la emigración negra de los condados rurales del Sur aumentó con la frecuencia de los linchamientos. Stewart E. Tolnay y Elmore M. Beck, «Racial Violence and Black Migration in the American South, 1910 to 1930» (1992).

tanto dentro de los casos como entre ellos en lugar de caer en la trampa metodológica del enfoque idiográfico.³⁸

El modelo agonístico de Jim Crow también proporciona un patrón para rastrear y articular las cuatro fuerzas principales destinadas a frenar la reproducción del régimen con el paso del tiempo, debilitando cada uno de sus componentes esenciales: la mecanización de la agricultura y el éxodo rural socavaron sus fundamentos económicos; la urbanización y la evolución en las concepciones del individuo hicieron profundamente problemática la extracción de deferencia; la movilización cívica alimentada por la elevación del nivel de educación y la difusión de los ideales democráticos, acelerada a su vez por la participación en dos guerras mundiales, apoyadas por la intervención del Estado federal, derribó las barreras de acceso a las urnas y a los tribunales; por último, la pacificación generalizada del espacio social en las sociedades capitalistas tras la Segunda Guerra Mundial hizo que los niveles y formas de violencia que habían sostenido el sistema de castas estadounidense resultaran universalmente escandalosos e indefendibles —incluso a ojos de los sureños blancos—.³⁹

Especificar los cuatro elementos constitutivos de Jim Crow en el Sur de posguerra es suficiente para demostrar que nunca existió en el Norte del país,⁴⁰ donde el principal instrumento de control etnoracial en la era del industrialismo fordista era el *gueto urbano*. El gueto urba-

³⁸ Compárese Mark Schultz, *The Rural Face of White Supremacy: Beyond Jim Crow* (2005), con David Taft Terry, *The Struggle and the Urban South: Confronting Jim Crow in Baltimore before the Movement* (2019).

³⁹ El espectáculo televisado de violencia abierta contra negros pacíficos que participaban en manifestaciones no violentas contribuyó en gran medida a reforzar el apoyo cívico, especialmente entre la población blanca del Norte, a la derogación de la segregación legalizada y de la exclusión del derecho al voto. El asesinato del joven Emmett Till y el juicio de sus asesinos marcaron un punto de inflexión en la indignación pública ante la violencia desenfrenada de los blancos en el Sur, como señala Stephen A. Berrey, *The Jim Crow Routine: Everyday Performances of Race, Civil Rights, and Segregation in Mississippi* (2015), pp. 113-120, y Timothy B. Tyson, *The Blood of Emmett Till* (2017).

⁴⁰ Un uso que coquetea con la analogía pero que resulta ser retórico es el de Brian Purnell y Jeanne Theorais (eds.), *The Strange Careers of the Jim Crow North: Segregation and Struggle Outside of the South* (2019). Más problemática aún es la retroproyección de Jim Crow como etiqueta para el tratamiento de los negros libres en los estados del Norte antes de la Guerra Civil por Richard Archer, *Jim Crow North: The Struggle for Equal Rights in Antebellum New England* (2017).

no es un dispositivo fundamentalmente diferente en su estructura, en sus efectos y en la fenomenología de sus habitantes, empezando por el hecho de que los *protege* de la violencia blanca. Un gueto surge cuando una categoría estigmatizada se ve obligada a residir en un barrio reservado para ella, de modo que pueda ser atraída a la ciudad y explotada económicamente al tiempo que es condenada al ostracismo social.⁴¹ Es esta constelación lo que iba a rodear a los afroamericanos durante el medio siglo que se inicia con la Primera Guerra Mundial, después de que emigraran del Sur para ofrecer su mano de obra a la floreciente industria del Norte: una «ciudad negra en una ciudad blanca», densamente poblada por instituciones dirigidas por y para negros, iglesias, empresas, banca y seguros, prensa, logias y clubes masónicos, asociaciones caritativas y políticas, negocios ilícitos, etc.⁴²

El gueto restringe gravemente las oportunidades vitales de los negros, pero sin embargo se opone a Jim Crow en todos los sentidos. En primer lugar, proporciona a sus habitantes una seguridad económica sin precedentes mediante el acceso a un empleo industrial estable. En segundo lugar, ofrece a los afroamericanos un espacio propio en el que experimentar a diario la dignidad y la reciprocidad —eso mismo que Jim Crow les niega desde el principio—. No tienen que mostrar deferencia hacia los blancos ni comportarse como inferiores: *el principio de «menor elegibilidad racial» se vuelve caduco*. Por último, tienen acceso al voto y a los tribunales, y los utilizan para exigir la aplicación de su plena ciudadanía. Como vehículo de solidaridad racial a pesar de las distinciones internas de clase y color, el gueto fomenta la acumulación primitiva del capital económico, social y cultural esencial para enfrentarse frontalmente a la dominación racial y, en particular, para revertir la valoración del capital simbólico del grupo según la fórmula «*black is beautiful*», tan popular durante las revueltas urbanas de los años sesenta.⁴³

⁴¹ En *The Two Faces of the Ghetto* (2025), muestro que el gueto permite a un grupo paria integrarse estructuralmente en la economía política de la ciudad sin integrarse socialmente en las redes de sociabilidad e intimidad del grupo dominante.

⁴² St. Clair Drake y Horace Cayton pintan un retrato sin parangón de esta constelación en *Black Metropolis: A Study of Negro Life in a Northern City* (1993 [1945]).

⁴³ Sobre la extraordinaria prolijidad del gueto como crisol de producción cultural que valoriza la *blackness*, véanse las ricas monografías de Davarian L. Baldwin, *Chicago's New Negroes: Modernity, the Great Migration and Black Urban Life* (2007), y Adam Green, *Selling the Race: Culture, Community, and Black Chicago, 1940-1955* (2007).

En otras palabras, no tiene sentido sociológico hablar del «Jim Crow del Norte». Lo mismo cabe decir de la tesis, popularizada por la defensora de los derechos civiles Michelle Alexander, de que la «encarcelación masiva» en el Estados Unidos posfordista marca el advenimiento de un «nuevo Jim Crow». ⁴⁴ Tal afirmación apenas tiene en cuenta las atrocidades del antiguo Jim Crow e ignora el hecho de que las cárceles del país albergan prácticamente a tantos blancos como negros: ¿qué sistema de castas subordina de este modo a millones de miembros del grupo dominante? En segundo lugar, lejos de ser un fenómeno «de masas», el despliegue de la red penal es altamente selectivo, primero según la clase social, luego según la raza y, por último, según la clase dentro de la raza, resultado obtenido al dirigirse a los barrios doblemente segregados *del hipergueto* —por decirlo rápidamente, lo que queda del gueto comunal tras su implosión a finales de los años sesenta, es decir, una estructura de ostracismo desprovista de toda función económica y de instituciones protectoras—. ⁴⁵ Es la implosión del gueto, y no el retorno de Jim Crow, lo que explica la bulimia carcelaria del país, fruto de la política de penalización de las poblaciones desfavorecidas y deshonradas de la ciudad dual.

Por último, y lo que es más fructífero, un concepto analítico permite *situar a Jim Crow en el universo más amplio de los regímenes de dominación etnoracial*, pasados y presentes, coloniales y metropolitanos, del Norte y del Sur, para identificar mejor sus especificidades e integrarlas en la formulación de una teoría general de la raza como clasificación y estratificación naturalizadoras, así como calibrar mejor el lugar de la violencia, material y simbólica, en su (re)producción histórica. ⁴⁶ Invita a la comparación con otros sistemas de castas, como el indio y el japonés; con otros regímenes de violencia terrorista, como el nazi y el soviético; y con otras instituciones de extracción de deferencia, como los tribunales absolutistas y los territorios imperiales. ⁴⁷

⁴⁴ Véase Michelle Alexander, *The New Jim Crow: Mass Incarceration in the Age of Colorblindness* (2010).

⁴⁵ L. Wacquant, *The Two Faces of the Ghetto...*, capítulos 6-8.

⁴⁶ L. Wacquant, *Racial Domination...*, pp. 16-29, 84-90, 106-111.

⁴⁷ Susan Bayly, *Caste, Society and Politics in India from the Eighteenth Century to the Modern Age* (2001), y Timothy Amos, *Caste in Early Modern Japan: Danzaemon and the Edo Outcaste Order* (2019); Eric Johnson, *Nazi Terror: The Gestapo, Jews, and Ordinary Germans* (2000), y James Harris (ed.), *The Anatomy of Terror: Political Violence Under*

Se desprende así una lección metodológica: el camino hacia una mejor comprensión de los regímenes de dominación etnoracial, Jim Crow y asociados, requiere la colaboración activa de la historia y la sociología, como recomendaron Émile Durkheim hace más de un siglo y Pierre Bourdieu hace tres décadas, de modo que el análisis y la descripción, la explicación y la interpretación, la topología y la genealogía, la estructura y el acontecimiento, el rigor de la modelización teórica y la riqueza de la narración puedan entrelazarse.⁴⁸ El trabajo archivístico de las historiadoras se guía siempre, *nolens volens*, por un modelo del fenómeno investigado, por vago e incipiente que sea. La socióloga puede ayudar a articular este modelo y, al hacerlo, aclarar el objetivo y multiplicar por diez la productividad del trabajo de recopilación de datos. A la inversa, el historiador produce datos fechados y situados que, al captar facetas nuevas del fenómeno, sirven de salvaguarda a la construcción teórica y establecen o no el carácter heurístico del tipo ideal elaborado por el sociólogo.

La *dialéctica del modelo y del caso* permite escapar a la alternativa del teoricismo empíricamente vacío y del hiperpositivismo teóricamente ciego, y alimentar la comparación razonada. Ver Jim Crow a través del prisma del terrorismo de casta nos invita, en otras palabras, a repensar «La historia del Sur como historia de los Estados Unidos», y la historia de los Estados Unidos como una de las declinaciones de la historia mundial.⁴⁹ Así es como se hace posible comprender este régimen de

Stalin (2013); Norbert Elias, *La société de cour* (1974 [1969]) [ed. cast.: *La sociedad cortesana*, Ciudad de México, FCE, 2000]; y Susan M. Deeds, *Defiance and Deference in Mexico's Colonial North: Indians Under Spanish Rule in Nueva Vizcaya* (2010).

⁴⁸ Véase Émile Durkheim, «Débat sur l'explication en histoire et en sociologie» (1975 [1908]) [ed. cast.: «Debate sobre la explicación en historia y en sociología», *Las reglas del método sociológico y otros escritos*, Madrid, Alianza, 2016]; Pierre Bourdieu y Roger Chartier, *Le sociologue et l'historien* (2010 [1988]) [ed. cast.: *El sociólogo y el historiador*, Madrid, Abada Editores, 2011]. Sobre esta necesaria cooperación, que sería evidente si no fuera por la defensa de las parcelas disciplinarias, véanse también Philip Abrams, *Historical Sociology* (1982); William H. Sewell Jr, *Logics of History: Social Theory and Social Transformation* (2005); y George Steinmetz (ed.), *The Politics of Method in the Human Sciences: Positivism and its Epistemological Others* (2005).

⁴⁹ Tomo prestada esta expresión del clásico artículo de la historiadora económica Laura F. Edwards, «Southern History as US History» (2009), a la que añado la dimensión global. En *The Myth of Southern Exceptionalism* (2009), Matthew D. Lassiter y Joseph Crespino reclaman el fin de «una historia y una historiografía sureñas distintivas» divorciadas de las grandes corrientes dominantes de la historia nacional: «La noción de un Sur excepcional ha servido como un mito que ha distorsionado persistentemente nuestra comprensión de la historia estadounidense» (p. 7).

dominación racial, tan virulento como improbable, no como una aberración sociológica producida por *el excepcionalismo* estadounidense, de casta y clase, sino como la criatura normal del extremismo estadounidense. En resumen, sustituir la teratología moral por la sociología agonística de la arbitrariedad histórica.



Foto 9. A. Philip Randolph, presidente del sindicato de la Brotherhood of Sleeping Car Porters [Hermandad de Mozos de Vagones Cama] en una manifestación en Washington en 1948. «Si hemos de morir, muramos como hombres libres y no como esclavos de Jim Crow».

Epílogo

La historicidad de la dominación racial

De acuerdo con los preceptos del racionalismo histórico, a lo largo de este trabajo me he esforzado en combinar síntesis historiográfica y construcción teórica para caracterizar Jim Crow como una forma de terrorismo de casta. Al hacerlo, he adoptado una postura decididamente analítica que nos exige precisar los conceptos, descomponer los fenómenos en sus partes constituyentes y reconocer la naturaleza perspectivista de todo conocimiento científico. Esto me ha llevado a dos conclusiones, una relativa a la historia de Jim Crow, la otra a la sociología agonística de la explotación, la subordinación y la exclusión de origen étnico, naturalizada o no. Ambas convergen en señalar la historicidad y la diversidad de la dominación racial, frente a la visión fija y fatalista, hoy de moda por su atractivo decididamente radical, de permanencia y univocidad del imperio de la «raza».¹

El régimen de Jim Crow no nació de la esclavitud. Tras la abolición, en medio de una guerra civil sangrienta para el país y devastadora para el Sur, Estados Unidos vivió un «interregno racial» durante el cual se abrió el abanico de posibilidades históricas y se inició una completa convulsión en las relaciones entre blancos y negros.² Para evitar la instauración de un orden neoesclavista que arruinaría uno de los

¹ Véase Loïc Wacquant, «Afropessimism's Radical Abdication: Some Sociological Notes» (2023) [ed. cast.: «La abdicación radical del afropesimismo. Algunas notas sociológicas», *New Left Review*, núm. 144, 2024].

² Sobre este periodo, véase el dantesco libro de Eric Foner, *Reconstruction Updated Edition: America's Unfinished Revolution, 1863-1877* (2014), y el clásico estudio de W. E. B Du Bois, *Black Reconstruction, 1860-1880* (2017 [1935]) [ed. cast.: *Reconstrucción negra*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2025].

principales logros de la guerra, el Estado federal, brazo político de los victoriosos unionistas, tomó las riendas y remodeló desde arriba el orden político, jurídico y racial de la derrotada Confederación. Una serie de leyes constitucionales promulgadas entre 1866 y 1875 derogaron los Códigos Negros y afirmaron la plena ciudadanía de los antiguos esclavos (estableciendo el derecho a la tierra), echaron abajo la exclusión del sufragio por motivos de raza y prohibieron toda discriminación en los establecimientos públicos y comerciales.

Durante este periodo revolucionario tan crucial, los cuatro millones de negros que habían obtenido recientemente el derecho al voto se precipitaron en la brecha abierta por el Congreso para apoderarse de sus prerrogativas civiles y económicas. Sobre la base de los derechos individuales puestos en el centro del nuevo sistema legal creado a raíz de la guerra, y envalentonados por la presencia de tropas unionistas,³ sentaron por primera vez en la historia las bases de una posible democracia birracial.

Apenas rotas sus cadenas, los negros reunificaron a sus familias, crearon iglesias con sus propios ministerios, crearon escuelas, e incluso fundaron universidades y formaron a una generación de profesores bajo la égida del Freedmen's Bureau con el fin de elevar desde el principio su nivel de alfabetización. A pesar de la feroz hostilidad de los blancos, de la violencia selectiva de las bandas de vigilantes y del estancamiento económico de la región, se instalaron como arrendatarios o aparceros, adquirieron granjas y lanzaron empresas comerciales. Una pequeña minoría se hizo proletaria aceptando empleos industriales y afiliándose a los sindicatos blancos o creando sus propias federaciones de trabajadores. Otro grupo se dedicó a profesiones burguesas como la abogacía, la medicina o la odontología. Por último, los negros recién emancipados votaron y eligieron a numerosos representantes en las asambleas locales, estatales e incluso federales, incluidos dos senadores —en una inversión de la historia, uno de los dos ocupó el escaño de Jefferson Davis, expresidente de la Confederación del Sur—. ⁴

³ Véase Laura F. Edwards, *A Legal History of the Civil War and Reconstruction* (2015).

⁴ En *Nothing but Freedom: Emancipation and its Legacy* (2007), Eric Foner compara los asombrosos logros de los antiguos esclavos estadounidenses con el fatídico destino de los negros tras la abolición en Haití, el Caribe británico y la costa oriental de África. Un estudio de caso instructivo es Daniel B. Thorp, *Facing Freedom: An African American Community in Virginia from Reconstruction to Jim Crow* (2017).

Todos estos avances fueron frenados en seco y luego revertidos por el «Compromiso de 1877», un pacto político entre republicanos y demócratas en virtud del cual, para sellar la «reconciliación nacional», el poder del Norte se retiraba y permitía a los potentados del Sur remodelar la cuestión racial a su antojo. En otras palabras, el Estado federal se había dado a sí mismo los medios para contrarrestar el régimen sureño de dominación racial y hubiera podido bloquearlo a poco que sus dirigentes hubieran tenido la voluntad política de mantenerlos.⁵ En otras palabras, no era inevitable que a la abolición de la esclavitud le siguiera un régimen de neoesclavitud y después el terrorismo de casta. El advenimiento de Jim Crow marcó una discontinuidad *de facto* en el desarrollo histórico de Estados Unidos.

Una nueva discontinuidad surgió cuando los negros del Sur escaparon emigrando por millones a las ciudades industriales del Norte, después de que la Primera Guerra Mundial y el auge del fordismo hicieran de su mano de obra algo deseable y luego indispensable para las fábricas, fraguas, mataderos y almacenes del «Cinturón del Acero».⁶ La «Gran Migración Negra» desplazó el centro de gravedad de la comunidad afroamericana del campo atrasado a las modernas ciudades, transformando a un campesinado disperso en un proletariado compacto. En estas ciudades, el gueto los encerró, pero también los protegió; restringió su movilidad geográfica, pero amplió su movilidad social; redujo su espacio vital, pero al mismo tiempo les dio un espacio propio y el sentimiento compartido de estar «*at home*» entre sus semejantes.⁷ El gueto no es una variante nortea de Jim Crow, ni mucho menos.

⁵ Philip A. Klinkner y Rogers M. Smith, *The Unsteady March: The Rise and Decline of Racial Equality in America* (1999).

⁶ Véase Joe William Trotter Jr, *Black Milwaukee: The Making of an Industrial Proletariat, 1915-1945* (1985); James R. Grossman, *Land of Hope: Chicago, Black Southerners, and the Great Migration* (1989); Peter Gottlieb, *Making their Own Way: Southern Blacks' Migration to Pittsburgh* (1987); Kimberley L. Phillips, *Alabama North: African-American Migrants, Community, and Working-Class Activism in Cleveland, 1915-1945* (1999); Isabel Wilkerson, *The Warmth of Other Suns: The Epic Story of America's Great Migration* (2010).

⁷ Este sentimiento se expresa vívidamente en muchas de las obras del Harlem Renaissance [Renacimiento de Harlem], el movimiento artístico que acompañó la formación del gueto epónimo, como la telenovela de las desventuras de *Simple* por Langston Hughes y la novela de Claude McKay *Home to Harlem* (1928).

De nuevo otra discontinuidad cuando, a su vez, el gueto implosionó en los años sesenta bajo el efecto combinado de la desindustrialización, la «gran migración blanca» hacia los prósperos suburbios y la movilización negra contra el confinamiento urbano, para ser sustituida por una estructura dual formada, por un lado, por el hipergueto que confinaba a las familias negras precarias en un territorio de desolación social y, por otro, por los barrios segregados de la clase media negra en expansión.⁸ A partir de entonces, la subordinación de los afroamericanos se refracta a través del prisma de la división de clases, que ve cómo los destinos del precariado y de la burguesía de color divergen inexorablemente. Nada lo demuestra mejor que la creciente tasa de encarcelamiento, que golpea duramente a los negros pobres de los barrios desfavorecidos de las ciudades, al tiempo que se lo ahorra a la burguesía negra y a sus hijos que viven lejos del campo de batalla urbano donde se juega la criminalización de la pobreza.⁹

Perennidad de la dominación, movilidad de los mecanismos de su aplicación, variedad de sus efectos sobre los distintos sectores de la población subalterna. Esta es la conclusión teórica que se desprende de la génesis y la fisonomía institucional que distingue a Jim Crow, así como de su comparación con los regímenes que le precedieron y le siguieron. La tarea primordial de una sociología agonística de la soberanía racial es captar estas modalidades cambiantes y sus articulaciones, en lugar de fijarse en la permanencia de la dominación y hacer gárgaras en su denuncia —así, con la sonora pero vacía categoría de «racismo estructural»—.

Decir que Jim Crow y el gueto son manifestaciones de racismo estructural no nos enseña nada sobre las relaciones materiales y simbólicas de las que estas dos instituciones son el eje. Peor aún, implica establecer una equivalencia que borra todas las distinciones estructurales, funcionales y fenomenológicas relevantes, en primer lugar, para quienes se ven atrapados en ellas. Richard Wright rechaza esta equivalencia con esta impactante frase salida de la boca de un emigrante negro en

⁸ Loïc Wacquant, *The Two Faces of the Ghetto* (2025) [ed. cast.: *Las dos caras de un gueto. Ensayos sobre marginalización y penalización*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010].

⁹ Loïc Wacquant, *Racial Domination* (2024), pp. 281-285. Entre 1980 y 2000, la probabilidad de encarcelamiento a lo largo de la vida se triplica para los hombres negros que tienen como máximo un título de enseñanza secundaria, hasta superar el 70 %, mientras que disminuye en un tercio para los hombres negros con estudios superiores, hasta situarse por debajo del 5 %.

los años cuarenta: «Prefiero ser un poste de la luz en Chicago que el presidente de Dixie».

Rechazando el tropo demasiado cómodo del «racismo fundador» del país, para el que los dados del orden blanco fueron lanzados de una vez por todas en 1619 y que, en lo que se refiere al trato de los negros, lo explica todo y nada,¹⁰ debemos, aunque solo sea por una cuestión de método, *sorprendernos del giro institucional* que llevó a la introducción de Jim Crow en un país profundamente «democrático» en el sentido de Tocqueville, y cuyo marco jurídico que dota a los individuos de derechos ampliados se reforzó considerablemente durante y después de la Guerra Civil.¹¹ Del mismo modo que el genocidio de europeos por parte del Tercer Reich planteó dramáticamente la cuestión del *Sonderweg* alemán que conduce al nazismo, la inmersión del Sur de Estados Unidos en una histeria racial sistémica plantea la cuestión del «camino especial» que siguió el país tras el interludio de la Reconstrucción. De los muchos factores interactuantes que contribuyeron a la virulencia del régimen de explotación, subordinación y exclusión de los negros en la antigua Confederación, cabe destacar cinco, junto con algunos contrafácticos plausibles que podrían haber abortado la incubación de Jim Crow o, como mínimo, moderado su dureza.

1. La clasificación etnoracial basada en la ascendencia y *la aplicación estricta de la «regla de la gota de sangre»* crearon una línea de color brillante a los ojos de los dominantes e infranqueable para los dominados. Esta regla engendró en los blancos una obsesión por la pureza que sustentó el agresivo ostracismo que impusieron a los negros. La validación de un esquema de clasificación alternativo, basado en el fenotipo y que reconociera, por tanto, las categorías

¹⁰ Véase Winthrop D. Jordan, *White over Black: American Attitudes toward the Negro, 1550-1812* (1968); Joel Kovel, *White Racism: A Psychobiography* (1984); David Roediger, *How Race Survived US History: From Settlement and Slavery to the Obama Phenomenon* (2008); Joe R. Feagin, *The White Racial Frame: Centuries of Racial Framing and Counter-Framing* (2020).

¹¹ En *A Legal History of the Civil War and Reconstruction*, Laura Edwards muestra cómo la ley se reorientó del hogar patriarcal al individuo y cómo el Estado federal se posicionó como defensor activo de los derechos civiles. Sin embargo, el potencial revolucionario de este reajuste legal fue rápidamente neutralizado por los jueces, empezando por el Tribunal Supremo de Estados Unidos.

intermedias resultantes del mestizaje, habría calmado el miedo a la «contaminación» de los cuerpos negros y reducido la presión en favor de la bifurcación racial.¹²

2. *El férreo control de la tierra por parte de los blancos* impidió a los antiguos esclavos formar un campesinado autónomo y los hizo depender irremediabilmente de los propietarios de las antiguas plantaciones. Esta dependencia, impuesta por ley, la presión social y la violencia, animaba a los plantadores a cometer todo tipo de abusos, ya que mantenían bajo su yugo a familias enteras de campesinos y aparceros negros. La división de las plantaciones y la posterior redistribución de parcelas a los recién liberados tras la guerra habría permitido a los negros escapar de la perniciosa tutela económica de los blancos. Como afirma Du Bois en *Reconstrucción negra*: «Si cada una de las millones de familias de negros libres hubiera recibido una parcela de cuarenta acres, se habrían sentado las bases de una verdadera democracia en Estados Unidos, que fácilmente podría haber transformado el mundo moderno».¹³

3. El atraso de la economía del Sur, ligado a la utilización secular de mano de obra esclava, condujo a *la miseria material y psicológica del proletariado blanco* de las ciudades y del campo, que buscó una compensación social y simbólica en la feroz dominación de los negros. El desarrollo económico de la región, estimulando la industrialización y la urbanización, habría mejorado la condición de los «pequeños blancos» y reducido así los obstáculos a la formación de una clase obrera étnicamente mixta, incluso unificada, como la que el sindicato Knights of Labor y el Partido Populista intentaron movilizar a finales del siglo XIX. En su lugar, los blancos pobres se aliaron con los plantadores ricos para sellar un «contrato racial» haciendo de la estricta subordinación de los descendientes de esclavos el pilar de la estructura de clases.¹⁴

¹² Así lo sugiere por contraste el libro de Edward Telles, *Pigmentocracies: Ethnicity, Race, and Color in Latin America* (2014).

¹³ W. E. B. Du Bois, *Black Reconstruction...*, p. 602. Así lo demuestra el episodio de Port Royal, una serie de islas de la costa de Georgia en la que ya en 1861 se dieron tierras a los negros liberados para que formaran un pequeño campesinado independiente. Willie Lee Rose, *Rehearsal for Reconstruction: The Port Royal Experiment* (1976).

¹⁴ Véanse Joseph Gerteis, *Class and the Color Line: Interracial Class Coalition in the*

4. La ignominiosa derrota militar al final de una guerra civil cataclísmica desempeñó un papel fundamental, no solo en la destrucción que causó sino también, y, sobre todo, en la humillación colectiva que infligió a los sureños blancos. Esta humillación es tanto mayor ya que el Sur estadounidense es una sociedad timocrática en la que el aura de los blancos es exactamente proporcional al estigma que pesa sobre los negros.¹⁵ Sin embargo, si los negros acceden a la ciudadanía, se rebaja automáticamente la posición de los blancos. La derrota alimentó así un poderoso *resentimiento que era inseparablemente étnico-regional y étnico-racial*. Este resentimiento se proyecta sobre los negros, de quienes se sospechaba que querían derrocar el orden étnico y terminar de arruinar la civilización sureña, de ahí la exigencia de deferencia y docilidad que debía atestiguar en todo momento su inferioridad de estatus. La negociación de un armisticio y de un plan nacional para la reconstrucción del Sur podría haber disminuido la intensidad de la hostilidad racial hacia los negros liberados.¹⁶

5. *La fragmentación y descentralización del campo burocrático* nacional otorgan plena libertad a los agentes locales para aplicar las leyes y estatutos promulgados a nivel federal y, por tanto, les permite modificarlos de tal forma que los derechos de los negros pierdan su sentido. Este control local se extiende a la organización de las elecciones y al funcionamiento de los tribunales, lo que facilita la exclusión de los afroamericanos de estos dos pilares institucionales

Knights of Labor and the Populist Movement (2007); Omar H. Ali, *In the Lion's Mouth: Black Populism in the New South, 1886-1900* (2011); Dwight B. Billings, *Planters and the Making of a «New South»: Class, Politics, and Development in North Carolina, 1865-1900* (2017).

¹⁵ Véase Bertram Wyatt-Brown, *A Warring Nation: Honor, Race, and Humiliation in America and Abroad* (2014). Los rastros del trauma blanco de la derrota y la decadencia social asociada con el colapso de la sociedad plantocrática se pueden encontrar en las luchas contemporáneas en torno a la identidad sureña y sus símbolos, como muestra W. Fitzhugh Brundage, *The Southern Past: A Clash of Race and Memory* (2005).

¹⁶ Tocqueville había ideado este ingenioso plan para suavizar las relaciones entre blancos y negros tras la abolición: los libertos recibían una parcela de tierra suficiente para su subsistencia, a cambio de lo cual trabajaban durante un tiempo como empleados del Estado. Después, el Estado los arrendaba a los plantadores y una parte de sus salarios se deducía para compensar a los plantadores por la pérdida de sus esclavos. Sally Gershman, «Alexis de Tocqueville and Slavery» (1976), pp. 474-475.

de la ciudadanía. La movilización de un Estado nacional que desarrollara sus capacidades administrativas antes y durante el auge de Jim Crow podría haber frustrado el referendo político y judicial de este último.¹⁷ La intervención del Tribunal Supremo de Estados Unidos podría haber frenado en seco la instrumentalización racial de la justicia penal.

Desmontar los mecanismos de dominación racial en un caso extremo, incluso paroxístico, como Jim Crow en una sociedad de castas nacida de la esclavitud y de la Guerra Civil, significa dotarse de los medios para comprender su funcionamiento ordinario en las situaciones rutinarias de las sociedades democráticas y liberales contemporáneas, donde encontraremos algunos de los mismos engranajes funcionando de forma dulcificada:¹⁸ la categorización que alimenta la estigmatización y la denigración; la inseguridad económica a través de la concentración en sectores desregulados y empleos devaluados que conducen a la sobreexplotación; la segregación residencial y escolar alimentada por el miedo a mezclarse y que sirve de defensa exclusiva del círculo íntimo por parte de los dominantes; la marginación en el funcionamiento ordinario de la política electoral y el sistema de justicia penal; y, por último, la violencia selectiva. Todas ellas son facetas del trato diferenciado que se inflige habitualmente a quienes el filósofo jamaicano Charles Mills denomina «sub-personas».¹⁹

De hecho, la dialéctica de la clasificación y de la estratificación etnoracial funciona en todas las sociedades que mantienen la creencia colectiva en la desigualdad congénita entre agrupaciones humanas definidas por *quanta* de honor. Pero adopta formas diferentes según la época y el lugar, y estas diferencias son cruciales tanto para la arquitectura de la subyugación como para las oportunidades vitales y la experiencia

¹⁷ Sobre la construcción de un Estado nacional durante este periodo, véase Richard Franklin Bense, *Yankee Leviathan: The Origins of Central State Authority in America, 1859-1877* (1990); Stephen Skowronek, *Building a New American State: The Expansion of National Administrative Capacities, 1877-1920* (1982).

¹⁸ «Los casos atípicos o extremos suelen revelar más información porque activan actores y más mecanismos básicos en la situación estudiada». Bent Flyvbjerg, «Five Misunderstandings about Case-Study Research» (2006), p. 229.

¹⁹ Véase Charles W. Mills, *The Racial Contract* (2022 [1997]).

vivida por las poblaciones subalternas, por no hablar de las modalidades y vías de resistencia. Esta es la tesis fundamental de este libro: *afirmar la historicidad de la dominación racial y sus efectos* mediante el desmontaje analítico, frente a la simple condena política de principio y la reprobación moral autocomplaciente.

El propósito de documentar históricamente, explicar sociológicamente y confrontar políticamente las atrocidades de Jim Crow, como las de la esclavitud antes de él, no es sermonear a la sociedad que las cometió (el Sur estadounidense) y las toleró durante casi siete décadas (el Norte estadounidense) hasta que el coste nacional e internacional de esa tolerancia se hizo insoportable.²⁰ Se ha dicho una y otra vez que el papel de las ciencias sociales no es juzgar los hechos que construye, ni acusar o exonerar a quienes les han dado forma en la realidad. De hecho, las sociedades de la vieja Europa tuvieron sus propias experiencias de violencia racializada de alta intensidad en el teatro colonial: sus imperios se fundaron sobre guerras de conquista, masacres y deportaciones de poblaciones indígenas, así como una brutal opresión cotidiana, tanto legal como extralegal; la mayoría de ellos fueron derrocados en tsunamis de violencia.²¹

Las ciencias sociales no necesitan salir a las calles para cumplir su misión cívica. Lo hacen cuando persiguen su propia agenda epistémica, aunque solo sea porque una mejor comprensión de la lógica específica

²⁰ Después de 1947, la lucha por los derechos civiles de los negros quedó inextricablemente ligada a la Guerra Fría. Jim Crow empañó la imagen que Estados Unidos pretendía proyectar en la escena internacional de una democracia liberal que era el paraíso de la libertad y la igualdad. La Unión Soviética lo convirtió en un importante tema propagandístico en los nuevos países nacidos de la descolonización. Véase Mary L. Dudziak, *Cold War Civil Rights: Race and the Image of American Democracy* (2000).

²¹ Véase Dierk, *Colonial Violence: European Empires and the Use of Force* (2017 [2014]); Philip Dwyer y Amanda Nettelbeck (eds.), *Violence, Colonialism and Empire in the Modern World* (2017); Caroline Elkins, *Legacy of Violence: A History of the British Empire* (2022); Thijs Brocades Zaalberg y Bart Luttikhuis (eds.), *Empire's Violent End: Comparing Dutch, British, and French Wars of Decolonization, 1945-1962* (2022). Sobre el caso concreto de Argelia, véase Abdelmajid Hannoum, *Violent Modernity: France in Algeria* (2010); Benjamin C. Brower, *A Desert Named Peace: The Violence of France's Empire in the Algerian Sahara, 1844-1902* (2009); Sylvie Thénault, *Violence ordinaire dans l'Algérie coloniale. Camps, internements, assignations à résidence* (2012); Raphaëlle Branche, *La Torture et l'armée pendant la guerre d'Algérie, 1954-1962* (2001); e Yves Benot, *Massacres coloniaux, 1944-1950. La IVe République et la mise au pas des colonies françaises* (1994).

de la dominación racial o de otro tipo aumenta nuestras posibilidades de frenar sus mecanismos y contrarrestar sus efectos.²² El trabajo sociológico también puede facilitar la tarea de recordar y, por tanto, la labor política indispensable de rescatar del olvido, si no es posible reparar, el pasado etnorracial. De este modo, nos proporciona armas en la lucha colectiva actual contra la violencia de la «raza» al hacerla no solo visible sino inteligible, incluso en sus formas más corrosivas que, como Jim Crow, parecen a primera vista desafiar la comprensión.

²² Para un argumento convergente en el orden del género, véase Pierre Bourdieu, *La domination masculine* (1998) [ed. cast.: *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2006].



Foto 10. Residentes de Little Rock se manifiestan en las escaleras del capitolio del estado de Arkansas contra la admisión de estudiantes negros en su instituto local. Su lema: «La mezcla de razas es comunismo» (1959).

Agradecimientos

Parte de este libro fue escrito originalmente como un estudio de caso que ilustra la teoría agonística de la «formación de la raza» (*race-making*) desarrollada en un gran tomo titulado *Dominación racial* (2024), publicado simultáneamente por Polity Press [en castellano *Traficantes de Sueños*, 2027]. Remito al lector a esta obra para una formulación completa de dicha teoría y sus implicaciones.

Mi fascinación personal por Jim Crow se remonta a principios de los años ochenta, cuando, siendo estudiante de sociología en Nantierre, Pierre Bourdieu me aconsejó por casualidad que leyera *Caste and Class in a Southern Town* (1937), de John Dollard, lo que me llevó a descubrir el clásico de C. Vann Woodward, *The Strange Career of Jim Crow* (1955). *Strange Career* tuvo un gran impacto intelectual en mí, introduciéndome en los problemas de la dominación racial en Estados Unidos, en la turbulenta lucha de los negros por los derechos civiles y en las especificidades sociohistóricas del Sur de Estados Unidos, que entonces descubría de primera mano durante una estancia como estudiante de máster en la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill. Dos décadas más tarde, volví a explorar el régimen de Jim Crow para comprender mejor toda la cadena completa de «instituciones particulares» que históricamente definieron, confinaron y controlaron a los afroamericanos durante cuatro siglos: la esclavitud, Jim Crow, el gueto y la conjunción del hipergueto y el aparato penal. Dos décadas más y por fin he satisfecho mi deseo de cartografiar la estructura y desentrañar el funcionamiento de Jim Crow.

Este libro no habría podido concebirse, y mucho menos escribirse, sin la generosidad intelectual de colegas historiadores que han

proporcionado a un irreverente intruso en su campo una generosa orientación y valiosas indicaciones bibliográficas, con el fin de ayudarme a abrir camino en el espeso bosque de la historiografía del Sur de Jim Crow (sea lo que sea lo que quieran decir con este término): Stephen Berrey de la Universidad de Michigan, Jane Dailey y Adam Green en la Universidad de Chicago, Glenda Gilmore en Yale, Evelyn Higginbotham en Harvard, Waldo Martin en Berkeley y Jennifer Lynn Ritterhouse en la Universidad George Mason. Además, Stephen Berrey, W. Fitzhugh Brundage (en la Universidad de Carolina del Norte), Robin Kelley (en la UCLA) y Touré Reed (en la Universidad Estatal de Illinois) sometieron todo el texto a un minucioso examen. Sin embargo, ninguno ellos puede ser considerado responsable de mis errores factuales y de interpretación.

Estoy igualmente agradecido a los participantes en el Taller de Cultura e Historia de la Universidad de Harvard, donde se presentó por primera vez una variante rudimentaria del modelo de Jim Crow en la primavera de 2017 y donde aprendí mucho de las acuciantes preguntas de Orlando Patterson y de sus estudiantes. He contraído una singular deuda intelectual y personal con Chris Muller y Victor Lund Shammás, que leyeron y comentaron en detalle todo el libro en múltiples versiones en inglés mientras lo escribía. Por último, en la recta final, me beneficié de la lectura experta y las sagaces sugerencias de Magali Bessone, Jérôme Bourdieu, Sébastien Chauvin, Serge Halimi, Nicolas Martin-Breteau, Étienne Ollion, Sonia Paone, Franck Poupeau y Daniel Sabbagh. También me gustaría dar las gracias a Surinder Jodhka y Jules Naudet por nuestros animados y fructíferos intercambios sobre el concepto de casta y sus usos en los estudios indios. La presencia constante y atenta de Sophie ha sido también crucial, aunque se haya guardado sus comentarios para sí misma.

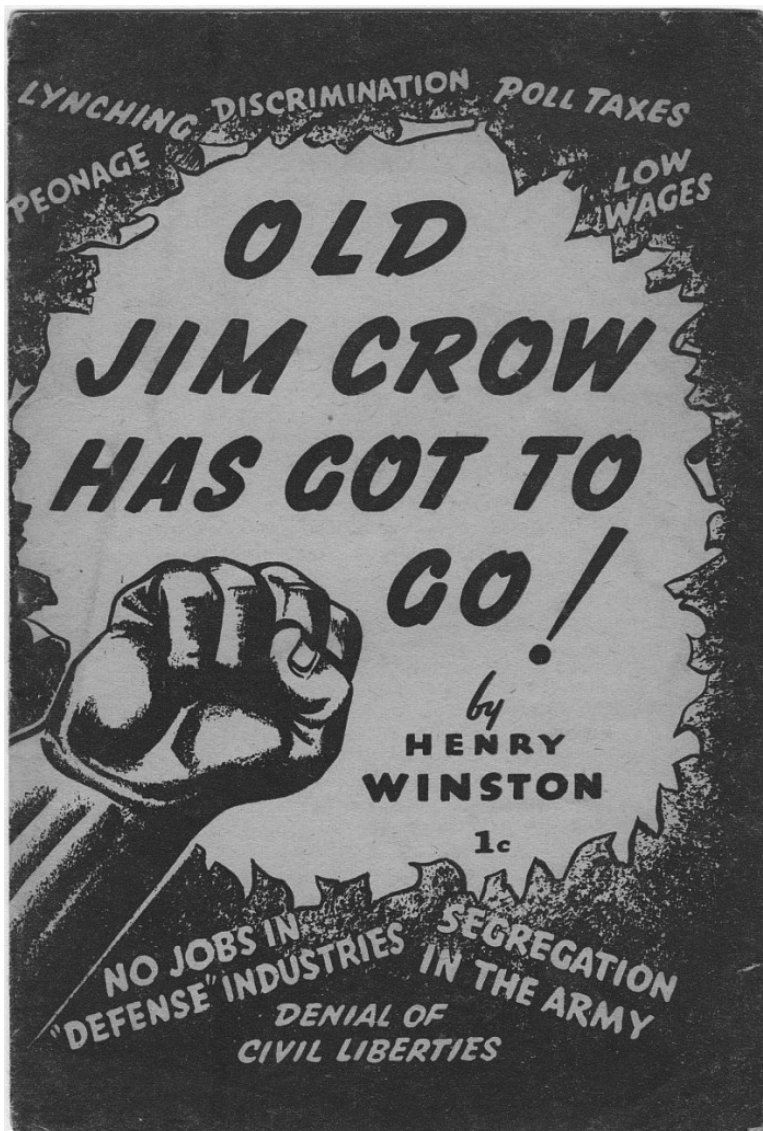


Foto 11. Panfleto del Partido Comunista de EEUU pidiendo la abolición de Jim Crow y sus restricciones, 1941.

Bibliografía

- Abel, Elizabeth (2010), *Signs of the Times: The Visual Politics of Jim Crow*, Berkeley, University of California Press.
- Abrams, Philip (1982), *Historical Sociology*, Ithaca, Cornell University Press.
- Agee, James (2013 [1936]), *Cotton Tenants: Three Families*, Nueva York, Melville House.
- Alexander, Michelle (2010), *The New Jim Crow: Mass Incarceration in the Age of Colorblindness*, Nueva York, New Press [ed. cast.: *El color de la justicia. La nueva segregación racial en Estados Unidos*, Madrid, Capitán Swing, 2014].
- Ali, Omar H. (2011), *In the Lion's Mouth: Black Populism in the New South, 1886-1900*, Jackson, University Press of Mississippi.
- Allen, James (2000), *Without Sanctuary: Lynching Photography in America*, Santa Fe, Twin Palms.
- Amos, Timothy (2011), *Embodying Difference: The Making of Burakumin in Modern Japan*, Honolulu, Hawaii University Press.
- _____ (2019), *Caste in the Early Modern Japan: Danzaemon and the Edo Outcaste Order*, Nueva York, Routledge.
- Anderson, Elijah (2022), *Black in White Space: The Enduring Impact of Color in Everyday Life*, Chicago, University of Chicago Press.
- Apel, Dora y Michelle Smith Shawn (2007), *Lynching Photographs*, Berkeley, University of California Press.
- Archer Richard (2017), *Jim Crow North: The Struggle for Equal Rights in Antebellum New England*, Nueva York, Oxford University Press.
- Arnesen Eric (ed.) (2003), *Black Protest and the Great Migration: A Brief History with Documents*, Boston, Bedford.

- Arnold, Edwin T. (2008), *What Virtue There is in Fire: Cultural Memory and the Lynching of Sam Hose*, Athens, University of Georgia Press.
- Ayers, Edwards L. (1984), *Vengeance and Justice: Crime and Punishment in the Nineteenth-Century American South*, Nueva York, Oxford University Press.
- Bachelard, Gaston (1938), *La Formation de l'esprit scientifique. Contribution à une psychanalyse de la connaissance objective*, París, Vrin [ed. cast.: *La formación del espíritu científico*, Ciudad de México, Siglo XXI, 2007].
- Baker, Ray Stannard (1964 [1908]), *Following the Color Line: American Negro Citizenship in the Progressive Era*, Nueva York, Harper & Row.
- Baldwin, Davarian L. (2007), *Chicago's New Negroes: Modernity, the Great Migration and Black Urban Life*, Chapel Hill, UNC Press.
- Baum, Bruce (2008), *The Rise and Fall of the Caucasian Race: A Political History of Racial Identity*, Nueva York, NYU Press.
- Bay, Mia (2021), *Traveling Black: A Story of Race and Resistance*, Cambridge, Harvard University Press.
- Bayly Susan (2001), *Caste, Society and Politics in India from the Eighteenth Century to the Modern Age*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Beck, Elmore M. y Stewart E. Tolnay (2019), «Torture and Desecration in the American South, an Exclamation Point on White Supremacy, 1877-1950», *Social Currents*, núm. 6/4, pp. 319-342.
- Beeby, James y Donald G. Nieman (2002), «The Rise of Jim Crow, 1880-1920», en John B. Boles (ed.), *A Companion to the American South*, Malden, Blackwell, pp. 336-347.
- Benot, Yves (1994), *Massacres coloniaux, 1944-1950. La IV^e République et la mise au pas des colonies françaises*, París, La Découverte.
- Bensel, Richard Franklin (1990), *Yankee Leviathan: The Origins of Central State Authority in America, 1859-1877*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Bernstein, Patricia (2006), *The First Waco Horror: The Lynching of Jesse Washington and the Rise of the NAACP*, College Station, Texas A&M, University Press.
- Berremen, Gerald D. (1960), «Caste in India and the United States», *American Journal of Sociology*, núm. 66/2, pp. 120-127.

- _____ (1994 [1963]), *Hindus of the Himalayas*, Berkeley, University of California Press.
- _____ (1966), «The Structure and Function of Caste Systems», en George De Vos e Hiroshi Wagatsuma (eds.), *Japan's Invisible Race: Caste in Culture and Personality*, Berkeley, University of California Press, pp. 277-307.
- _____ (1967), «Caste as Social Process», *Southwestern Journal of Anthropology*, núm. 23/4, pp. 351-370.
- _____ (1972), «Race, Caste, and Other Invidious Distinctions in Social Stratification», *Race & Class*, núm. 13/4, pp. 385-414.
- _____ (1979), *Caste and Other Inequities: Essays on Inequality*, Bloomington, Folkllore Institute.
- Berrey, Stephen A. (2015), *The Jim Crow Routine: Everyday Performances of Race, Civil Rights, and Segregation in Mississippi*, Chapel Hill, UNC Press.
- Béteille, André (1965), *Caste, Class and Power: Changing Patterns of Stratification in a Tanjore Village*, Berkeley, University of California Press.
- _____ (1990) «Race, caste y gender», *Man* (nueva serie), núm. 25/3, pp. 489-504.
- Bhatia, Gautam (2024), «Caste and the Law», en Surinder S. Jodhka y Jules Naudet (eds.), *The Oxford Handbook of Caste*, Oxford, Oxford University Press, pp. 188-198.
- Billings, Dwight B. (2017), *Planters and the Making of a «New South»: Class, Politics, and Development in North Carolina, 1865-1900*, Chapel Hill, UNC Press.
- Bloch, Maurice (1999), «Commensality and Poisoning», *Social Research*, núm. 66/1, pp. 133-149.
- Bobo Lawrence D. (2011), «Somewhere between Jim Crow and Post-Racialism: Reflections on the Racial Divide in America Today», *Daedalus: Journal of the American Academy of Arts and Sciences*, núm. 140/2, pp. 11-36.
- Bonilla-Silva, Eduardo (2015), «The Structure of Racism in Color-Blind, “Post- Racial” America», *American Behavioral Scientist*, núm. 59/11, pp. 1358-1376.
- Bostwick, Will (2023), «Inside the Decades-Long Effort to Commemorate the Notorious Waco Lynching», *Texas Monthly*, núm. 23/02.

- Bourdieu, Pierre (1977), «Sur le pouvoir symbolique», *Annales. Économies, sociétés, civilisations*, núm. 32/3, pp. 405-411 [ed. cast: «Sobre el poder simbólico», en *Poder, derecho y clases sociales*, Bilbao, Desclée De Brouwer, 2000].
- _____ (1982), «Les rites comme actes d'institution», *Actes de la recherche en sciences sociales*, núm. 43, pp. 58-63.
- _____ (1987), *Choses dites*, París, Minuit [ed. cast.: *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 2009].
- _____ (1994), *Raisons pratiques. Sur la théorie de l'action*, París, Seuil [ed. cast.: *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama, 1997].
- _____ (1998), *La domination masculine*, París, Seuil [ed. cast.: *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama, 2006].
- _____ (2000), *Langage et pouvoir symbolique*, París, Seuil [ed. cast.: «Lenguaje y poder simbólico», en *¿Qué significa hablar? Economía de los intercambios lingüísticos*, Madrid, Akal, 2001].
- _____ (2012), *Sur l'État. Cours au Collège de France, 1989-1992*, París, Raisons d'agir/Seuil [ed. cast.: *Sobre el Estado. Curso en el Collège de France, 1989-1992*, Barcelona, Anagrama, 2014].
- _____ (2015), *Sociologie générale, vol. I. 1. Cours en el Collège de France, 1981-1983*, París, Raisons d'agir/Seuil [ed. cast: *Curso de Sociología general*, Madrid, Siglo XXI, 2020].
- _____ (2017), *Antropologie. Cours au collège de France, 1992-1993*, París, Raisons d'agir/Seuil
- _____ (2022), *Microcosmes. Théorie des champs*, París, Raisons d'agir.
- Bourdieu, Pierre y Roger Chartier (2010 [1998]), *Le sociologue et l'historien*, Marsella, Agone [ed. cast.: *El sociólogo y el historiador*, Madrid, Abada Editores, 2011].
- Branche, Raphaëlle (2001), *La Torture et l'armée pendant la guerre d'Algérie, 1954-1962*, París, Gallimard.
- Brattain, Michelle (2005), «Miscegenation and Competing Definitions of Race in Twentieth-Century Louisiana», *The Journal of Southern History*, núm. 71/3, pp. 621-658.
- Brocades, Zaalberg Thijs y Bart Luttkhuis (eds.) (2022), *Empire's Violent End: Comparing Dutch, British, and French Wars of Decolonization, 1945-1962*, Ithaca, Cornell University Press.

- Brophy, Alfred L. (2003), *Reconstructing the Dreamland: The Tulsa Riot of 1921. Race, Reparations and Reconciliation*, Nueva York, Oxford University Press.
- Brower, Benjamin C. (2009), *A Desert Named Peace: The Violence of France's Empire in the Algerian Sahara, 1844-1902*, Nueva York, Columbia University Press.
- Brown, Leslie (2008), *Upbuilding Black Durham: Gender, Class, and Black Community Development in the Jim Crow South*, Chapel Hill, UNC Press.
- Brown, Nikki y Barry M. Stentiford (2008), *The Jim Crow Encyclopedia*, 2 vols., Westport, Greenwood.
- Brubaker, Rogers (2009), «Ethnicity, Race, and Nationalism», *Annual Review of Sociology*, núm. 35, pp. 21-42.
- Brundage, William Fitzhugh (1993), *Lynching in the New South: Georgia and Virginia, 1880-1930*, Urbana, University of Illinois Press.
- _____ (dir.) (1997), *Under Sentence of Death: Lynching in the South*, Chapel Hill, UNC Press.
- _____ (2005), *The Southern Past: A Clash of Race and Memory*, Cambridge, Harvard University Press.
- Bryant, Jerry H. (2003), «Born in a Mighty Bad Land»: *The Violent Man in African American Folklore and Fiction*, Bloomington, Indiana University Press.
- Burleigh, Michael y Wolfgang Wipperman (1991), *The Racial State: Germany 1933-1945*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Burnham, Margaret A. (2022), *By Hands Now Known: Jim Crow's Legal Executioners*, Nueva York, Norton.
- Carrigan, William D. (2004), *The Making of a Lynching Culture: Violence and Vigilantism in Central Texas 1836-1916*, Urbana, University of Illinois Press.
- Carter, Dan T. (2000), *The Politics of Rage: George Wallace, the Origins of the New Conservatism, and the Transformation of American Politics*, Baton Rouge, LSU Press.
- Cell, John W. (1982), *The Highest Stage of White Supremacy: The Origins of Segregation in South Africa and the American South*, Cambridge, Cambridge University Press.

- Chafe, William Henry, Raymond Gavins y Robert Korstad (eds.) (2013), *Remembering Jim Crow: African Americans Tell About Life in the Segregated South*, Nueva York, New Press.
- Chapoutot, Johann (2014), *La loi du sang. Penser et agir en nazi*, París, Gallimard.
- Cobb, James C. (1994), *The Most Southern Place on Earth: The Mississippi Delta and the Roots of Regional Identity*, Nueva York, Oxford University Press.
- _____ (2022), *C. Vann Woodward: America's Historian*, Chapel Hill, UNC Press.
- Cole, Stefanie y Natalie J. Ring (eds.) (2012), *The Folly of Jim Crow: Rethinking the Segregated South*, Arlington, Texas A&M University Press.
- Cox, Oliver C. (1942), «The Modern Caste School of Race Relations», *Social Forces*, núm. 21/2, pp. 218-226.
- _____ (1945), «Race and Caste: A Distinction», *American Journal of Sociology*, núm. 50/5, pp. 360-368.
- _____ (1948), *Caste, Class, and Race: A Study in Social Dynamics*, Nueva York, Monthly Review Press.
- Crapanzano, Vincent (1985) *Waiting: The Whites of South Africa*, Nueva York, Random House.
- Crenshaw, Martha (1978), *Revolutionary Terrorism: The FLN in Algeria, 1954-1962*, Stanford, Hoover Institution.
- _____ (1981), «The Causes of Terrorism», *Comparative Politics*, núm. 13/4, pp. 379-399.
- _____ (ed.) (1995), *Terrorism in Context*, University Park, Pennsylvania State University Press.
- Crespino, Joseph (2009), *In Search of Another Country: Mississippi and the Conservative Counterrevolution*, Princeton, Princeton University Press.
- Culberson, William C. (1990), *Vigilantism: Political History of Private Power in America*, Westport, Greenwood.
- DaCosta, Kimberly McClain (2007), *Making Multiracials: State, Family, and Market in the Redrawing of the Color Line*, Stanford, Stanford University Press.
- Dailey, Jane (ed.) (2009), *The Age of Jim Crow: A Norton Casebook in History*, Nueva York, Norton.

- _____ (2020), *White Fright: The Sexual Panic at the Heart of America's Racist History*, Nueva York, Basic Books.
- Dailey, Jane, Glenda Elizabeth Gilmore y Bryant Simon (eds.), *Jumpin' Jim Crow: Southern Politics from Civil War to Civil Rights*, Princeton, Princeton University Press, 2020.
- Daniel, Pete (1990 [1972]), *Shadow of Slavery: Peonage in the South, 1901-1969*, Urbana, University of Illinois Press.
- Darity, William Jr (2008), «Forty Acres and a Mule in the 21st Century», *Social Science Quarterly*, núm. 89/3, pp. 656-664.
- Das, Veena (2001), «Caste», en Neil J. Smelser y Paul B. Baltes (eds.), *International Encyclopedia of the Social and Behavioral Sciences*, Amsterdam, Elsevier, pp. 1529-1532.
- Davis, Allison, Burleigh B. Gardner y Mary R. Gardner (2009 [1941]), *Deep South: A Social Anthropological Study of Caste and Class*, Charleston, University of South Carolina Press.
- Davis, F. James (1991), *Who Is Black? One Nation's Definition*, University Park, Penn State University Press.
- Deeds, Susan M. (2010), *Defiance and Deference in Mexico's Colonial North: Indians Under Spanish Rule in Nueva Vizcaya*, Austin, University of Texas Press.
- Degler, Carl N. (1986 [1971]), *Neither Black nor White: Slavery and Race Relations in Brazil and the United States*, Madison, University of Wisconsin Press.
- Dollard, John (1988 [1937]), *Caste and Class in a Southern Town*, Madison, University of Wisconsin Press.
- Dorr, Lisa Lindquist (2004), *White Women, Rape, and the Power of Race in Virginia, 1900-1960*, Chapel Hill, UNC Press.
- Doyle, Bertram Wilbur (1937), *The Etiquette of Race Relations in the South: A Study in Social Control*, Chicago, University of Chicago Press.
- Drake, St. Clair y Horace R. Cayton (1993 [1945]), *Black Metropolis: A Study of Negro Life in a Northern City*, Chicago, University of Chicago Press.
- Dray, Philip (2007), *At the Hands of Persons Unknown: The Lynching of Black America*, Nueva York, Modern Library.
- Du Bois, William E. B. (1978 [1898]), «The Negroes of Farmville, Virginia», en Dan S. Green y Edwin Driver (eds.), *W. E. B. Du Bois on*

- Sociology and the Black Community*, Chicago, University of Chicago Press, pp. 165-195.
- _____ (2005 [1901]), «The Spawn of Slavery: The Convict Lease System in the South», en Shaun Gabbidon y Helen Taylor Greene (eds.), *Race, Crime, and Justice: A Reader*, Londres, Routledge.
- _____ (1990 [1903]), *The Souls of Black Folk*, Nueva York, Vintage/The Library of America [ed. cast.: *Las almas del pueblo negro*, Madrid, Capitán Swing, 2020].
- _____ (2006 [1906]), «Die Negerfrage in den Vereinigten Staaten», *The New Centennial Review*, núm. 6/3, pp. 241- 290.
- _____ (1920), *Darkwater*, Nueva York, Harcourt Brace.
- _____ (2017 [1935]), *Black Reconstruction, 1860-1880*, Nueva York, Routledge [ed. cast.: *Reconstrucción negra*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2025].
- Dumont, Louis (1960), «Caste, Racisme et “Stratification”», *Cahiers internationaux de sociologie*, núm. 29, pp. 91-112.
- _____ (1967), *Homo hierarchicus. Essai sur le système des castes*, París, Gallimard.
- Dudziak, Mary L. (2000), *Cold War Civil Rights: Race and the Image of American Democracy*, Princeton, Princeton University Press.
- Durkheim, Émile (1975 [1908]), «Débat sur l’explication en histoire et en sociologie», en *Textes. Volumen 1, Éléments de théorie sociale*, París, Minuit, pp. 199-217 [ed. cast.: «Debate sobre la explicación en historia y en sociología», *Las reglas del método sociológico y otros escritos*, Madrid, Alianza, 2016].
- _____ (1985 [1912]), *Les formes élémentaires de la vie religieuse. Le système totémique en Australie*, París, PUF [ed. cast.: *Las formas elementales de la vida religiosa*, Madrid, Alianza, 2014]
- DuRocher, Kristina (2011), *Raising Racists: The Socialization of White Children in the Jim Crow South*, Lexington, University Press of Kentucky.
- Dwyer, Philip y Amanda Nettelbeck (eds.) (2017), *Violence, Colonialism and Empire in the Modern World*, Londres, Palgrave Macmillan.
- Edwards, Laura F. (1998), «The Problem of Dependency: African Americans, Labor Relations, and the Law in the Nineteenth-Century South», *Agricultural History*, núm. 72/2, pp. 313-340.

- _____ (2009), «Southern History as US History», *The Journal of Southern History*, núm. 75/3, pp. 533-564.
- _____ (2015) *A Legal History of the Civil War and Reconstruction: A Nation of Rights*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Elias, Norbert (1974 [1969]), *La Société de cour*, París, Gallimard [ed. cast.: *La sociedad cortesana*, Ciudad de México, FCE, 2000].
- Elkins, Caroline (2022), *Legacy of Violence: A History of the British Empire*, Nueva York, Random.
- Ellison, Ralph (2003), *The Collected Essays of Ralph Ellison*, editado por John Callahan, Nueva York, Modern Library Classics.
- Emberton, Carole (2013), *Beyond Redemption: Race, Violence, and the American South after the Civil War*, Chicago, University of Chicago Press.
- Erlenbusch-Anderson, Verena (2018), *Genealogies of Terrorism: Revolution, State Violence, Empire*, Nueva York, Columbia University Press.
- _____ (2022), «Historicizing White Supremacist Terrorism with Ida B. Wells», *Political Theory*, núm. 50/2, pp. 275-304.
- Feagin Joe R. (2020), *The White Racial Frame: Centuries of Racial Framing and Counter-Framing*, Nueva York, Routledge.
- Feimster, Crystal N. (2009), *Southern Horrors: Women and the Politics of Rape and Lynching*, Cambridge, Harvard University Press.
- Fiddes, Nick (2004), *Meat: A Natural Symbol*, Londres, Routledge.
- Flynn, Charles L. Jr. (1999), *White Land, Black Labor: Caste and Class in late Nineteenth-century Georgia*, Baton Rouge, LSU Press.
- Flynt, Wayne (2004), *Dixie's Forgotten People: The South's Poor Whites*, Bloomington, Indiana University Press.
- Flyvbjerg, Bent (2006), «Five Misunderstandings about Case-Study Research», *Qualitative inquiry*, núm. 12/2, pp. 219-245.
- Foley, Neil (1998), *The White Scourge: Mexicans, Blacks, and Poor Whites in Texas Cotton Culture*, Berkeley, University of California Press.
- Foner, Eric (2007), *Nothing but Freedom: Emancipation and its Legacy*, Baton Rouge, LSU Press.
- _____ (2014), *Reconstruction Updated Edition: America's Unfinished Revolution, 1863-1877*, Nueva York, Harper Perennial Modern Classics.
- Foner, Philip S. (ed.) (1970), *W. E. B. Du Bois Speaks: Speeches and Addresses, 1890-1919*, 2 vols., Nueva York, Pathfinder Press.

- Foucault, Michel (1975), *Surveiller et punir. Naissance de la prison*, París, Gallimard [ed. cast.: *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI, 2025].
- Fredrickson, George M. (1987 [1971]), *The Black Image in the White Mind: The Debate on Afro-American Character and Destiny, 1817-1914*, Hannover, Wesleyan University Press.
- _____ (1981), *White Supremacy: A Comparative Study of American and South African History*, Nueva York, Oxford University Press.
- _____ (2002), *Racism: A Short History*, Princeton, Princeton University Press.
- _____ (2005), «Mulattoes and Métis: Attitudes Toward Miscegenation in the United States and France since the Seventeenth Century», *International Social Science Journal*, núm. 57/183, pp. 103-112.
- French, Jan Hoffman (2009), *Legalizing Identities: Becoming Black or Indian in Brazil's Northeast*, Chapel Hill, UNC Press.
- Fuller, Chris J. (2011), «Casta, raza y jerarquía en el sur de Estados Unidos», *Journal of the Royal Anthropological Institute*, núm. 17/3, pp. 604-621.
- Gaither, Gerald H. (2005), *Blacks and the Populist Movement: Ballots and Bigotry in the New South*, Tuscaloosa, University of Alabama Press.
- Galenson, David W. (1981), *White Servitude in Colonial America: An Economic Analysis*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Garland David (2005), «Penal Excess and Surplus Meaning: Public Torture Lynchings in Twentieth-Century America», *Law & Society Review*, núm. 39/4, pp. 793-834.
- Gates, Henry Louis Jr. (2020), *Stony the Road: Reconstruction, White Supremacy, and the Rise of Jim Crow*, Nueva York, Penguin.
- Gavins, Raymond (2004), «Literature on Jim Crow», *OAH Magazine of History*, núm. 18/2, pp. 13-16.
- Gerteis, Joseph (2007), *Class and the Color Line: Interracial Class Coalition in the Knights of Labor and the Populist Movement*, Durham, Duke University Press.
- Gold, Steven J. (2004), «From Jim Crow to Racial Hegemony: Evolving Explanations of Racial Hierarchy», *Ethnic & Racial Studies*, núm. 27/6, pp. 951- 968.

- Gellman, Eric S. (2012), *Death Blow to Jim Crow: The National Negro Congress and the Rise of Militant Civil Rights*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- Genovese, Eugene D. y Elizabeth Fox-Genovese (2010), *Fatal Self-Deception: Slaveholding Paternalism in the Old South*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Gershman, Sally (1976), «Alexis de Tocqueville and Slavery», *French Historical Studies*, núm. 9/3, pp. 467-483.
- Gilmore, Glenda Elizabeth (1996), *Gender and Jim Crow: Women and the Politics of White Supremacy in North Carolina, 1896-1920*, Chapel Hill, UNC Press.
- _____ (2008), *Defying Dixie: The Radical Roots of Civil Rights, 1919-1950*, Nueva York, Norton.
- Gilpin, Blakesly R. (2015), «American Racial Terrorism from Brown to Booth to Birmingham», en Randall D. Law (ed.), *The Routledge History of Terrorism*, Nueva York, Routledge, pp. 143-155.
- Goffman, Erving (1959), «The Nature of Deference and Demeanor», *American Anthropologist*, núm. 58/3, pp. 473-502.
- Goldfield, David (1991), *Black, White, Southern: Race Relations and Southern Culture, 1940 to the Present*, Baton Rouge, LSU Press.
- Gordon, Fon Louise (2007), *Caste and Class: The Black Experience in Arkansas, 1880-1920*, Athens, University of Georgia Press.
- Gordon, Linda (2017), *The Second Coming of the KKK: The Ku Klux Klan of the 1920s and the American Political Tradition*, Nueva York, Liveright.
- Gottlieb, Peter (1987), *Making their Own Way: Southern Blacks' Migration to Pittsburgh*, Urbana, University of Illinois Press.
- Green, Adam (2007), *Selling the Race: Culture, Community, and Black Chicago, 1940-1955*, Chicago, University of Chicago Press.
- Grill, Johnpeter Horst y Robert L. Jenkins (1992), «The Nazis and the American South in the 1930s: A Mirror Image?», *The Journal of Southern History*, núm. 58/4, pp. 667-694.
- Gross, Ariela (2008), *What Blood Won't Tell: A History of Race on Trial in America*, Cambridge, Harvard University Press.
- Gregory, James N. (2006), *The Southern Diaspora: How the Great Migrations of Black and White Southerners Transformed America*, Chapel Hill, UNC Press.

- Grossman, James R. (1989), *Land of Hope: Chicago, Black Southerners, and the Great Migration*, Chicago, University of Chicago Press.
- _____ (2000), «A Chance to Make, 1900-1929», en Robin D. G. Kelley y Earl Lewis (eds.), *To Make the World Anew: A History of African Americans*, Nueva York, Oxford University Press, pp. 345-408.
- Gueniffey, Patrice (2000), *La Politique de la Terreur*, París, Fayard.
- Guillory, Monique (1999), *Some Enchanted Evening on the Auction Block: The Cultural Legacy of the New Orleans Quadroon Balls*, Nueva York, NYU Press.
- Hagood, Margaret Jarman (1930), *Mothers of the South: Portraiture of the White Tenant Farm Woman*, Chapel Hill, UNC Press.
- Hahn, Steven (2005), *A Nation Under Our Feet: Black Political Struggles in the Rural South from Slavery to the Great Migration*, Cambridge, Harvard University Press.
- Hale, Grace Elizabeth (2010), *Making Whiteness: The Culture of Segregation in the South, 1890-1940*, Nueva York, Vintage.
- Haley, Sarah (2016), *No Mercy Here: Gender, Punishment, and the Making of Jim Crow Modernity*, Chapel Hill, UNC Press.
- Hane, Mikiso (1982), *Peasants, Rebels, Women and Outcastes: The Underside of Modern Japan*, Nueva York, Pantheon.
- Hannoum, Abdelmajid (2010), *Violent Modernity: France in Algeria*, Cambridge, Harvard University Press.
- Hardtmann, Eva-Maria (2024), «Dalit Activism and Transnational Mobilization» en Surinder S. Jodhka y Jules Naudet (eds.), *The Oxford Handbook of Caste*, Oxford, Oxford University Press, pp. 514-526
- Harris, James (ed.) (2013), *The Anatomy of Terror: Political Violence Under Stalin*, Nueva York, Oxford University Press.
- Harris, J. William (1995), «Etiquette, Lynching, and Racial Boundaries in Southern History: A Mississippi Example», *The American Historical Review*, núm. 100/2, pp. 387-410.
- Harris, Marvin (1980), *Patterns of Race in the Americas*, Nueva York, Norton.
- Heilbron, Johan (1995), *The Rise of Social Theory*, Mineápolis, Universidad de Minnesota Press.

- Herbin-Triant, Elizabeth A. (2019), *Threatening Property: Race, Class, and Campaigns to Legislate Jim Crow Neighborhoods*, Nueva York, Columbia University Press.
- Hibou, Béatrice (2011), *Anatomie politique de la domination*, París, La Découverte.
- Higginbotham, Evelyn Brooks (1994), *Righteous Discontent: The Women's Movement in the Black Baptist Church, 1880-1920*, Cambridge, Harvard University Press.
- Higginson, John (2014), *Collective Violence and the Agrarian Origins of South African Apartheid, 1900-1948*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Hirsch, Arnold R. y Joseph Logsdon (eds.) (1992), *Creole New Orleans: Race and Americanization*, Baton Rouge, LSU Press.
- Hirschman, Albert O. (1995 [1970]), *Défection et prise de parole. Théorie et applications*, París, Fayard.
- Hobbs, Allyson (2014), *A Chosen Exile: A History of Racial Passing in American Life*, Cambridge, Harvard University Press.
- Hochschild, Jennifer L. y Vesla M. Weaver (2007), «Policies of Racial Classification and the Politics of Racial Inequality», en Joe Soss, Jacob S. Hacker y Suzanne Mettler (eds.), *Remaking America: Democracy and Public Policy in an Age of Inequality*, Nueva York, Fundación Russell Sage, pp. 159-182.
- Hochschild, Jennifer L., Vesla M. Weaver y Traci R. Burch (2012), *Creating a new Racial Order: How Immigration, Multiracialism, Genomics, and the Young Can Remake Race in America*, Princeton, Princeton University Press.
- Hodes, Martha (1997), *White Women, Black Men: Illicit Sex in the Nineteenth-Century South*, New Haven, Yale University Press.
- Hollinger, David A. (2003), «Amalgamation and Hypodescent: The Question of Ethno-racial Mixture in the History of the United States», *The American Historical Review*, núm. 108/5, pp. 1363-1390.
- Holloway, Jonathan Scott (2013), *Jim Crow Wisdom: Memory and Identity in Black America since 1940*, Chapel Hill, UNC Press.
- Horgan, John y Kurt Braddock (eds.) (2012), *Terrorism Studies: A Reader*, Londres, Routledge.
- Hughes, Langston (1934), *The Ways of White Folks*, Nueva York, Knopf.

- Hunter, Tera W. (1997), *To «Joy My Freedom»: Southern Black Women's Lives and Labors after the Civil War*, Cambridge, Harvard University Press.
- Irons, Peter (2004), *Jim Crow's Children: The Broken Promise of the Brown Decision*, Nueva York, Penguin.
- Isenberg, Nancy (2016), *White Trash: The 400-Year Untold History of Class in America*, Nueva York, Penguin.
- Jaffrelot, Christophe (2005), *Inde: la démocratie par la caste. Histoire d'une mutation socio-politique (1885-2005)*, París, Fayard.
- Jean Susan (2005), «“Warranted” Lynchings: Narratives of Mob Violence in White Southern Newspapers, 1880-1940», *American Nineteenth Century History*, núm. 6/3, pp. 351-372.
- Jett Brandon T. (2021), *Race, Crime, and Policing in the Jim Crow South: African Americans and Law Enforcement in Birmingham, Memphis, and New Orleans, 1920-1945*, Baton Rouge, LSU Press.
- Jodhka, Surinder S. (2012), *Caste: Oxford India Short Introductions*, Nueva Delhi, Oxford University Press India.
- Jodhka Surinder S. y Jules Naudet (dir.) (2024), *The Oxford Handbook of Caste*, Oxford, Oxford University Press.
- _____ (2024), «Studying Caste: Conceptual Currents and Emergent Issues», en Surinder S. Jodhka y Jules Naudet (eds.), *The Oxford Handbook of Caste*, Oxford, Oxford University Press, pp. 1-23.
- Johnson, Charles S. (2018 [1934]), *Shadow of the Plantation*, Nueva York, Routledge.
- _____ (1970 [1948]), *Growing Up in the Black Belt: Negro Youth in the Rural South*, Nueva York, Schoken Books.
- Johnson, Eric A. (2000), *Nazi Terror: The Gestapo, Jews, and Ordinary Germans*, Nueva York, Basic Books.
- Johnson, Kimberley (2010), *Reforming Jim Crow: Southern Politics and State in the Age Before Brown*, Nueva York, Oxford University Press.
- Johnson, Michael P. y James L. Roark (1984), *Black Masters: A Free Family of Color in the Old South*, Nueva York, Norton.
- Jones, Jacqueline (2010 [1985]), *Labor of Love, Labor of Sorrow: Black Women, Work, and the Family, from Slavery to the Present*, Nueva York, Basic Books.
- Jordan, Winthrop D. (2013 [1968]), *White over Black: American Attitudes toward the Negro, 1550-1812*, Chapel Hill, UNC Press.

- Kakel, Carroll P. (2011), *The American West and the Nazi East: A Comparative and Interpretative Perspective*, Nueva York, Palgrave Macmillan.
- Katagiri, Yasuhiro (2014), *Black Freedom, White Resistance, and Red Menace: Civil Rights and Anticommunism in the Jim Crow South*, Baton Rouge, LSU Press.
- Kelley, Blair y Harold Claudrena (2020), «The Historiography of the Black South from Reconstruction to Jim Crow» en Craig Thompson Friend y Lorri Glover (eds.), *Reinterpreting Southern Histories: Essays in Historiography*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, pp. 245-273.
- Kelley, Robin D. G. (2015 [1990]), *Hammer and Hoe: Alabama Communists during the Great Depression*, Chapel Hill, UNC Press.
- _____ (1994), *Race Rebels: Culture, Politics, and the Black Working Class*, Nueva York, Free Press.
- Kennedy, Randall (2002), *Nigger: The Strange Career of a Troublesome Word*, Nueva York, Pantheon.
- _____ (2012), *Interracial Intimacies: Sex, Marriage, Identity, and Adoption*, Nueva York, Vintage.
- Kennedy, Stetson (1990), *Jim Crow Guide: The Way It Was*, Boca Raton, Florida Atlantic University Press.
- Key, V. O. (1983 [1949]), *Southern Politics in State and Nation*, Nueva York, Knopf.
- Kirby, Jack Temple (1984), «Black and White in the Rural South, 1915-1954», *Agricultural History*, núm. 58/3, pp. 411-422.
- Klarman, Michael J. (2006), *From Jim Crow to Civil Rights: The Supreme Court and the Struggle for Racial Equality*, Nueva York, Oxford University Press.
- Klinkner, Philip A. y Rogers M. Smith (1999), *The Unsteady March: The Rise and Decline of Racial Equality in America*, Chicago, University of Chicago Press.
- Koger, Larry (1985), *Black Slaveowners: Free Black Slave Masters in South Carolina, 1790-1860*, Jefferson, McFarland & Company.
- Kolchin, Peter (2003), *American Slavery: 1619-1877*, Nueva York, Hill & Wang.

- Kousser, J. Morgan (1974), *The Shaping of Southern Politics: Suffrage Restriction and the Establishment of the One-Party South, 1880-1910*, New Haven, Yale University Press.
- Kovel, Joel (1984), *White Racism: A Psychohistory*, Nueva York, Columbia University Press.
- Kühl, Stephan (1994), *The Nazi Connection: Eugenics, American Racism, and German National Socialism*, Nueva York, Oxford University Press.
- Kurien, Prema A. (2023), «The Racial Paradigm and Dalit Anti-Caste Activism in the United States», *Social Problems*, núm. 70/3, pp. 717-734.
- LaFree, Gary y Gary Ackerman (2009), «The Empirical Study of Terrorism: Social and Legal Research», *Annual Review of Law and Social Science*, núm. 5, pp. 347-374.
- Lahmon, W. T. Jr (2003), *Jump Jim Crow: Lost Plays, Lyrics, and Street Prose of the First Atlantic Popular Culture*, Cambridge, Harvard University Press.
- Lanctot, Neil (2004), *Negro League Baseball: The Rise and Ruin of a Black Institution*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press.
- Lardinois, Roland (2024), «The Idea of Caste through the Ages: Concept, Words, and Things» en Surinder S. Jodhka y Jules Naudet (eds.), *The Oxford Handbook of Caste*, Oxford, Oxford University Press, pp. 31-47.
- Lassiter, Matthew D. y Joseph Crespino (eds.) (2009), *The Myth of Southern Exceptionalism*, Nueva York, Oxford University Press.
- Leach, Edmund R. (ed.) (1971 [1960]), *Aspects of Caste in South India, Ceylon and North-West Pakistan*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Levine, Lawrence W. (1977), *Black Culture and Black Consciousness: Afro-American Folk Thought from Slavery to Freedom*, Nueva York, Oxford University Press.
- Lewis, Catherine y Richard J. Lewis (eds.) (2009), *Jim Crow America: A Documentary History*, Fayetteville, University of Arkansas Press.
- Lichtenstein, Alex (1996), *Twice the Work of Free Labor: The Political Economy of Convict Labor in the New South*, Nueva York, Verso.
- Litwack, Leon F. (1998), *Trouble in Mind: Black Southerners in the Age of Jim Crow*, Nueva York, Knopf.

- _____ (2004), «Jim Crow Blues», *OAH Magazine of History*, núm. 18/2, pp. 7-11.
- Loury, Glenn C. (2021 [2002]), *The Anatomy of Racial Inequality*, Cambridge, Harvard University Press.
- _____ (2003), «Racial stigma: Toward a New Paradigm for Discrimination Theory», *American Economic Review*, núm. 93/2, pp. 334-337.
- Lowery, Malinda Maynor (2010), *Lumbee Indians in the Jim Crow South: Race, Identity, and the Making of a Nation*, Chapel Hill, UNC Press.
- MacLean, Nancy (1994), *Behind the Mask of Chivalry: The Making of the Second Ku Klux Klan*, Nueva York, Oxford University Press.
- Mancini, Matthew J. (1996), *One Dies, Get Another: Convict Leasing in the American South, 1866-1928*, Columbia, University of South Carolina Press.
- Mann, Susan Archer (1990), *Agrarian Capitalism in Theory and Practice*, Chapel Hill, UNC Press.
- Marks, Carole (1989), *Farewell, We're Good and Gone: The Great Black Migration*, Bloomington, Indiana University Press.
- Marx, Antony W. (1998), *Making Race and Nation: A Comparison of the United States, South Africa, and Brazil*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Marx, Emanuel (2019), *State Violence in Nazi Germany: From Kristallnacht to Barbarossa*, Londres, Routledge.
- Massey, Douglas S. y Jonathan Tannen (2015), «A Research Note on Trends in Black Hypersegregation», *Demography*, núm. 52/3, pp. 1025-1034.
- McAdam, Douglas (1982), *Political Process and the Development of Black Insurgency, 1930-1970*, Chicago, University of Chicago Press.
- McGuire, Danielle (2010), *At the Dark End of the Street: Black Women, Rape, and Resistance*, Nueva York, Vintage.
- McLennan, Rebecca M. (2008), *The Crisis of Imprisonment: Protest, Politics, and the Making of The American Penal State, 1776-1941*, Nueva York, Cambridge University Press.
- McMillen, Neil R. (1990), *Dark Journey: Black Mississippians in the Age of Jim Crow*, Urbana, University of Illinois Press.

- McRae, Elizabeth Gillespie (2018), *Mothers of Massive Resistance: White Women and the Politics of the White Supremacy*, Nueva York, Oxford University Press.
- Messer, Chris M. (2011), «The Tulsa Race Riot of 1921: Toward an Integrative Theory of Collective Violence», *Journal of Social History*, núm. 44/4, pp. 1217-1232.
- Mills, Charles W. (2022 [1997]), *The Racial Contract*, Ithaca, Cornell University Press.
- Mitchell, Koritha (2011), *Living with Lynching: African American Lynching Plays, Performance, and Citizenship, 1890-1930*, Urbana, University of Illinois Press.
- Monk, Ellis P. Jr. (2014), «Skin Tone Stratification among Black Americans, 2001-2003», *Social Forces*, núm. 92/4, pp. 1313-1337.
- Morning, Ann y Daniel Sabbagh (2005), «From Sword to Plowshare: Using Race for Discrimination and Antidiscrimination in the United States», *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, núm. 57/183, pp. 57-73.
- Morris, Aldon D. (1984), *The Origins of the Civil Rights Movement: Black Communities Organizing for Change*, Nueva York, Free Press.
- Morrison, Melanie S. (2018), *Murder on Shades Mountain: The Legal Lynching of Willie Peterson and the Struggle for Justice in Jim Crow Birmingham*, Durham, Duke University Press.
- Mowatt, Rasul A. (2012), «Lynching as Leisure: Broadening Notions of a Field», *American Behavioral Scientist*, núm. 56/10, pp. 1361-1387.
- Muller, Christopher (2018), «Freedom and Convict Leasing in the Postbellum South», *American Journal of Sociology*, núm. 124/2, pp. 367-405.
- Muller, Christopher y Daniel Schrage (2021), «The Political Economy of Incarceration in the Cotton South, 1910-1925», *American Journal of Sociology*, núm. 127/3, pp. 828-866.
- Murphy, Mary-Elizabeth (2018), *Jim Crow Capital: Women and Black Freedom Struggles in Washington DC, 1920-1945*, Chapel Hill, UNC Press.
- Myers, Ella (2019), «Beyond the Psychological Wage: Du Bois on White Dominion», *Political Theory*, núm. 47/1, pp. 6-31.

- Myrdal, Gunnar (1962 [1944]), *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy*, 2 vols., Nueva York, Harper.
- NAACP (1916), «The Waco Horror», suplemento de ocho páginas de *The Crisis*, vol. 12, núm. 3.
- Naudet, Jules (2024), «Caste and Class», en Surinder S. Jodhka y Jules Naudet (eds.), *The Oxford Handbook of Caste*, Oxford, Oxford University Press, pp. 91-103
- Niedermeier, Silvan (2019), *The Color of the Third Degree: Racism, Police Torture, and Civil Rights in the American South, 1930-1955*, Chapel Hill, UNC Press.
- Norrell, Robert J. (1986), «Caste in Steel: Jim Crow Careers in Birmingham, Alabama», *The Journal of American History*, núm. 73/3, pp. 669-694.
- O'Brien, Gail Williams (1999), *The Color of the Law: Race, Violence, and Justice in the Post-World War II South*, Chapel Hill, UNC Press.
- Oshinsky, David M. (1996), *Worse Than Slavery: Parchman Farm and the Ordeal of Jim Crow Justice*, Nueva York, Free Press.
- Pandey, Gyanendra (2013), *A History of Prejudice: Race, Caste, and Difference in India and the United States*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Park, Marlene (1993), «Lynching and Antilynching: Art and Politics in the 1930s», *Prospects*, núm. 18, pp. 311-365.
- Parsons, Elaine Frantz (2015), *Ku-Klux: The Birth of Ku Klux Klan during Reconstruction*, Chapel Hill, UNC Press.
- Parsons, Ryan (2021), «Interpreting the American Caste System as Racialized Economic Performance», *The American Sociologist*, núm. 52/2, pp. 367-389.
- Patterson, Orlando (1998), *Rituals of Blood: Consequences of Slavery in Two American Centuries*, Nueva York, Civitas Books.
- Pegram, Thomas R. (2011), *One Hundred Percent American: The Rebirth and Decline of the Ku Klux Klan in the 1920s*, Lanham, Rowman & Littlefield.
- Pendas, Devin O., Mark Roseman y Richard F. Wetzell (eds.) (2017), *Beyond the Racial State: Rethinking Nazi Germany*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Pfeifer, Michael James (2004), *Rough Justice: Lynching and American Society, 1874-1947*, Urbana, University of Illinois Press.

- Phillips, Kimberley Louise (1999), *Alabama North: African-American Migrants, Community, and Working-Class Activism in Cleveland, 1915-45*, Urbana, University of Illinois Press.
- Powdermaker, Hortense (1993 [1939]), *After Freedom: A Cultural Study of the Deep South*, Madison, University of Wisconsin Press.
- Purnell, Bryan, Jeanne Theoharis y Komozi Woodward (eds.) (2019), *The Strange Careers of the Jim Crow North: Segregation and Struggle Outside of the South*, Binghamton, SUNY Press.
- Rable, George C. (1985), «The South and the Politics of Antilynching Legislation, 1920-1940», *The Journal of Southern History*, núm. 51/2, pp. 201-220.
- Rabinowitz, Howard N. (1988), «More than the Woodward Thesis: Assessing the Strange Career of Jim Crow», *The Journal of American History*, núm. 75/3, pp. 842-856.
- Rajgopal, Shoba Sharad (2021), «Dalit/Black Solidarity: Comrades in the Struggle for Racial/Caste Justice», *South Asian Popular Culture*, núm. 19/1, pp. 81-86.
- Ransom, Roger L. y Richard Sutch (2001), *One Kind of Freedom: The Economic Consequences of Emancipation*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Raper, Arthur F. (2017 [1933]), *The Tragedy of Lynching*, Chapel Hill, UNC Press.
- Reed Jr., Adolph L. (2022), *The South: Jim Crow and its Afterlives*, Londres, Verso.
- Reed, John Shelton (1986 [1972]), *The Enduring South: Subcultural Persistence in Mass Society*, Chapel Hill, UNC Press.
- Ritterhouse, Jennifer Lynn (2006), *Growing Up Jim Crow: How Black and White Southern Children Learned Race*, Chapel Hill, UNC Press.
- _____ (2007), «The Etiquette of Racial Relations in the Jim Crow South» en Ted Ownby (ed.), *Manners and Southern History*, Jackson, University Press of Mississippi, pp. 20-44.
- _____ (2018), «Daily Life in the Jim Crow South, 1900-1945», *Oxford Research Encyclopedias. American History*, accesible online en <https://doi.org/10.1093/acrefore/9780199329175.013.329>.
- Roberts, Brian (2017), *Blackface Nation: Race, Reform, and Identity in American Popular Music, 1812-1925*, Chicago, University of Chicago Press.

- Roberts, Randy (1985), *Papa Jack: Jack Johnson and the Era of White Hopes*, Nueva York, Simon & Schuster.
- Roediger, David (2008), *How Race Survived US History: From Settlement and Slavery to the Obama Phenomenon*, Londres, Verso.
- Rose, Willie Lee (1976), *Rehearsal for Reconstruction: Port Royal Experiment*, Nueva York, Oxford University Press.
- Ross, Marlon Bryan (2004), *Manning the Race: Reforming Black Men in the Jim Crow Era*, Nueva York, NYU Press.
- Sabbagh, Daniel (2000), «La normalisation juridique des rapports sexuels interraciaux aux États-Unis», *The Tocqueville Review*, núm. 21/2, pp. 9-30.
- Sabouret, Jean-François (1983), *L'Autre Japon, les Burakumin*, París, Maspéro.
- Schultz, Mark (2005), *The Rural Face of White Supremacy: Beyond Jim Crow*, Urbana, University of Illinois Press.
- Scott, Terry Anne (2022), *Lynching and Leisure: Race and the Transformation of Mob Violence in Texas*, Little Rock, University of Arkansas Press.
- Sewell, William H. Jr (2005), *Logics of History: Social Theory and Social Transformation*, Chicago, University of Chicago Press.
- Shani, Ornit (2007), *Communalism, Caste and Hindu Nationalism: The Violence in Gujarat*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Sharma, Ursula (1993), «Berreman Revisited: Caste and the Comparative Method», *The Sociological Review*, núm. 41/1 supl., pp. 72-91.
- Sharpless, Rebecca (2010), *Cooking in Other Women's Kitchens: Domestic Workers in the South, 1865-1960*, Chapel Hill, UNC Press.
- Simmons, LaKisha Michelle (2015), *Crescent City Girls: The Lives of Young Black Women in Segregated New Orleans*, Chapel Hill, UNC Press.
- Skowronek, Stephen (1982), *Building a New American State: The Expansion of National Administrative Capacities, 1877-1920*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Smith, J. Douglas (2002), *Managing White Supremacy: Race, Politics, and Citizenship in Jim Crow Virginia*, Chapel Hill, UNC Press.
- Smythe, Hugh H. (1948), «The Concept of "Jim Crow"», *Social Forces*, núm. 27/1, pp. 45-48.

- Sokol, Jason (2008), *There Goes my Everything: White Southerners in the Age of Civil Rights, 1945-1975*, Nueva York, Vintage.
- SoRelle, James M. (1983), «The “Waco Horror”: The Lynching of Jesse Washington», *The Southwestern Historical Quarterly*, núm. 86/4, pp. 517-536.
- Srinivas, M.N. (2003), «An Obituary on Caste as a System», *Economic and Political Weekly*, núm. 38/5, pp. 455-459.
- Stein, Melissa (2012), «“Nature is the Author of Such Restrictions”: Science, Ethnological Medicine, and Jim Crow», en Stefanie Cole y Natalie J. Ring (eds.), *The Folly of Jim Crow: Rethinking the Segregated South*, Arlington, Texas A&M University Press, pp. 124-149.
- Steinmetz, George (ed.) (2005), *The Politics of Method in the Human Sciences: Positivism and its Epistemological Others*, Durham, Duke University Press.
- Stoler, Ann Laura (2002), *Carnal Knowledge and Imperial Power: Race and the Intimate in Colonial Rule*, Berkeley, University of California Press.
- Sturkey, William (2019), *Hattiesburg: an American City in Black and White*, Cambridge, Harvard University Press.
- Suranyi, Anna (2021), *Indentured Servitude: Unfree Labour and Citizenship in the British Colonies*, Toronto, McGill-Queen’s Press.
- Taylor, Candacy A. (2020), *Overground Railroad: The Green Book and the Roots of Black Travel in America*, Nueva York, Abram.
- Telles, Edward (2014), *Pigmentocracies: Ethnicity, race and colour in Latin America*, Chapel Hill, UNC Press.
- Telles, Edward E. y Albert Esteve (2019), «Racial Inter-marriage in the Americas», *Sociological Science*, núm. 6, pp. 293-320.
- Telles, Edward E. y Christina A. Sue (2009), «Race Mixture: Boundary Crossing in Comparative Perspective», *Annual Review of Sociology*, núm. 35, pp. 129-146.
- Terry, David Taft (2019), *The Struggle and the Urban South: Confronting Jim Crow in Baltimore before the Movement*, Athens, University of Georgia Press.
- Texas State Historical Association (2011), *The Handbook of Texas*, Austin, Texas State Historical Association.
- Thénault, Sylvie (2012), *Violence ordinaire dans l’Algérie coloniale. Camps, internements, assignations à résidence*, París, Odile Jacob.

- Thiec, Yvon J. (1981), «Gustave Le Bon, prophète de l'irrationalisme de masse», *Revue française de sociologie*, núm. 22/3, pp. 409-428.
- Thorp, Daniel B. (2017), *Facing Freedom: An African American Community in Virginia from Reconstruction to Jim Crow*, Charlottesville, University of Virginia Press.
- Tilly, Charles (1998), *Durable Inequality*, Berkeley, University of California Press [ed. cast.: *La desigualdad persistente*, Buenos Aires, Manantial, 2000].
- Tocqueville Alexis de (1986 [1835]), *De la démocratie en Amérique*, París, Plon [ed. cast.: *La democracia en América*, Madrid, Trotta, 2010].
- Tolnay, Stewart E. (1999), *The Bottom Rung: African American Family Life on South Farms*, Urbana, University of Illinois Press.
- Tolnay Stewart E. y Elmore M. Beck (1992), «Racial Violence and Black Migration in the American South, 1910 to 1930», *American Sociological Review*, núm. 57/1, pp. 103-116.
- _____ (1995), *A Festival of Violence: An Analysis of Southern Lynchings, 1882-1930*, Urbana, University of California Press.
- Trépied, Benoit (2019), «¿Des Noirs qui passent pour Blancs? Enjeux analytiques et méthodologiques des enquêtes sur le passing aux États-Unis», *Genèses*, núm. 114, pp. 96-11.
- Trotter Jr., Joe William (1985), *Black Milwaukee: The Making of an Industrial Proletariat, 1915-1945*, Urbana, University of Illinois Press.
- Tyson, Timothy B. (2017), *The Blood of Emmett Till*, Nueva York, Simon & Schuster.
- Vaid, Divya (2014), «Caste in Contemporary India: Flexibility and Persistence», *Annual Review of Sociology*, núm. 40, pp. 391-410.
- Varel, David A. (2018), *The Lost Black Scholar: Resurrecting Allison Davis in American Social Thought*, Chicago, University of Chicago Press.
- Verghese, Ajay (2016), *The Colonial Origins in Ethnic Violence in India*, Stanford, Stanford University Press.
- Vidal, Cécile (2019), *Caribbean New Orleans: Empire, Race, and the Making of a Slave Society*, Chapel Hill, UNC Press.
- Wacquant, Loïc (2011), «A Janus-Faced Institution of Ethnoracial Closure: A Sociological Specification of the Ghetto», en Ray Hutchison

- y Bruce Haynes (eds.), *The Ghetto: Contemporary Global Issues and Controversies*, Boulder, Westview, pp. 1-31.
- _____ (2023), «The Trap of Racial Capitalism», *European Journal of Sociology/Archives Européennes de Sociologie*, núm. 64/2, pp. 153-162.
- _____ (2023), «Checkerboard of Ethnoracial Violence», *Contention: The Multidisciplinary Journal of Social Protest*, núm. 11/2, pp. 81-94.
- _____ (2023), «Notes sur la race comme ethnicité déniée», *Sensibilités. Histoire, critique et sciences sociales*, núm. 12, p. 141-145.
- _____ (2023), «Afropessimism's Radical Abdication: Some Sociological Notes», *New Left Review*, núm. 144, p. 97-109.
- _____ (2024), *Racial Domination*, Cambridge, Polity Press [ed. cast.: *La dominación racial*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2027].
- _____ (2025), *The Two Faces of the Ghetto*, Cambridge, Polity Press [ed. cast.: *Las dos caras de un gueto. Ensayos sobre marginalización y penalización*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010].
- Walden, Donald Wayne (2000), *The Southern Peasant: Poor Whites and the Yeoman Ideal*, Austin, Universidad de Texas.
- Waldrep, Christopher (2009), *African Americans Confront Lynching: Strategies of Resistance from the Civil War to the Civil Rights Era*, Lanham, Rowman & Littlefield.
- Walker, Anders (2018), «New Takes on Jim Crow: A Review of Recent Scholarship», *Law & History Review*, núm. 36/1, pp. 173-179.
- Wahnich, Sophie (2003), *La Liberté ou la mort. Essai sur le Terreur et le terrorisme*, París, La Fabrique.
- Walter, Dierk (2017[2014]), *Colonial Violence: European Empires and the Use of Force*, Nueva York, Oxford University Press.
- Ward, Jason Morgan (2011), *Defending White Democracy: The Making of a Segregationist Movement and the Remaking of Racial Politics, 1936-1965*, Chapel Hill, UNC Press.
- Warner, W. Lloyd (1936), «American Caste and Class», *American Journal of Sociology*, núm. 42/2, pp. 234-237.
- _____ (1958 [1937]), *A Black Civilization: A Social Study of an Australian Tribe*, Nueva York, Harper & Row.
- _____ (1941), «Social Anthropology and the Modern Community», *American Journal of Sociology*, núm. 46/6, pp. 785-796.

- _____ (1945), *Social Systems of the American Ethnic Groups*, New Haven, Yale University Press.
- _____ (1963), *Yankee City*, New Haven, Yale University Press.
- W. Lloyd *et al.* (1949), *Social Class in America: A Manual of Procedure for the Measurement of Social Status*, Chicago, Science Research Associates.
- Warner W. Lloyd y Allison Davis (1939), «A Comparative Study of American Caste», en Edgar Thompson (ed.), *Race Relations and the Race Problem*, Durham, Duke University Press, pp. 219-245.
- Weber, Max (1992 [1965]), *Essais sur la théorie de la science*, París, Plon.
- _____ (1995 [1920]), *Économie et société, tome 1: Les Catégories de la sociologie; tome 2: L'organisation des pouvoirs de la société par rapport à l'économie*, París, Pocket [ed. cast.: *Economía y sociedad*, Ciudad de México, FCE, 1993].
- _____ (2015 [1916]), *Hindouisme et bouddhisme*, París, Flammarion [ed. cast.: *Ensayos sobre sociología de la religión, 2. Hinduismo y budismo*, Madrid, Taurus, 1998].
- _____ (2020), *Le Domination*, París, La Découverte.
- Weise, Julie M. (2015), *Corazón de Dixie: Mexicanos in the US South since 1910*, Chapel Hill, UNC Press.
- White, Deborah Gray (1999), *Too Heavy a Load: Black Women in Defense of Themselves, 1894-1994*, Nueva York, Norton.
- Whitman, James Q. (2017), *Hitler's American Model: The United States and the Making of Nazi Race Law*, Princeton, Princeton University Press.
- Wiener, Jonathan M. (1979), «Class Structure and Economic Development in the American South, 1865-1955», *The American Historical Review*, núm. 84/4, pp. 970-992.
- Wilkerson, Isabel (2010), *The Warmth of Other Suns: The Epic Story of America's Great Migration*, Nueva York, Vintage.
- _____ (2020), *Caste: The Origins of Our Discontents*, Nueva York, Random.
- Williams, Lee E. (2008), *Anatomy of Four Race Riots: Racial Conflict in Knoxville, Elaine (Arkansas), Tulsa and Chicago, 1919-1921*, Jackson, University Press of Mississippi.
- Williams, Vernon J. (2006), *The Social Sciences and Theories of Race*, Urbana, University of Illinois Press.

- Williamson, Joel (1980), *New People: Miscegenation and Mulattoes in the United States*, Nueva York, Free Press.
- _____ (1984), *The Crucible of Race: Black-White Relations in the American South since Emancipation*, Nueva York, Oxford University Press.
- _____ (1986), *A Rage for Order: Black-White Relations in the American South since Emancipation*. Nueva York, Oxford University Press.
- Wilson, William Julius (1976), «Class Conflict and Jim Crow Segregation in the Postbellum South», *Pacific Sociological Review*, núm. 19/4, pp. 431-446.
- Winant, Howard (2015), «Race, Ethnicity and Social Science», *Ethnic & Racial Studies*, núm. 38/13, pp. 2176-2185.
- Wood, Amy Louise (2011), *Lynching and Spectacle: Witnessing Racial Violence in America, 1890-1940*, Chapel Hill, UNC Press.
- Wood, Amy Louise y Natalie J. Ring (eds.) (2019), *Crime and Punishment in the Jim Crow South*, Urbana, University of Illinois Press.
- Woodruff, Nan Elizabeth (2009), *American Congo: The African American Freedom Struggle in the Delta*, Cambridge, Harvard University Press.
- Woodward, C. Vann (2001 [1957]), *The Strange Career of Jim Crow*, Nueva York, Oxford University Press.
- Worden, Nigel (2011), *The Making of Modern South Africa: Conquest, Apartheid, Democracy*, Malden, Wiley.
- Wormser, Richard (2003), *The Rise and Fall of Jim Crow*, Nueva York, Saint-Martin's Griffin.
- Wright, George C. (2004), *Life Behind a Veil: Blacks in Louisville, Kentucky, 1865-1930*, Baton Rouge, LSU Press.
- Wright, Richard (1937), «The Ethics of Living Jim Crow: An Autobiographical Sketch», en *American Stuff. An Anthology of Prose and Verse by Members of the Federal Writers' Projects*, Nueva York, Viking Press.
- _____ (1978 [1947]), *Black Boy*, París, Gallimard; edición original *Black Boy: A Record of Childhood and Youth*, Washington DC, Library of America (1945) [ed. cast.: *Black Boy*, Madrid, Alianza Editorial, 2024].
- Wyatt-Brown, Bertram (2014), *A Warring Nation: Honor, Race, and Humiliation in America and Abroad*, Charlotte, University of Virginia Press.

- Yengde, Suraj (2019), *Casta Matters*, Nueva Delhi, Penguin Random House India.
- Young, Iris Marion (1990), *Justice and the Politics of Difference*, Princeton, Princeton University Press.

